

LUIS CORVALAN

Santiago-
Moscú-
Santiago

(Apuntes del exilio)

Verlag Zeit im Bild
RDA – 8012 Dresden, Julian-Grimau-Allee
Printed in the German Democratic Republic
by Grafischer Grossbetrieb Völkerfreundschaft Dresden
3225-5

Indice

La palabra previa	7
A pleno viento y sol	13
Candidato y Senador	25
El golpe	30
Presidente y amigo	42
Pablo militante	50
Santiago – Moscú – Santiago	56
25 años Secretario	71
En la URSS	81
La palabra final	93

La palabra previa

En las ediciones rusa y uzbeka de «Algo de mi vida» –las minimemorias redactadas en la prisión– aparece un prólogo que puede ser de cierto interés para comprender por qué ahora he escrito estos relatos que sólo aspiran a contar algo de la vida del Partido aunque algunos de ellos estén presentados desde un ángulo personal. De aquel prólogo son las primeras páginas que siguen.

...Hace muchos años, en San Bernardo, ciudad situada a 27 kilómetros al sur de Santiago, existía una pequeña fábrica de pastelones de arcilla. Su propietario era un hombre muy singular. Persona ya de edad, recibía amablemente a sus clientes, pero hacía todo lo posible para desalentarlos de sus afanes de compra. Si uno llegaba ante él en busca de esos pastelones –una suerte de baldosas grandes y rojizas– asumía una extraña actitud. Los desahacreditaba a más no poder:

– Pero si esto ya no se usa –decía. Son muy fríos. Es preferible el piso de madera...

Creo que el hombre se sentía realizado y satisfecho con la limitada producción de su fábrica. Al parecer, le bastaba para sobrevivir y no tenía mayores ambiciones.

He recordado esto a propósito de este pequeño libro que yo escribí en la prisión.

Apenas llegué a Moscú, luego de salir en libertad, mis compañeros me hablaron de él y del interés que había de publicarlo.

– No compañeros, –les dije– está todavía muy verde y debo trabajarlo más.

Se aceptó mi parecer en contra de la opinión de Gladys Marin, que consideraba estas páginas particularmente necesarias para los jóvenes, para que éstos vieran –alegaba– cómo se forman en la vida y en la lucha los dirigentes comunistas.

Algunos meses después supimos que se había publicado en Chile bajo el

título de «Recuerdos de mi lucha junto al pueblo». Cuando salieron clandestinamente de Ritoque, Lily hizo sacar algunas copias y entregó una de éstas a un camarada ligado a la Dirección del Partido. La Dirección conoció el escrito y decidió publicarlo. Una militante socialista que salió al exilio para radicarse en la RDA pudo traer dos ejemplares, uno de los cuales se lo hizo llegar al compañero Honecker y el otro a mí. Luego supimos de otros detalles. En los días de su aparición en Chile, no pocos compañeros se preguntaban entre sí:

– ¿Leíste el libro?

Las respuestas eran variadas.

– Naturalmente –decían algunos.

– Todavía no, pero me lo van a prestar –respondían otros.

Un camarada que viajó a Europa me contó que la lectura le había costado 50 pesos en beneficio de las finanzas del Partido.

Ya publicado en Chile, decidí que quedara tal como salió del horno.

La infatigable Gladys se llevó varias copias en uno de sus viajes a los Estados Unidos. Una de ellas fue a parar a México, donde se editó por primera vez en el extranjero. Apareció también en Checoslovaquia y está por salir en la República Democrática Alemana, en España y en otros países.

Una editorial de Holanda y otra de Finlandia se interesaron también por «Algo de mi vida», nombre que lleva la edición mexicana y que me fue sugerido por Volodia Teitelboim. Los editores holandeses conocieron el libro y no lo publicaron. Tal vez se imaginaban otra cosa, acaso una obra voluminosa de denuncia contra el fascismo. De los fineses no he sabido nada.

El libro fue escrito a la carrera, a pulso, sin ninguna *ayuda memoria*. Por eso, como suele decirse, se me quedaron muchas cosas en el tintero. A menudo recuerdo otros hechos que no aparecen en él, que olvidé incluirlos y que le habrían dado más cuerpo y sabor.

Los primeros relegados al campo de concentración de Ritoque fuimos los dirigentes de la Unidad Popular que habíamos estado en Dawson. Eramos 36 en total. Esto permitió que al comienzo a cada uno se nos diera una cabina como celda-habitación. Nos encerraban a las ocho y, entonces, apenas le ponían llave a la pieza, me dedicaba a escribir. Felizmente, en ese período, nos permitían mantener la luz encendida hasta las doce de la noche. Después, cuando llegaron más presos, debimos vivir cuatro y hasta seis en cada cuarto y la luz se cortaba dos horas antes.

Fue, pues, en aquel tiempo en que escribí estas vivencias. No pocos compañeros me han dicho que debiera seguir escribiendo, entre otras razones porque estas páginas se leen de un tirón y, según dicen, dejan gusto a poco y quedan con deseos de saber más de mis trajines.

Como lo expreso en la «Nota final», abrigo el propósito de seguir escribiendo de lo mucho que he visto y conocido. Pero sin orden cronológico.

Quisiera hablar más de los míos, de Lily, tal vez de Luis Alberto, de tantos compañeros con los cuales he luchado y convivido largo tiempo, de los soviéticos, de mis camaradas de otros países, de mis viajes y entrevistas más importantes, y, sobre todo, de cómo es mi Partido, el Partido Comunista de Chile. Este constituye una gran familia en el más amplio sentido del término. Los comunistas tenemos dos familias, la pequeña, la del hogar, y la grande, la del Partido. Las dos son partes entrañables de nuestras vidas. El Partido nos da una dimensión que va más allá de nosotros mismos. Ella se refleja en nuestros hogares, donde los valores no son sólo los que surgen de la convivencia y de la consanguinidad, sino también del ideal común. Un comunista se hace amigo de otro comunista apenas lo conoce. Habla con él con absoluta confianza, desde el primer instante. Y en Chile (seguramente en otros países la situación es similar) nuestros hijos se dirigen al militante del Partido como a un familiar. Para ellos todos los compañeros son tíos y tías. Los nombran como tales, con tanta naturalidad que pareciera que fuesen parientes de verdad.

Los trabajadores y los pueblos conocen y aprecian a los partidos comunistas por lo que hacen, por su lucha abnegada, por su entrega desinteresada a la causa de su emancipación, por su disciplina, por su honestidad. Pero nuestros partidos no son conocidos por dentro. Ello se debe, en gran parte, a nuestra propia manera de ser. No hablamos de nosotros mismos. Esto tiene sus méritos, pero también sus inconvenientes. Nuestro inolvidable Elías Lafertte solía decir en plenos y congresos del Partido: «Me gustaría que las murallas de esta sala fueran de vidrio, para que todos pudieran ver cómo discutimos, cómo nos preocupamos de los problemas de la gente y cuán unidos y fraternales somos». De todo esto y muchas otras cosas vale la pena escribir.

Dejo el libro y paso al autor.

He decidido, por mi parte, abandonar parcialmente el hábito de no hablar de nuestra propia vida. Confieso que lo hago con cierta aprensión y en lucha contra mí mismo, aunque convencido que debo hacerlo, como es natural, con la debida sobriedad.

Fui elegido Secretario General del Partido hace ya 20 años. Créo haberme empeñado siempre en un trabajo colectivo de dirección. No he estado ni estoy fuera de la crítica de mis camaradas, ni libre de errores. Los he cometido. Soy y me siento el más responsable por aquellos que corresponden al conjunto del Partido. Del mismo modo, los éxitos que los comunistas chilenos logramos durante largo tiempo aparecen, en alguna medida, vinculados a mi nombre por haber encabezado su dirección. Se ha sumado otra circunstancia. Caí preso pocos días después del golpe. Mi detención no demostró, precisamente, de nuestra parte, una buena preparación para todas las contingencias del combate. Pero, en la práctica, lo que ha pesado

más no han sido las fallas. La solidaridad internacional hizo de mí uno de los símbolos de los presos políticos y de la lucha contra la dictadura fascista. Se me presentó la oportunidad de hablar desde la prisión. Aproveché cada ocasión que tuve para denunciar al fascismo y demostrar nuestra plena confianza en que saldríamos en libertad y en que el triunfo final será del pueblo de Chile.

Mi conducta de preso no tuvo nada de extraordinario. Era lo normal y lo natural que actuara con dignidad. Pero la dimensión que alcanzan las cosas y el eco que logran las palabras, en determinadas circunstancias suelen ir más allá de lo normal y de lo que uno mismo se puede imaginar. En mi caso, constituyó una caja de resonancia de singular magnitud.

Convencido estoy, también, que la leyenda y la propaganda han jugado su papel.

Así me he transformado en una persona que en todas partes donde ha ido ha estado rodeado del aprecio y de la solidaridad de los pueblos con la causa antifascista de Chile. Ello constituye mi principal problema personal. No nací para estos troles. Pero comprendo también que nadie nace para lo que en definitiva es. Y tengo la obligación de seguir luchando desde el puesto de combate que me ofrece la vida.

Vivo en Moscú, donde cada día —aunque haga 20 grados bajo cero— siento el calor de la fraternidad soviética.

Cuando estaba preso, más que la esperanza, tenía la certeza de que la lucha de nuestro pueblo y la fuerza del internacionalismo proletario y de la solidaridad de la humanidad progresista nos arrancarían de la prisión. Y daba por descontado que, de salir al destierro, como finalmente aconteció, debía venirme a vivir a este gran país.

Tal perspectiva me llevaba a veces a pensar en algunos inconvenientes que de seguro iba a tener. La vida está llena de cosas grandes y pequeñas. Soy una persona muy apegada a mi tierra y a las costumbres de mi pueblo. En Moscú encontraría vinos dulces, no hallaría porotos y tendría que comer extraños pescados de ríos y lagos. Me aproblemaba torpemente por estas pequeñas cosas. Ahora comprendo que tales recelos carecían de fundamentos. He perdido la cuenta de las veces que he venido a la URSS, pero recién ahora la estoy conociendo de verdad. No he tenido los inconvenientes que me imaginaba o, mejor dicho, he descubierto que un chileno puede vivir aquí conservando en lo fundamental sus propios hábitos. A los vinos secos de Georgia y Moldavia, de Armenia y el Kubán, se agregan ahora los vinos importados, como el «Cabernet» búlgaro, el «Emir» argelino y el «Campo Viejo» español. Pescado de mar también se puede encontrar. En cuanto a porotos, es cuestión de ir a los mercados koljosianos como el Centralni Rinok, o el Vabilova, o el de Preobrayenskaya, para descubrir que hay una amplia variedad. Quisiera agregar que la lenteja soviética, de Penza, no

tiene rival. Esto lo sabía antes de venirme para acá. Cierta vez, un agricultor me donó en Chile un paquete con cinco kilos de un sabroso y suave lentejón. Me dijo que era lenteja producida a base de semilla soviética, y que tenía, entre otras virtudes, la de ser inmune a la roya, enfermedad que diezma los sembrados de esta legumbre en mi país. A los pocos días llegó a Chile el poeta Semión Kirsanov. Lo invité a almorzar a casa. Lily, muy entusiasmada, quiso darle una grata sorpresa. Le preparó un plato de «chichivitzas», de las de Penza. Pero Kirsanov apenas las comió. No le traían buenos recuerdos. Le hacían remontarse a los tiempos duros de la guerra o a los difíciles años de la lucha contra la intervención. Para los soviéticos, la «chichivitzita» está ligada a las grandes calamidades de la historia, a los sufrimientos de este país. Yo y los míos, en cambio, disfrutamos de ella en nuestro departamento moscovita. Y, como en Chile, como lo hacíamos en nuestra casa de la calle Bremen, tenemos siempre en nuestra mesa compañeros y amigos que comparten con nosotros los productos soviéticos cocinados a la chilena.

Vivimos, claro está, con los ojos y el corazón vueltos hacia nuestra patria, seguros que volveremos.

Nuestros esfuerzos están dirigidos a apresurar la llegada de ese día, porque está unido al pan y a la libertad de nuestro pueblo.

El tiempo corre. Como está ya dicho, llevo dos décadas en la Secretaría del Partido. Creo haber echado mi manito contribuyendo a su grandeza, participando en la elaboración de su línea, defendiendo sus principios revolucionarios. Me he preocupado, al mismo tiempo, de conjugar un lenguaje comprensible para todos. Creo que esto no ha sido malo, aunque estoy consciente que, en algunas ocasiones, al usar giros populares, me he pasado de la raya.

Cuando logramos la resonante victoria de 1970 eligiendo a Salvador Allende como Presidente de la República, les pedí a mis compañeros de la Comisión Política que consideraran con absoluta libertad y franqueza si yo era o no la persona más indicada para encabezar al Partido en el período que iniciábamos. Nos transformábamos entonces en un partido de gobierno, surgían otras tareas, empezábamos a recorrer un camino nuevo, y era posible que yo, que había ayudado a esa victoria, pudiera no tener dedos para el piano en la nueva etapa que se abría.

En varias oportunidades insistí a este respecto. Dejé de hacerlo cuando las cosas empezaron a ponerse color de hormiga. No podía entonces andar con apequenadas.

Llegará el día en que la Secretaría General del Partido pase a otras manos. Tengo claro que hasta ese momento y después de él debo seguir entregando todo lo que pueda.

Mi mayor ambición es trabajar junto a los demás camaradas para echar

abajo la dictadura, construir en Chile un nuevo régimen democrático y crear las condiciones para que se incorporen a la Dirección del Partido los nuevos cuadros que se forjan al calor de la ardua lucha antifascista. Estoy seguro que las nuevas promociones sabrán conducir por un buen camino la bandera del Partido.

A pleno viento y sol

En octubre de 1958 estuve por primera vez en la hermosa ciudad de Punta Arenas para asistir al Congreso Regional del Partido. Allí me encontré con José Miguel Varas que trabajaba entonces en la radio «La voz del Sur». Visitamos en su casa a varios compañeros, algunos de ellos rezagados y hasta resentidos por lo que llamaban el abandono en que se hallaban de parte del Comité Central. Un viejo comunista de origen yugoslavo me habló del sectarismo que primaba en nuestras filas y de la necesidad de que el Partido saliese a combatir a campo abierto al frente de las masas. De lo contrario, seguiría estancado y hasta perdería influencia. Si aquí —me expresó— en esta pieza, yo planto un árbol, se marchita y se muere. Pero si lo pongo en el patio, a pleno viento y sol, entonces crecerá vigoroso. Esta verdad tan grande, que expresara tan bellamente aquel compañero de Magallanes, simple militante de base, fue incorporada al Informe al XI Congreso Nacional y constituyó para mí una lección que he procurado no olvidar jamás.

En la década del 60 tuvimos que enfrentar serios problemas y magnas tareas.

Desde los tiempos de Recabarren nuestro Partido ha sido la fuerza más influyente en el movimiento obrero organizado. No es un partido obrerista. Pero siempre ha tenido presente que la defensa de los intereses y derechos de los trabajadores es su tarea primordial y que la lucha por el socialismo y el comunismo es ante todo misión del proletariado. Por eso afianza su organización en primer término en las empresas donde se concentra el mayor número de obreros. La clase obrera sólo tiene que perder sus cadenas bajo el capitalismo y, como lo demuestra el episodio que vamos a relatar, tiene una firmeza y disposición combativa que ninguna otra clase social posee en forma tan clara y consecuente.

Cuando el gobierno de Jorge Alessandri se propuso imponer el 9% anual como tope máximo para el aumento de salarios, no obstante que la inflación sobrepasaba lejos dicho porcentaje, el Partido estimó vital e ineludible orga-

nizar y encabezar la lucha de la clase obrera contra ese propósito tan lesivo a sus intereses. Fueron los mineros del carbón los que estuvieron en la vanguardia de esta batalla. Durante casi cien días libraron una huelga que culminó con el triunfo al obtener un reajuste de salarios del 17% y echar abajo la barrera del 9%

Esa huelga constituye uno de los episodios más importantes en la historia del movimiento obrero chileno.

En las minas del carbón de Coronel y Lota trabajaban entonces cerca de diez mil obreros, la mayoría de ellos con familias numerosas. Cada vez que presentaban un pliego de peticiones a las compañías, tomaban sus medidas preventivas por si el conflicto no tuviese arreglo y desembocara en una huelga. Esta vez también lo habían hecho. En cada hogar minero había su quintal de harina, alguna cantidad de porotos, pescada seca y un buen poco de carbón. Pero, donde hay tantas bocas que alimentar, esto no duraba mucho. Las reservas se agotaron y hubo que apelar a la solidaridad de clase, primero al apoyo moral y material de los trabajadores de la zona y, luego a la de todo el país.

Transcurrido algún tiempo, se montó una de las más truculentas campañas anticomunistas. Los diarios y radios al servicio de los patrones y del gobierno sostuvieron al unísono la monserga de que sólo los comunistas no querían poner fin a la huelga, y que los trabajadores —y en especial sus mujeres e hijos— deseaban, en cambio, el retorno a las faenas de acuerdo a lo que ofrecían las compañías y el gobierno.

Había que redoblar la solidaridad de clase. Desde todo el país partieron hacia los pueblos mineros en huelga caravanas de camiones con productos alimenticios. Al mismo tiempo, fueron evacuados miles y miles de niños que muchos hogares de otras ciudades pugnaban por cobijar. El esfuerzo solidario fue gigantesco y constituyó una prueba contundente de que el objetivo que animaba a los obreros del carbón —el de romper con la política antiobrera de Alessandri— era compartido por todo el proletariado.

No obstante, ni los patrones ni el gobierno cedían. En estas circunstancias se organizó y llevó a cabo la Marcha del Carbón, que constituyó el mentís más rotundo a la patraña de que sólo los comunistas no querían volver al trabajo y que fue determinante en la victoria, a los 96 días de huelga.

La marcha debía partir desde Lota a las 8 de la mañana. El día anterior me puse de acuerdo con Clotario Blest para viajar al Sur y lo pasé a buscar a media tarde a su casa de la calle Ricardo Santa Cruz. Partimos en el FIAT 1100 que el Partido había puesto a mi disposición. Llegamos a Lota Bajo a eso de las tres de la madrugada. Todo el pueblo se hallaba en la calle. La banda de música de las Juventudes Comunistas hacía resonar sus trompetas y tambores. Una hora antes de lo fijado la gente estaba ya en el camino y se dio la voz de partida para iniciar la marcha hacia Concepción. Se puso en

movimiento un río humano que, poco más tarde, se hizo más largo y caudaloso al incorporarse el poderoso afluente de Coronel. Cuarenta o cincuenta mil almas, hombres, mujeres y niños, iban en la marcha. Se hizo un aro a la altura de El Escuadrón y, luego, el desfile prosiguió. Llovió y el tranco fue más rápido. Poco antes de las dos de la tarde estábamos en San Pedro. Cruzamos el puente del Bío-Bío y entramos a la ciudad. Los treinta y seis kilómetros que separan Lota de Concepción se recorrieron en siete horas. En la Intendencia, las autoridades habían calculado cuatro horas más.

Los mineros son buenos caminantes. A menudo recorren kilómetros y kilómetros hacia los cerros que circundan sus pueblos para visitar a sus familiares y amigos del campo o ir en busca de murtilla y otros frutos silvestres, o simplemente de algunas varas para levantar un gallinero o una mediagua o apuntalar sus ranchas ladeadas por la acción de la lluvia y el viento. Sus mujeres e hijos no les van a la zaga.

Algunos parlamentarios de la zona se incorporaron a la marcha casi al llegar a Concepción. A Montes, que entró en ella desde el mismo Lota, y a Clotario Blest, entonces Presidente de la CUT, no los vi desmayar. En cuanto a mí, debo confesar que hubo momentos en que no daba más, y que sólo la conciencia de ser Secretario del Partido, del partido de los mineros, me hizo llegar hasta el final. La falta de entrenamiento hacía de cada paso sobre el pavimento un golpe en las plantas de mis pies. Estos me sangraban cuando, después del mitin con que terminó la gran jornada, me quité los zapatos en casa de mi hermana Isabel.

Poco después se produjeron los terremotos del 20 y 21 de mayo. El gobierno quiso aprovecharse de la desgracia y del clima de solidaridad nacional que ella despertaba. Jugó suciamente una carta noble. Invocó el patriotismo de los mineros, pidiéndoles poner fin a la huelga, sin aflojar nada de su parte ni de parte de las compañías carboníferas. Los trabajadores dijeron no. Se mantuvieron en sus trece y triunfaron.

De aquella gran batalla de los mineros se hizo una película documental. La filmó el camarógrafo Sergio Bravo y el libreto lo escribió Pancho Coloane, y fue grabado con su propia voz. Se exhibió por todo el país. Lamentablemente, el original de aquel film se extravió después.

De la contienda presidencial de 1958, en la que triunfó Jorge Alessandri, había surgido una nueva y vigorosa izquierda, con manifiesta hegemonía proletaria. Un hecho todavía más trascendental, el triunfo de la Revolución Cubana, creó una nueva situación en todo el continente, una nueva atmósfera política en los países latinoamericanos y constituyó un gran aliciente para el desarrollo de los partidos y movimientos revolucionarios. En aquella coyuntura, el imperialismo norteamericano se dispuso a detener la ola revolucionaria por todos los medios, llegando hasta promover la invasión de Bahía

Cochinos. Sin embargo, la carta preferida que jugó entonces fue la llamada Alianza para el Progreso, como alternativa reformista a la perspectiva revolucionaria que abrió la gesta de Cuba. Esa carta la hizo suya en Chile el Partido Demócrata Cristiano.

En estas condiciones, antes y sobre todo después que la Democracia Cristiana conquistara el Gobierno, nuestro Partido se vio abocado a la necesidad perentoria de redoblar su trabajo en el seno de las masas para salir al paso del reformismo. Lo hizo sin perder de vista a los enemigos principales, el imperialismo y la oligarquía, y sin elevar a la categoría de contradicción antagónica la diferencia entre revolucionarios y reformistas. Cuando triunfó Frei hubo quienes en la izquierda se propusieron negarle la sal y el agua al gobierno demócratacristiano. Nosotros, comunistas, consideramos, en cambio, que había que impulsarlo a cumplir sus promesas de reformas. Si lo hacía, se colocaría —quisiéralo o no— en pugna con los sectores más reaccionarios. Si no lo hacía, perdería apoyo del pueblo. Durante todo su período estuvo en una y otra actitud, es decir, sentado entre dos sillas y, así, cumplió algunas promesas y otras no. Resultó en definitiva un gobierno de dulce y de grasa. Objetivamente representó un paso adelante, pero más corto de lo que el pueblo quería. Al final, éste giró más hacia la izquierda.

Durante el sexenio del Presidente Frei se libró una batalla política —especialmente entre comunistas y demócratacristianos— por ganar el apoyo de las masas. Esa batalla tuvo lugar en diversos terrenos, en particular en el frente femenino, en el campo y en las universidades.

En las elecciones presidenciales del 58, Salvador Allende había obtenido la segunda mayoría relativa. Ganó en el registro de los varones y perdió en el de las mujeres. No faltaron hombres de izquierda que las culparon de la derrota. Nuestro Partido salió decididamente al paso de tamaño despropósito. En último término, en una sociedad donde impera el machismo, donde el hombre, en general, copa todos los puestos de comando, es ante todo culpa suya el atraso político de vastos sectores femeninos.

Desde su nacimiento, nuestro Partido se preocupó del trabajo político entre las mujeres. Como en la versión bíblica, primero fue el hombre. Fue Salvador Barra Woll, compañero de Recabarren y primer gerente de El Siglo, el primero que, en «El Despertar de los Trabajadores», escribía artículos, con seudónimo de mujer, destinados a las mujeres.

El Partido creó más tarde el Movimiento Pro-emancipación de la Mujer (el MEMCH) y después la Unión de Mujeres de Chile. Ambas organizaciones alcanzaron una apreciable influencia y en su tiempo jugaron un significativo papel. Son muchas y muchas las compañeras que han consagrado su vida al trabajo femenino, entre ellas Micaela Troncoso, Amelia Guerrero y María Ramírez. Nuestra querida Julieta Campusano ha cumplido una labor gigantesca en este campo. En las industrias y servicios donde predominaban las

mujeres – fábricas textiles y de calzado, laboratorios farmoquímicos, escuelas, liceos y hospitales– se han destacado también no pocas compañeras. Pero, al fin y al cabo, todo ello resultaba insuficiente, a la luz de las nuevas exigencias y desafíos.

De lo que se trataba y se trata siempre que hay que abordar una gran tarea es que todo el Partido se meta en ella y que su trabajo se realice en el seno mismo de las masas. La labor que se despliega por parte de los compañeros y compañeras en los frentes específicos de la actividad del Partido constituye un aporte indispensable al trabajo de dirección en todos los niveles. Sin embargo, la cosecha es abundante sólo cuando los conocimientos adquiridos por los especialistas los asimila todo el Partido y éste hace suyas las tareas que hasta un determinado momento han estado en manos de unos pocos. De acuerdo a este principio, se planteó como un deber de todos los comunistas la necesidad de ganar mayor influencia en las masas femeninas. Los éxitos fueron notorios, aunque no de un día para otro. Se duplicó la actividad en los Centros de Madres que en número creciente entraron a dirigir nuestras compañeras y llegamos a tener un 36% de mujeres militantes del Partido. Hubo comités regionales, como el de Arica y el de Santiago Norte, que en determinados momentos tenían más del 50% de militantes mujeres. Una muestra de la preocupación del Partido por elevar su presencia y participación fue el hecho de que promovió a un número significativo de compañeras a puestos dirigentes en Comités locales y regionales y en el propio Comité Central, lo mismo que para cargos de representación popular, ante los Municipios y el Parlamento.

El Partido sintió, asimismo, la necesidad de ganar posiciones en el campo. En este frente tuvo figuras señeras como José Bascuñán Zurita y Juan Chacón Corona, que durante muchos años saltaban a hurtadillas las cercas de los fundos para llegar a las casas de los inquilinos u obreros agrícolas. Pero, igual que en todos los frentes del Partido, mientras éste sólo fue atendido por la comisión respectiva y uno que otro voluntario, los éxitos eran relativamente limitados. El viraje se produjo cuando el Partido, como tal, se propuso la tarea de lograr una influencia de masas en el campo. Se empezó por publicar el periódico «El Surco» a cargo de Juan Ahumada Trigo y encargarle a tal o cual comuna urbana atender ésta u otra comuna campesina. A poco andar, fueron muchas las células que apadrinaron uno u otro sector agrario. La célula en que yo militaba, «Estrella Solitaria», fue encargada de establecer relaciones con los trabajadores agrícolas de Alhué, el mismo Alhué de la hermosa novela de José Santos González Vera. Durante un buen tiempo, cada fin de semana, dos o tres de sus militantes, entre ellos Sergio Insunza y Sergio Volosky, llegaban hasta aquella aldea cercana a Melipilla y trababan amistad con los pobladores. En nuestra base había un dentista,

quien se ofreció para ir cada quince días a esa localidad y atender gratuitamente a sus habitantes. Había, sí, que encontrar y adquirir una máquina dental, cuyo torno accionara a pedal, pues en Alhué no había electricidad. Felizmente se encontró y se adquirió. Cada sábado que atendía este dentista, acudía medio mundo a solicitar sus servicios. Simultáneamente, en otro sector de Melipilla, hacía su trabajo otra célula de Santiago. En ella había un veterinario, el «Ronco» Díaz, que puso sus conocimientos al servicio de los campesinos. Estos criaban ovejas. En ellas hacía estragos la sarna, hasta que la célula del «Ronco» Díaz llegó a ese sector y las bañó cuantas veces fue necesario con los elementos indicados. Por este camino se ampliaron las relaciones de amistad y las conversaciones, principalmente políticas, con la gente de ambos lugares. El fruto de esta labor fue el surgimiento de nuevos sindicatos y comités campesinos y un buen grado de simpatía hacia el Partido. El contacto directo con los trabajadores del campo permitía ante todo conocer sus problemas concretos y, a partir de ellos, realizar el correspondiente trabajo de agitación, propaganda y organización, pisando terreno firme.

Grandes huelgas campesinas conmocionaron al país en los últimos años del gobierno de Alessandri, principalmente bajo la dirección demócrata-cristiana. En esa misma época el Partido desarrollaba también su influencia entre los trabajadores agrícolas de varias provincias, entre los obreros forestales y entre los mapuches. En varias partes, como los Lolocos, Lonconahuida y la Isla del Pangal, encabezó la recuperación de tierras de nuestros aborígenes. Estuve en este último lugar pocas horas después que había llegado allí un destacamento de carabineros para desalojar a los mapuches de aquella isla que en verdad no era tal porque estaba unida al territorio por una pequeña franja de dunas. Partimos a matacaballo desde la choza de un cacique mapuche que nos prestó sus bestias. Ibamos con un baqueano, junto con Santos Leoncio Medel y César Cerda, entonces encargado agrario del Partido y avesado jinete. Llegamos en el momento crítico al lugar preciso donde se desarrollaba el conflicto. Frente a frente, como en las antiguas batallas, separados por menos de una cuadra de distancia, se hallaban, de un lado los mapuches y, del otro, los carabineros. Se logró evitar el choque que pudo haber sido sangriento, y los mapuches conquistaron el derecho a usar la Isla del Pangal para pastoreo.

Durante el Gobierno de Frei, los propietarios de la gran hacienda Longotoma resistieron la expropiación mediante el recurso de la violencia armada. Engatuzaron a un grupo de campesinos que apareció a su lado. Nuestros compañeros de La Liga y Petorca hicieron un trabajo de joyería, persuadiendo a muchos de esos campesinos de la necesidad y el deber de volverse contra sus patrones. Además, movilizaron en favor de la expropiación del fundo a los trabajadores de las otras haciendas y de las minas de

aquel combativo sector de la provincia de Aconcagua. La expropiación quedó a firme. Se ganó la pelea gracias a la acción común de los trabajadores de la ciudad y del campo o, dicho tal vez de modo más exacto, gracias a que el Partido Comunista, que estaba en la oposición al gobierno demócrata-cristiano, colocó en primer término el interés de los campesinos y apoyó decididamente la medida de ese gobierno de expropiar Longotoma. Tal fue una de las formas prácticas de materializar su política de oposición firme pero no ciega y de trabajar por la acción común de las fuerzas progresistas que había en la oposición y en el gobierno en contra de las fuerzas reaccionarias que existían en uno y otro lado.

Desde hacía muchos años el Partido venía diciendo y repitiendo que el campesinado es el aliado principal de la clase obrera. Mientras quedó en la formulación y, como se ha dicho antes, sólo contaba con el trabajo heroico de algunos compañeros, no fue mucho lo que pudo avanzar. La situación cambió cuando la tarea se tomó en la forma descrita.

El despertar del campesinado chileno resonó más allá de las fronteras patrias. Cierta vez, en Montevideo, en una reunión del Activo Nacional del Partido Comunista de Uruguay, un compañero me preguntó cómo nosotros habíamos logrado éxitos en el campo. Le dije:

Le voy a responder con tres palabras.

Cuando pronuncié esta frase pensé que podía aparecer pedante. Pero no tuve más que continuar y añadí entonces:

— *Yendo al campo*

Así pues, el secreto de todos los éxitos está en acometer las tareas y no quedarse en las palabras.

En el período del cual hablamos, las Juventudes Comunistas se pusieron pantalones largos y llegaron a constituir la más poderosa, entusiasta y combativa de las organizaciones políticas de la joven generación. En los centros obreros, en las poblaciones, en los liceos y las universidades, estableció fuertes posiciones. Logró ser profundamente querida por el pueblo. Su presencia, sus gritos —«JOTA JOTA, CE CE, JUVENTUDES COMUNISTAS DE CHILE», «AL PARTIDO, SALUD, AQUI ESTA LA JUVENTUD»— y sus consignas de combate, eran siempre coreados y aplaudidos por la multitud. Sus brigadas Ramona Parra, formadas por muchachas y muchachos de todas las procedencias sociales, combativos, resueltos, valientes, conquistaron la admiración y el cariño de las masas, el aprecio de artistas y pintores, entre ellos de Roberto Sebastián Matta, por la calidad y fuerza de sus murales. Conquistaron también el odio del enemigo. En el umbral de la década del setenta, su participación fue decisiva para colocar en órbita la candidatura de Salvador Allende a la Presidencia, en tanto ésta fue proclamada por todos los partidos de la Unidad Popular. La proclamación era importante, pero no

bastaba. ¿Quién daba los primeros pasos en el terreno de la propaganda? ¿Quién pintaba las murallas con el nombre de Allende? La Dirección del Partido y de la Jota consideraron que tan importante misión debía recaer en las Brigadas que llevaban el nombre de la joven obrera del Laboratorio Recalcine que cayera en la masacre de Plaza Bulnes en 1946. Cumplieron la tarea con un espíritu de heroísmo y sacrificio sin par. En pocas semanas, trabajando día y noche, rayaron murallas, empalizadas, puentes y piedras a lo largo de todo Chile y colocaron el nombre del candidato del pueblo en la punta de este tipo de propaganda.

En el terreno de la canción y la música las Juventudes Comunistas reunieron lo mejor que surgía de la vertiente popular. Uno de sus más grandes cultores, Víctor Jara, cuya vida tronchó el fascismo, se ha transformado en un valor nacional imperecedero y en una figura de renombre mundial.

En la pugna por ganar la mayor influencia entre los jóvenes, la Jota y sus aliados batieron a la juventud demócratacristiana en las universidades. La larga lucha por la Reforma Universitaria implicaba también un forcejeo constante entre la izquierda y el centro. Al final, la masa estudiantil, bajo la dirección de las Juventudes Comunistas, impuso la reforma más radical. Así la Jota se convirtió en la fuerza más importante en las Universidades de Chile y Técnica del Estado. Anotemos, de paso, que el Partido, en cuyo trabajo universitario destacaban Fernando Ortiz y Enrique París —miembros del Comité Central caídos bajo el fascismo— y Hernán Ramírez y Enrique Kirberg, se transformó también en el destacamento político más influyente en el personal académico y no académico de estos institutos de la educación superior.

Como más de alguna vez lo hemos dicho, entre el Partido y la Jota existía y existe un amor correspondido. Ricardo Fonseca la educó en este espíritu, combatiendo en sus filas hasta el menor asomo de vanguardismo, es decir, cualquier tendencia a dispararse por su lado. La Jota es orgánicamente autónoma. Pero ideológica y políticamente es la organización juvenil del Partido Comunista, y escuela de formación de sus cuadros. Sus Secretarios Generales de la década del sesenta, Mario Zamorano y Gladys Marín, y antes, Manuel Cantero y Samuel Riquelme, siguieron el ejemplo de Fonseca.

En definitiva, claro está, la Jota es creación del Partido. Se abrió campo en la aplicación de la política del Partido, que ha sido y es de lucha sin cuartel contra los enemigos declarados de la clase obrera y el pueblo, el imperalismo y la oligarquía, y que fue y es de solidaridad irrestricta con la Unión Soviética, con Cuba, con Viet Nam, con Nicaragua, con el pueblo salvadoreño, con todos los que luchan por la paz, la plena independencia de las naciones y el socialismo. La Jota siempre aplicó esta política con decisión, audacia y creatividad. Por Cuba y Viet Nam protagonizó jornadas memora-

bles en los momentos más críticos en que estos pueblos vivieron bajo el asedio del imperialismo.

También ha tenido importancia en el desarrollo de nuestras Juventudes Comunistas la amplitud con que el Partido ha enfocado los problemas, las inquietudes, las modas y los gustos de los jóvenes. No siempre se enfocaron bien estas cosas, pero terminó por imponerse el buen juicio. Para el Partido, lo más importante no era ni es el origen de la música en boga. Promovía y alentaba, como nadie, la propia, la autóctona y las danzas nacionales. Pero no prohibía ni prohíbe la música o los bailes de otras procedencias, si éstos son del agrado de los jóvenes. Tampoco hizo cuestión de las minifaldas o de los cabellos largos y de las barbas abundantes. Lo que más interesa son los sentimientos y las ideas en las nuevas generaciones, su actitud de combate y las costumbres sanas, con el agregado de que por esto último no entendemos nada que esté fuera de lo que es normal y propio de la vida.

La pudibundez nos es ajena, como también la vida licenciosa. Hace ya algunos años, cuando cumplí cincuenta, me hicieron una entrevista sobre temas que interesaban a los jóvenes. Me preguntaron, por ejemplo, si era contrario a las relaciones prematrimoniales. Les respondí que no, naturalmente. Y creo que resumi mi pensamiento diciendo que, en este aspecto, soy partidario de la idea de que el hombre no debe ser ni monje ni Don Juan y, por extensión e igualdad, la mujer no ubicarse ni en uno ni en otro extremo.

Lo principal en los años sesenta fue, en último término, el rumbo hacia el poder que emprendió el movimiento popular. La línea del Partido desbrozó el camino hacia este fundamental objetivo. El Informe al XII Congreso, celebrado en marzo de 1962, tiene como título «Hacia la conquista de un Gobierno Popular», en tanto que en 1965 se realizó el Congreso número XIII bajo el lema «La clase obrera, centro de la unidad y motor de los cambios revolucionarios» y en noviembre de 1969 el XIV Congreso levantó con toda fuerza la consigna «Unidad Popular para conquistar el poder».

En la década anterior, en tiempos del camarada Galo González, el Partido visualizó la posibilidad de que el pueblo chileno accediera al poder por una vía no armada. Dicha posibilidad se ensanchó en los años siguientes y, desde el punto de vista teórico-político, alcanzó una elaboración que, si bien no podríamos llamar acabada, permitió esbozar una perspectiva fundamentalmente realista que culminó con la victoria de la Unidad Popular y la conquista de una parte del poder.

La lucha no fue fácil ni del todo pacífica. Se desarrolló con una participación activa de masas, a través de huelgas, tomas de terrenos, enfrentamientos callejeros, marchas de protesta y otras múltiples formas.

El núcleo aglutinante de las fuerzas antiimperialistas y antioligárquicas era

el Frente de Acción Popular (FRAP), constituido por comunistas, socialistas y otros partidos de izquierda. En su seno, nuestro Partido sostuvo la necesidad de atraer y unir más y más fuerzas. Después de las elecciones presidenciales de 1964, además de propiciar la acción común con los sectores más progresistas de la democracia cristiana, propuso buscar el entendimiento con el Partido Radical, en cuyas filas entraron a pesar cada vez más las corrientes contrarias al contubernio con la derecha. Los sectarios argumentaban una y otra vez que aquello era conciliación de clase o significaba entregarle a la burguesía la hegemonía del movimiento popular. El desarrollo posterior de los acontecimientos demostró que no tenían la razón y que la reincorporación del radicalismo al bloque de izquierda —lo que dio origen a la formación de la Unidad Popular— correspondía a los intereses del pueblo. La victoria de Salvador Allende por un margen estrecho de votos demostraba, de paso, que todo aliado había hecho un aporte del cual no se debía prescindir.

Salvador Allende reconoció más de una vez la contribución decisiva de nuestro Partido al triunfo popular, y se sintió siempre más afín con la política de amplia unidad patrocinada y aplicada por los comunistas.

1969 fue un año de aprestos para la elección presidencial. En la Democracia Cristiana se impuso la candidatura de Radomiro Tomic, de posiciones más a la izquierda que las de Eduardo Frei. Este último había sido elegido Presidente con el apoyo de la derecha. Tomic sostuvo que si la DC ganaba con la derecha, sería la derecha la que ganaría. Al regresar de los Estados Unidos —donde fue por un tiempo embajador— abogó por un pacto entre la DC y la UP con vista a una candidatura demócratacristiana. Eso era una ilusión. El gobierno de Frei erosionó el terreno en que se asentaba el prestigio popular de la DC e hizo muy poco o nada por crear una atmósfera de amistad y entendimiento entre su partido y la izquierda que, en cambio, había afianzado y ganado posiciones. La presión de Tomic y de sus partidarios se ejerció especialmente hacia el Partido Comunista en la creencia, también ilusa, de que podríamos apartarnos de nuestros aliados más cercanos y patrocinar en la Unidad Popular el pacto con la Democracia Cristiana que aseguraría el triunfo de su candidatura. Hubo necesidad de hablar fuerte y claro: «Con Tomic ni a misa», declaré a un periodista cuando me preguntó si nosotros, comunistas, podríamos apoyar al personero de la DC. Es claro que hablaba de esta misa.

Así las cosas, Tomic no tuvo más que aceptar ser candidato de la Democracia Cristiana sin el apoyo de la izquierda. En su campaña centró los fuegos contra la derecha, se pronunció por una vía no capitalista para Chile y sostuvo que el capitalismo era incapaz de resolver los problemas de los pueblos latinoamericanos. Luego del 4 de septiembre de 1970 se pronunció porque la Democracia Cristiana votara en el Congreso Pleno por Salvador

Allende, que obtuvo la primera mayoría relativa. La derecha pedía que lo hiciera por Alessandri, con el compromiso de que luego éste renunciaría para dar paso a una nueva elección presidencial donde ella votaría por un demócratacristiano.

De nuestra parte, habíamos hecho cuanto era posible por establecer lazos de entendimiento con los demócratacristianos en la lucha antimperialista y antioligárquica y por estimular y apoyar los rasgos positivos del Gobierno del Presidente Frei. Más aún, cuando el General Roberto Viaux Marambio se hizo fuerte en el Regimiento Tacna y pretendió arrastrar a todo el Ejército para voltear al gobierno DC, la actitud de nuestro Partido fue un elemento decisivo en el fracaso de esa intentona sediciosa. Ejercimos toda nuestra influencia para que las masas, bajo la dirección de la Central Única de Trabajadores, salieran a la calle a cerrarle el paso a los golpistas, lo que realmente ocurrió.

La decisión de la Democracia Cristiana de ratificar el triunfo de Allende en la reunión conjunta de ambas Cámaras del Parlamento no fue, pues, un hecho casual. No lo fue tampoco el clima de colaboración que se estableció entre demócratacristianos y fuerzas de la Unidad Popular en los primeros meses que siguieron a la victoria del pueblo.

La década del sesenta estuvo también jalonada de acontecimientos internacionales de distinto signo, es decir, que ayudaron o complicaron la situación nacional, desde la paliza que el pueblo cubano le propinó a los invasores de Playa Girón hasta los acontecimientos de Checoslovaquia, en agosto de 1968, pasando por la crisis del Caribe, la caída del gobierno de Goulart en Brasil, la intervención imperialista a Santo Domingo y la criminal agresión yanqui al heroico pueblo de Viet Nam.

La posición de los comunistas chilenos es conocida nacional y mundialmente. No ha dado ni da motivos para equívocos. Nuestro Partido ha estado —y estoy seguro de que estará siempre— en la barricadas de los que luchan contra los enemigos de nuestro pueblo y por la paz y el socialismo.

Con el correr de los años se ha hecho más y más evidente el derecho y la exigencia de que cada Partido determine y responda de la elaboración y aplicación de su propia política en todos los sentidos y que sólo en caso de excepcional gravedad, en que los errores de uno afecten los intereses del conjunto del movimiento comunista internacional, es admisible y hasta puede ser indispensable dar alguna opinión con el tacto y el respeto correspondiente al trato entre camaradas. Es obvio, de otro lado, que la defensa y difusión de nuestra ideología marxista-leninista son una tarea y una lucha permanentes.

Personalmente, creo que, al margen de los asuntos de fondo que estaban de por medio, actuamos en forma un tanto apresurada al criticar, en su

tiempo, a los camaradas yugoslavos. Soy de opinión, en cambio, de que en el caso chino nuestra conducta era la única que correspondía asumir y que ella se ha caracterizado por la mesura, incluso en este período de estrechas relaciones entre la República Popular China y el Chile de Pinochet. Apenas triunfó la Revolución China, los comunistas chilenos, a solicitud de los camaradas chinos, enviamos a Pekín a destacados miembros de nuestro Partido que requerían para trabajar en el campo de las traducciones al español y en actividades por la paz mundial. Entre otros, trabajaron allí, el pintor José Venturelli, los escritores Luis Enrique Délano, Francisco Coloane, Jaime y Mercedes Valdivieso, el crítico Yerko Moretic y la periodista Virginia Vidal. De un día para otro, se prescindió del Partido para esta colaboración y se atacó su línea política. Con todo, no estimamos que esto sea lo principal. Los desacuerdos con el Partido chino han constituido una tragedia para el movimiento comunista internacional y no han ayudado precisamente al desarrollo de la lucha mundial por el socialismo y la paz. El día que se abran posibilidades reales de entendimiento daremos los pasos necesarios para contribuir a él.

Candidato y Senador

El Partido decidió presentarme como candidato a Senador por Ñuble, Concepción y Arauco en las elecciones de marzo de 1961. Consideraba que el título me daría más nombre, más respetabilidad y facilidades para desplazarme de un lugar a otro del territorio patrio y cada vez que tuviese que salir al extranjero.

Con Jorge Montes, diputado penquista y candidato a la reelección, recorrimos la provincia de Concepción. Me acompañó también en la gira por los Departamentos de San Carlos e Itata. Con Santos Leoncio Medel dimos una y otra vez la vuelta por Arauco. Con uno y otro llegué a los puntos más apartados de la zona, a las aldeas más pequeñas, a las reducciones mapuches, a los rincones campesinos más distantes.

En Quirihue había un solo comunista, un profesor que lamentablemente estaba enfermo en cama. No obstante, Montes y yo decidimos efectuar un acto público. Nos apersonamos a la Gobernación. Allí mismo escribimos y firmamos el permiso para hacer un mitin. El sitio que elegimos estaba a pocos metros de donde funcionaba una rueda de Chicago y otras entretenimientos mecánicas. Andábamos en un FIAT 1100 que manejaba Luis Aguirre, experto chofer antofagastino que estuvo en Pisagua todo el tiempo que permaneció abierto el campo de concentración que allí instaló González Videla.

Pasamos una y otra vez por las calles del pueblo invitando al acto. Nos alternábamos en el micrófono a pila de fabricación soviética, que era nuestro gran instrumento de combate. Llegó mucha gente al lugar de nuestra proclamación pública. El sitio y la hora, al final de la tarde, estaban bien elegidos y nosotros atrajimos la atención por variadas causas. Hasta por curiosidad fueron algunos a escucharnos. Yo anuncié al primer orador, Jorge Montes, él me anunció a mí y, luego de hablar ambos regresamos contentos a San Carlos. Los votos que allí obtuve creo que se contaron con los dedos de una mano.

En Polcura, en el otro extremo de Ñuble, al pie de la cordillera, realizamos

otra proclamación inolvidable. La hicimos a mediodía a un costado de la plaza del pueblo que entonces estaba cercada para que los animales no se comieran los arbolitos recién plantados. Era aquél el más grande acto público que jamás se había visto en Polcura. Estábamos felices. Pero la felicidad no duró mucho. Comenzaba mi discurso cuando pasaron a marcha lenta y en dirección oriente tres o cuatro autos que tocaban sus bocinas en forma desahogada. La gente que nos escuchaba se dio media vuelta y siguió en sus cabalgaduras o a pie tras la caravana de automóviles. En uno de éstos iba Humberto Aguirre Doolan, senador y candidato a la reelección. En algunos momentos más sería proclamado con discursos bien regados y una vaquilla asada.

Nada de esto nos echó al suelo. Diría que, por el contrario, continuamos recorriendo palmo a palmo cada una de las tres provincias.

En Concepción y Arauco la situación era más favorable a nuestra causa. Allí el Partido es fuerte desde los tiempos de Recabarren. De todos modos seguimos nuestro plan de ir a todos los lugares. Nuestra mayor alegría era la de reunirnos con pequeños grupos en los más pequeños poblados, en los barrios de las ciudades o en las rinconadas del campo. Me impresionaban especialmente los campesinos que, temerosos de las represalias patronales, esperaban que cayera la noche para acercarse a nuestras reuniones y escuchar la palabra de los comunistas, a veces desde cierta distancia física para no aparecer directamente participando en ellas. Aprendí mucho de la gente sencilla a través de las conversaciones simples y directas. Eso me ayudó para hablar después en otras tribunas de sus problemas concretos. Me sirvió también para enriquecer mis conocimientos del lenguaje del pueblo.

Los votos que el Partido había sacado en las elecciones precedentes no daban para que yo saliera elegido senador. Sin embargo, obtuve la primera mayoría. A ello contribuyó el estilo de la campaña, la circunstancia de que yo era un hombre de la zona (Tomé me dio una votación muy alta) y, sobre todo, el hecho de que el Partido es siempre lo principal en el éxito de las tareas que se traza, habida cuenta, naturalmente, de que los objetivos que se propone alcanzar no son una quimera.

Pablo Neruda, junto a Matilde, me acompañó también en mis ajeteos de candidato por las tres provincias. En San Carlos, Chillán, Coihueco, Concepción, Tomé, Penco, Talcahuano, Lota, Coronel, Arauco, Curanilahue, Lebu, Cañete y las reducciones mapuches de Ponotro, compartió conmigo la tribuna del Partido con breves y enjundiosos discursos y, a la vez, tres o cuatro poesías en cada acto público.

En Concepción, luego de un encuentro que tuvo con muchachos de la Universidad, un periodista le lanzó una estocada:

— ¿Usted ha venido a esta ciudad —le preguntó— con alguna misión solapada?

El preguntón sabía, puesto que era una hecho publicitado, que Neruda había llegado conmigo y que estaba próxima la proclamación de las candidaturas del Partido. Quiso pues, ponerlo en aprieto. Pablo, con su tranquilidad de siempre y su voz calmada, le replicó de inmediato:

— No sé a qué misiones solapadas Ud. se refiere. Yo, debajo de mi solapa, tengo mi corazón y dentro de mi corazón está el Partido Comunista. He venido, pues, a proclamar al Secretario General de mi Partido, Luis Corvalán, como candidato a Senador de la República. Eso es todo.

En Lebu nos hospedamos en casa de un hermano de Matilde, propietario de una fábrica de muebles. Una de sus hijas se llamaba Pasionaria, un hijo Timoshenko y otro Stalin; ¡Y pensar que en Chillán había sido expulsado por trotskista hacía una veintena de años! Era un hombre bueno que tenía la enfermedad de Parkinson. Convencido que había sido precipitada la medida tomada en su contra, me propuse, si el Partido y él estaban de acuerdo, que se reviera su caso. Murió antes que pudiera tomarse la decisión correspondiente. Pero de hecho, el Partido ya le había demostrado de nuevo la confianza y el aprecio que se merecía.

Visité la Isla Santa María junto con Medel, Luis Godoy, Heraclio Ugarte, Peralta del Comité Regional de Arauco y mi hijo Luis Alberto, que entonces tenía 13 años. La cruzamos a todo lo largo, a caballo, desde Puerto Sur a Puerto Norte. En la mañana habíamos partido del continente, desde Tubul, con mar tranquila. En la tarde, luego de recorrer la isla, debíamos dirigirnos hacia Punta Lavapié, una de las caletas más hermosas del litoral chileno, situada en el extremo sur del golfo de Arauco. Había mar gruesa. Teníamos que navegar contra viento y marea, tal cual suena. Salimos de Puerto Sur, dejamos atrás los acantilados de Punta Guanaye y enfrentamos el oleaje. No había alternativa. La lancha no podía soslayar el viento porque, en verdad, eran dos los que soplaban en su contra, uno desde más afuera, desde el sur del océano y el otro desde la desembocadura del Carampangue. Ibamos provistos de ropa contra el agua que se levantaba en cada golpe de ola. Contreras, el patrón de la lancha, se portó como el más experto de los lobos marinos. Si en un momento la embarcación subía hasta la cresta de una ola, se iría por ojo. Su tarea consistía, entonces, en acelerar o desacelerar su marcha para evitar ese peligro. Lo hizo manejando el timón con una mano y el acelerador con la otra, sin perder jamás de vista el movimiento de las aguas.

Felizmente, todo salió bien. En Punta Lavapié aplaudieron nuestra llegada y recibieron a Contreras como héroe.

Ocho años después, en 1969, el Partido decidió presentarme de nuevo como candidato a Senador, esta vez por Aconcagua y Valparaíso. No recuerdo si teníamos o no votación suficiente para elegir un representante en el Senado. Lo que sí me acuerdo es que la prensa y la radio porteñas se en-

cargaron de poner el acento en mi condición de forastero. Los otros candidatos eran, no sólo porteños natos, sino, además, según expresiones textuales de sus propagandistas, «acorazados del Pacífico». En esas condiciones, aunque no lo decían abiertamente, querían dar la impresión de que el candidato comunista no era ni siquiera un bote a vela. Otra vez el Partido tomó a pecho la tarea y asumió el compromiso de elegirme. Pasó a la ofensiva. La campaña tomó vuelo. Se vio, incluso, la posibilidad de elegir dos senadores para lo cual se inscribió también la candidatura de Sergio Vuskovic. Este, hombre de gran espíritu comunista y de gran prestigio, se dedicó a hacerle campaña al Secretario del Partido, no obstante lo cual obtuvo varios miles de votos. Como había sucedido en la ocasión anterior, en Valparaíso y Aconcagua triunfamos también con la primera mayoría en la lista de senadores y elegimos tres diputados, Manuel Cantero, Luis Guastavino y Carlos Andrade. Ello vino a demostrar, de paso, la fragilidad de los acorazados que no defienden causas justas y el hecho de que para la clase obrera y el pueblo ningún comunista es forastero, cualquiera sea el lugar de su nacimiento.

No puedo hablar con el mismo entusiasmo de mi experiencia en el ejercicio del cargo para el cual fui elegido en las dos oportunidades referidas. Sólo una cosa merece ser destacada. El pueblo en general y el Partido en particular fueron siempre muy comprensivos y generosos. Pocas veces fui requerido para hacer diligencias que llevaban mucho tiempo. Entendían que lo principal era y debía ser mi trabajo en la Dirección del Partido y no mi labor como parlamentario. Otros compañeros, especialmente Orlando Millas, se daban tiempo para una y otra cosa. Yo no; jamás he podido distribuir mi atención simultáneamente en dos o más asuntos. Sólo soy capaz de concentrarme en uno. De este modo, lo del Senado era para mí, más que una cuestión secundaria, algo que en el fondo me disgustaba porque no podía atender bien en él las obligaciones que el cargo me imponía. Permanentemente estaba «pareado» y cuando debía asistir a una votación en la cual no regían los pareos, lo hacía a contrapelo. Debo confesar que a esto contribuía, en no poca medida, el profundo desagrado que me producían muchos hábitos parlamentarios, empezando por los discursos kilométricos y generalmente insulsos, las discusiones tan largas, a veces, sobre asuntos baladíes o el engorroso y prolongado trámite que requería el despacho de las leyes. En las únicas oportunidades en que tomé en serio una tarea parlamentaria fue durante la discusión de los proyectos de reforma agraria en tiempos de Jorge Alessandri y luego de Eduardo Frei Montalva.

En algunas ocasiones también usé «la hora de incidentes» para cosas importantes. En esa hora, donde, de acuerdo al tiempo prorrateado, cada cual puede hablar sobre lo que quiera, pronuncié varios discursos políticos. El primero de ellos fue sobre la Revolución Cubana. En la «hora de incidentes» se hablaba a menudo ante los bancos vacíos y el Presidente o el Vicepresi-

dente del Senado. En la oportunidad en referencia, la sala estaba casi llena. Yo venía llegando de Cuba. Recién había sucedido la agresión yanqui de Playa Girón. El tema despertaba interés y, además, era mi debut como miembro del Senado.

Poco después tuve alguna participación en la Comisión de Economía que debió considerar un proyecto de ley que afectaba al puerto de Arica. De la ciudad nortina llegaron varias delegaciones cuyos alegatos conoció la Comisión mencionada. En el momento de votar lo hice en favor de la población arriqueña, en cuyos intereses coincidían obreros, comerciantes e industriales que gozaban del régimen de aduana franca para la importación de maquinarias y materias primas. Transcurridos algunos días, recibí como obsequio un par de cortes de casimires producidos por la sucursal Arica de la Fábrica de paños Banvarte. Lo devolví, naturalmente. No reaccioné con ira. Pensé que tal tipo de regalos podría ser de habitual ocurrencia para la mayoría de los señores senadores y, por lo tanto, una cosa natural para quienes los enviaban y para quienes los recibían. Por eso, en la carta que acompañaba al paquete devuelto, agradecía el obsequio pero declinaba recibirlo porque para nosotros, comunistas, votar favorablemente un proyecto como el que había apoyado correspondía a un deber cuyo cumplimiento no podía ser objeto de recompensa.

Pasó algún tiempo y un buen día, Samuel Riquelme, que era entonces Secretario del Comité Regional de Santiago (a la fecha había un solo C.R. para toda la provincia) me contó que una delegación del Partido había llegado a la fábrica que los Banvarte tenían en Ñuñoa para solicitar algún aporte a la campaña financiera del Partido. El industrial recibió con deferencia a nuestros compañeros y contribuyó con algo a la campaña económica de ese año. Lo hizo —según dijo— recordando el hecho antes referido. Le había impresionado la conducta tan particular de los parlamentarios comunistas.

Yo tenía resuelto pedirle al Partido que al término de mi mandato de Senador no fuera postulado por ningún motivo para un nuevo cargo de este tipo. No fue necesario hacer tal petición porque mucho antes de las elecciones generales que se avecinaban, la tiranía le puso candado al Congreso. Este no era de ningún modo perfecto. Pero era una institución más o menos democrática y en su seno había un considerable número de diputados y senadores leales al pueblo. El fascismo no podía tolerarlo.

El golpe

El lunes 10 en la mañana, el día antes del golpe, se reunió la Comisión Política en Teatinos 416, sede del Comité Central del Partido. Había que evaluar la grave situación creada, tomar decisiones y asumir las responsabilidades consiguientes.

El domingo, temprano, nos habíamos entrevistado con el Presidente Allende, en su casa de Tomás Moro, Víctor Díaz, Orlando Millas y yo. El Presidente consideraba que el golpe era inminente. Nos contó que había examinado con el General Prats las posibilidades de instalarse en alguna unidad militar para resistir desde allí a los facciosos. Había algunos pocos regimientos comandados por oficiales leales, pero éstos ya no los controlaban. Carlos Toro, ex Subdirector General de Investigaciones y el compañero Máximo, socialista, que mantenían permanente contacto entre sí y estaban a su vez relacionados con los oficiales amigos de las FF.AA., tenían la misma impresión que el General Prats le había dado al Presidente. Los sucesos de los días posteriores demostrarían que, en efecto, en los Institutos militares había hombres leales, pero ya sin poder de mando. No pocos de estos hombres se mantuvieron firmes. Fueron procesados y marginados de las filas castrenses. Algunos de ellos fueron arrojados a la cárcel o el exilio. Hubo también otro tipo de oficiales que durante el gobierno de la Unidad Popular se presentaban como amigos, pero que a la postre resultaron ser verdaderos camaleones, pues nada les costó, después del golpe, entrar a colaborar con la dictadura. Si no damos sus nombres para someterlos a la execración pública, es sólo porque siempre consideramos que es inviolable de nuestra parte el compromiso que implícitamente contraemos de no revelar el secreto de los contactos reservados.

Era preciso tirar todas las cartas sobre la mesa en la reunión de la Comisión Política. ¿Qué sucedía con nuestra fuerza propia, con los efectivos paramilitares que habíamos logrado formar para defender en un momento determinado las conquistas del pueblo? ¿Con qué recursos y posibilidades reales contaban estos efectivos?

Nosotros habíamos creado las Comisiones de Vigilancia del Partido, cada

una de ellas compuesta de 10 hombres. Observaban una disciplina semimilitar y actuaban de acuerdo a las instrucciones emanadas de los Comités Regionales a través de su propio organismo asesor.

Dichas comisiones llegaron a contar con cerca de tres mil miembros en todo el país, la mitad de los cuales actuaba en la provincia de Santiago. Desempeñaron importantes tareas de vigilancia en los actos de masas, en los locales del Partido y en las casas y trayectos de sus dirigentes. Sus integrantes aprendieron, cual más cual menos, las técnicas de la defensa personal y el manejo de armas cortas. Una prueba de la eficiencia que lograron adquirir la dieron durante la celebración de los 50 años del Partido en enero de 1972. Cubrieron en excelente forma los actos de masas realizados en esa ocasión en todas las provincias, comprendido el gran mitin de Santiago, efectuado en el Estadio Nacional. Su trabajo implicaba esfuerzos y sacrificios personales. Si se trataba de realizar una concentración en el teatro Caupolicán, por ejemplo, las Comisiones de Vigilancia tomaban posesión del local a las 2 de la madrugada, lo inspeccionaban rigurosamente y mantenían guardia interior y exterior desde esa hora hasta el término del acto.

Además de las Comisiones de Vigilancia disponíamos de lo que llamábamos los Grupos Chicos, constituidos por 5 personas cada uno. Sus integrantes debían tener por lo menos 5 años de militancia, no haber sido objeto de sanciones disciplinarias, haber hecho el servicio militar, salvo contadas excepciones, y distinguirse por la claridad y firmeza sobre la política del Partido y un decidido espíritu de sacrificio. Debían tener también una edad que les permitiera empuñar las armas y desempeñarse como buenos combatientes en un caso dado.

Nuestro parque de «herramientas» estaba formado por un número indeterminado de armas cortas que poseían las Comisiones de Vigilancia. Para defender las conquistas del pueblo y el Gobierno constitucional del Presidente Allende, nos pertrechamos de 400 fusiles automáticos y de 6 lanzagranadas con 3 proyectiles cada uno. Estas armas estaban a disposición de los Grupos Chicos, cuyos miembros, más o menos entrenados en su manejo, no alcanzaron a pasar de 200 a través de todo el país.

La fuerza paramilitar de que disponía nuestro Partido y, en términos más amplios, el movimiento popular, era suficiente o más que suficiente para iniciar una guerra de guerrillas en condiciones determinadas. Pero era marcadamente pobre e incapaz de enfrentar, en una batalla que debía resolverse en un par de días, a las Fuerzas Armadas del país que se habían alzado contra el Gobierno constitucional. Además, no habían adquirido el indispensable espíritu de cuerpo, se hallaban muy desperdigadas y no tenían en sus manos las armas automáticas que se había logrado acumular.

Existía, obviamente, una gran disposición combativa en un importante sector del pueblo, en decenas de miles de comunistas, de socialistas y de

otras fuerzas revolucionarias. Pero, a la vez, era evidente que la correlación de fuerzas se había deteriorado en todos los aspectos y la situación se había hecho inmanejable para el Gobierno. El grueso de las capas medias se hallaba en esos momentos en el campo contrarrevolucionario, al que habían sido arrastrados, incluso, algunos grupos de trabajadores.

Sostuve en la Comisión Política que, a mi juicio, en las circunstancias descritas, debíamos hacer todavía los postreros esfuerzos por desbaratar el golpe y, en el caso más probable de que éste se consumara, presentar la máxima resistencia de masas, garantizando la sobrevivencia del Partido y de las Juventudes Comunistas. Si llamamos al pueblo a una batalla frontal contra el enemigo, habrá —dije— una respuesta afirmativa de los combatientes paramilitares que hemos formado y de decenas o centenas de miles de ciudadanos inermes. Pero eso significa —agregué— conducir a una batalla que sabemos perdida de antemano a muchos miles de los mejores comunistas y revolucionarios de otras filiaciones dispuestas a dar su vida por la causa del pueblo.

En este aspecto la situación era diáfana. Se aprobaron pues, los criterios expuestos y se adoptaron las decisiones correspondientes. Se redactó un Manifiesto al Pueblo, llamándolo a resistir y a parar el golpe, que Julieta Campusano leyó por una cadena de radio el lunes en la noche y que apareció en *El Siglo* del martes 11 de septiembre. En la tarde de ese mismo día lunes se reunió a los miembros del Comité Central que se hallaban en Santiago. Recibieron una amplia información de Orlando Millas, ratificando las decisiones adoptadas en la mañana por la Comisión Política.

Cada miembro del Comité Central tomó a su cargo una tarea concreta. Los dirigentes sindicales, los dirigentes campesinos, los dirigentes de la Juventud, los parlamentarios, cada cual en su frente respectivo, debía empeñarse al máximo por unir y movilizar fuerzas en un supremo intento de detener el golpe que ya aparecía en marcha.

Al mismo tiempo, resolvimos dirigirle una carta al Presidente Allende, urgiéndolo a hacer pública la idea, que desde hacía días él venía sustentando, de propiciar una solución política del conflicto planteado entre el Ejecutivo y la mayoría parlamentaria en relación a las reformas constitucionales.

Se trataba de promulgar esas reformas y, a la vez, de presentar otro proyecto de reformas a la Carta Fundamental en el cual se estableciera un claro y expedito sistema de solución a los diferendos entre el Ejecutivo y el Parlamento y se convocara a una Asamblea Constituyente, que funcionaría paralelamente al Congreso en ejercicio, y que estaría encargada de dirimir en definitiva las discrepancias a que habían dado lugar las aludidas reformas constitucionales. En caso de no prosperar esta solución política, el Presidente estaba dispuesto a llegar al Plebiscito.

José Cademártori, en ese momento Ministro de Economía, le llevó nuestra carta al Presidente, que estaba reunido con su gabinete.

En la entrevista del domingo 9 habíamos hablado con él sobre estos mismos asuntos. Se encontraba en una situación que quería resolver en pleno acuerdo con su Partido y con la Unidad Popular. Pero este acuerdo no se daba. Infructuosas resultaron todas las reuniones de la Unidad Popular realizadas en esos días.

Hugo Miranda me contó en Dawson que el Presidente Allende, con quien estuvo el lunes 10 en la noche, había apreciado altamente la carta y los esfuerzos de nuestro Partido por contribuir a la solución política que él buscaba. Según otras versiones, el martes 11 o el miércoles 12, el Presidente pensaba hacer pública su disposición a resolver el conflicto en los términos referidos.

Ese conflicto excedía en mucho el marco de las reformas constitucionales y, seguramente, el anuncio que debía hacer el Presidente ya no salvaría al Gobierno. Pero, al menos, habría descompuesto por algunos días el plan de los golpistas. Estos tendrían que haber vuelto a barajar sus cartas y la directiva demócratacristiana se habría visto en amarillos aprietos para seguir propiciando la caída violenta del Gobierno.

Es cosa sabida que el imperialismo norteamericano se coludió con la reacción chilena para conspirar contra el Gobierno Popular desde antes que éste se constituyera. Paradojalmente, la conspiración comenzó mucho antes de las elecciones presidenciales de 1970. Las que tuvieron lugar en 1958 demostraron, ya entonces, algunos elementos que no escaparon a la observación del estado mayor del imperialismo y de la oligarquía. Allende perdió en esa contienda por 30 mil votos, Alessandri obtuvo la primera mayoría relativa con sólo un 29% del electorado entre 4 candidatos y el Congreso Nacional ratificó su victoria. Además, el campesinado había hecho su entrada a la escena política y, poco después, en los años del gobierno demócratacristiano, su presencia se había afianzado en tanto que se fortalecía y ampliaba vigorosamente la organización de los habitantes de la periferia de las grandes ciudades, donde abundaban los pobladores proletarios y semi-proletarios. Las posibilidades de que la izquierda accediera al Gobierno en una elección a tres o más bandas, eran, pues, reales.

Tales posibilidades se hicieron más patentes cuando, a comienzos de 1964, se efectuó una elección en Curicó para cubrir una vacante en la Cámara de Diputados. En dicha elección, efectuada en una provincia considerada como uno de los bastiones de la oligarquía, venció el candidato socialista Oscar Naranjo. Su triunfo, conocido como el «naranjazo», produjo un verdadero terremoto político. La derecha se alarmó al extremo de retirarle su apoyo a Julio Durán, el candidato radical que se había prestado para en-

trar en maridaje con la oligarquía, y decidió respaldar a Eduardo Frei que aparecía con más posibilidades, como realmente ocurrió, de derrotar al personero de la izquierda, que de nuevo era Salvador Allende.

En abril de 1968, Radomiro Tomić dejó la Embajada en Washington y se reintegró a la vida política del país para trabajar por su candidatura a la presidencia de la República. Sus pronunciamientos fueron categóricamente antiderechistas, favorables a la nacionalización total del cobre y proclives a un socialismo que definía como comunitario. Entre la derecha y la mayoría de la Democracia Cristiana se había creado un abismo difícil de zanjar. Con el correr de los días se hizo más y más imposible un acuerdo entre la Democracia Cristiana y la derecha. Por este camino ya no era factible bloquear las perspectivas de la izquierda que se preparaba para ganar las elecciones de 1970. En estas condiciones, se produjo, en octubre de 1969, la intentona sediciosa encabezada por el general Roberto Viaux. Su propósito era derribar al Gobierno de Frei. Pero, en definitiva, apuntaba a cortar el proceso democrático y revolucionario y a impedir, en consecuencia, las elecciones presidenciales del año siguiente. Una prueba concluyente de que éste era su objetivo principal lo da el hecho de que el mismo Viaux fuera el organizador visible del atentado criminal que culminó con el asesinato del Comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider, partidario de respetar el veredicto de las urnas y la decisión del Congreso Nacional. Ese atentado se produjo días antes de que Salvador Allende tomara posesión del mando. Según sus autores, se pretendía secuestrar al General Schneider para provocar una intervención del Ejército que impidiera de facto la transferencia del gobierno al abanderado popular.

La CIA no pudo borrar sus huellas digitales. Las revelaron, al menos, la investigación que sobre sus actividades en Chile realizó una Comisión designada ex profeso por el Senado norteamericano. La reacción chilena actuó en franco contubernio con el imperialismo. Agustín Edwards, el presidente de la cadena periodística de «El Mercurio», se trasladó a Washington apenas triunfó Salvador Allende. El 15 de septiembre desayunó junto con Kissinger y John Mitchell, este último Secretario de Justicia. Allí se tramaría el plan destinado a impedir la asunción de Allende a la Presidencia de la República. Luego, lo aprobarían Nixon y Helms, el jefe de la CIA. El dólar corrió a raudales hacia Santiago para aceitar las manos de los conspiradores. «El dinero no es mayor obstáculo», diría el embajador Korry, quien había recibido instrucciones precisas para «salvar a Chile del comunismo».

Durante los 1040 días del Gobierno Popular seguiría operando el contubernio oligárquico-imperialista. Washington empezó por reducir y luego suspender los créditos a corto y largo plazo del Banco Interamericano de Desarrollo, del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (Banco Mundial), del Banco de Exportación e Importación (EXIMBANK). Casi toda la

banca privada norteamericana siguió esas mismas aguas. Refiriéndose a la negativa del Eximbank de otorgarle créditos a Chile, el «World Street Journal» del 4 de junio de 1971 admitía que ello no se debía a razones económicas sino políticas. El «New York Times» del 1º de agosto agregaría que la decisión de bloquear los préstamos del Eximbank fue adoptada a nivel de la Casa Blanca. Otro tanto sucedió respecto de los otros bancos norteamericanos. Las compañías estadounidenses actuaban de consuno con el gobierno de Nixon. El 1º de octubre de 1971, éste recibió de manos del Vicepresidente de la ITT (International Telephone & Telegraph), William Merriam, la proposición de conformar un aparato especial del NSC (National Security Council) para presionar a Chile y someterlo a sus dictados. Al mismo tiempo sugería una serie de medidas destinadas al estrangulamiento económico del país. Se trataba además del bloqueo de los créditos, de influir en la Banca de otros países para hacer otro tanto, de provocar la anemia en divisas del gobierno chileno, de suspender por 6 meses la compra de cobre, de encargarle a la CIA poner en práctica un plan dirigido a crear tensiones internas en nuestro país y tratar de comprometer el apoyo de militares. A la vez, la Kennecot demandaría ante los tribunales de Francia y Holanda el embargo del cobre chileno. Más aún, Estados Unidos le negó a Chile la venta de trigo a través de la AID (Agencia Interamericana de Desarrollo) y cortó el suministro de repuestos para la Gran Minería y para todo el parque industrial y de transporte de fabricación norteamericana. Por su parte, la reacción interna organizó el acaparamiento, el mercado negro, la fuga de capitales, el contrabando de ganado hacia Argentina, el sabotaje en la producción agrícola, paros en el transporte terrestre y, en los últimos meses, una serie de acciones terroristas y de atentados criminales, entre éstos el asesinato del comandante Arturo Araya, leal y eficiente Edecán Naval del Presidente Allende.

La lucha se entabló en todos los frentes y en definitiva fue fundamentalmente una lucha política e ideológica. Chocaron dos orientaciones, una encaminada hacia los cambios sociales, antiimperialistas y antioligárquicos, con vista al socialismo y otra que tendía a retrotraer los avances ya logrados y a restablecer plenamente el dominio de los imperialistas y oligarcas.

Una vez que Allende asumió la Presidencia de la República, la primera batalla fue la batalla de la producción. Si la consigna del imperialismo y la oligarquía era la de «hacer reventar la economía», el objetivo de los trabajadores y del pueblo debía ser el de sacarla adelante, venciendo todas las dificultades. Se operó de acuerdo a esta orientación con éxitos notables. La Central Unica de Trabajadores prestó una gran cooperación al Gobierno en favor del aumento de la producción, sobre todo en las empresas del área social, llegando a firmar con él un importante convenio que vinculaba el aumento de los salarios con el aumento de la productividad. Pero había quie-

nes atornillaban al revés. En algunos momentos y en algunos partidos fueron prosperando tendencias y actitudes contrapuestas. Se llegó a afirmar que el aumento de la producción era un objetivo burgués y, en más de una fábrica estatizada se contrató personal suplementario para actividades improductivas y hasta para pagar funcionarios políticos, o se aumentaron las remuneraciones sin que la empresa contara con recursos propios para financiar nuevos gastos. Se trasgredió también el Programa de la Unidad Popular en el trato con los pequeños y medianos propietarios de la ciudad y del campo, empujándolos a la oposición. Quisiéranlo o no, quienes actuaron de este modo ayudaron al objetivo del imperialismo, que era en primer término el de infringirle al Gobierno retrocesos y fracasos en el terreno de la economía.

Luego de conquistar el Gobierno, esto es, una parte del poder político, la Unidad Popular fue desalojando al imperialismo y a la oligarquía de los más importantes centros del poder financiero y económico interno. Múltiples formas de poder popular fueron surgiendo desde la base, tales como los Consejos Administrativos en las empresas estatales, los Comités de Producción, los cordones industriales sindicales, los Consejos Campesinos, las Juntas de Abastecimientos y Precios (JAP), y otros órganos a través de los cuales los trabajadores y las masas populares tomaban en sus manos el cumplimiento de las tareas del Gobierno, particularmente en el campo de la producción y de la distribución. Ello fue insuficiente, puesto que no logró cambiar el carácter de clase del Estado. La oligarquía siguió conservando fuertes posiciones en el Parlamento, en la Judicatura, en los órganos de comunicación de masas, en la propia esfera de la economía, en la burocracia administrativa y en las Fuerzas Armadas. Al constituir lo esencial de toda revolución la cuestión del poder del Estado, según la acertada y probada sentencia de Lenin, aquello significa que ese poder estuvo en disputa durante los tres años del Gobierno de la Unidad Popular. En las elecciones municipales de abril de 1971 los partidos que apoyaban al Gobierno obtuvieron el 50,8% de los votos sin contar los sufragios nulos. Fue ésta una gran victoria. Pero con ella no se resolvía la cuestión del poder. La solución de este problema exigía reducir la oposición a la más mínima expresión, seguir uniendo más y más fuerzas alrededor del Gobierno, aislar por completo a la oligarquía y a los agentes del imperialismo y desplazarlos de todas las posiciones de poder.

Dos años más tarde, en marzo de 1973, los partidos de la Unidad Popular obtuvieron el 43% de los votos, lo que constituía todavía un gran respaldo ciudadano. Además, la oposición no eligió tantos parlamentarios como para disponer de los dos tercios en ambas ramas del Congreso para obstruir en todo la acción del Gobierno y llegar por esa vía hasta la destitución misma del Presidente Allende.

El derrocamiento del Gobierno de la Unidad Popular sólo pudo ser logrado mediante las armas, por la traición de un grupo de generales y almirantes facciosos. No obstante, la caída del Gobierno de Allende fue, ante todo, una derrota política.

Como señaló nuestro Partido en el Pleno de Agosto de 1977, «se puede concluir que las cosas marcharon de modo que el desarrollo de la correlación de fuerzas se dió en favor de la Revolución cuando hubo unidad de criterios al interior de la Unidad Popular, se actuó con fidelidad al Programa, se abrió paso a la movilización popular, y el gobierno se apoyó en ella, se dirigieron los fuegos contra los enemigos principales y se tuvo en cuenta por tanto las diferencias que había en la oposición».

«Al revés, cuando las condiciones mencionadas no se reunieron, cuando primaron las diferencias en el seno de la coalición, cuando se pretendió pasar por encima del Programa, cuando se quiso contraponer al Gobierno Popular a sectores —aunque fuesen minoritarios— del pueblo, cuando los sectores medios fueron convertidos en enemigo principal, el Gobierno Popular sufrió derrotas, el enemigo aprovechó nuestros errores y desmejoró la correlación de fuerzas.»

El deterioro en la correlación de fuerzas no se produjo, claro está, por casualidad, sino porque el enemigo actuó políticamente mejor que nosotros, y nosotros (hablo en plural de todos los partidos de la Unidad Popular sólo para no herir a nadie), dimos increíbles muestras de sectarismo. Inmediatamente después del triunfo popular del 4 de septiembre, surgió la denominación de «UP-5» para calificar despectivamente a aquellos chilenos y chilenas que en buena hora cambiaban de actitud, que evolucionaban políticamente y entraban a darle su apoyo al Gobierno de la UP en tanto que, en los postreros días del Gobierno, hubo quienes se opusieron a machote a llegar a un acuerdo con la democracia Cristiana, en cuyo seno —por cierto— hubo también enemigos declarados del entendimiento.

Otro de los planos decisivos en el cual actuamos política e ideológicamente mal fue el de las libertades públicas y, en particular, el del uso de los órganos de comunicación de masas que estaban en nuestras manos. Le permitimos al enemigo usar y abusar de la libertad, y los medios de publicidad de los cuales disponíamos, principalmente los canales de televisión del Estado y de la Universidad de Chile, se prestaron para fomentar y practicar la cháchara y la chamuchina politiqueras, en vez de estimular y promover los esfuerzos del pueblo y del Gobierno por llevar adelante las transformaciones sociales.

Los prejuicios y el conservadurismo hicieron su agosto. En el curso de 1973, el monto y el valor de las importaciones alimentarias alcanzaban cifras exorbitantes para la economía chilena, no obstante lo cual cundía el mercado negro y escaseaban los productos. Se había completado ya el proceso

de la reforma agraria en los términos de la ley vigente. Una tarea fundamental era asegurar el aumento de la producción agropecuaria. Se contaba con varios miles de tractores. A los que existían antes de 1970 se sumaron los provenientes de diversos países socialistas, cuya importación dio origen, en un momento determinado, a una discusión bizantina en el seno de la Unidad Popular, donde no faltó gente que entró a cuestionar la calidad de esta maquinaria y a objetar el cambio tecnológico que implicaba su introducción en Chile. Nos vimos obligados a poner los puntos sobre las íes. Yo —dije— no entiendo nada de tractores. Hace muchos años visité una fábrica de tractores en Stalingrado. Años después estuve en una fábrica de tractores en Ploiesti, en Rumania, en el mismo lugar donde en tiempos del capitalismo los franceses producían aeroplanos. No sé cuáles eran mejores y no sé tampoco en qué lugar de la tierra se producen los mejores tractores. Lo único que sé, de lo que estoy absolutamente seguro, es que el peor tractor es el que no tenemos, y como sólo nos ofrecen tractores a crédito los países socialistas creo que no hay donde perderse.

Se ha dicho con razón que no caímos por nuestros errores sino por nuestros aciertos. Si se hubiese tratado sólo de errores, el imperialismo y la oligarquía no habrían perpetrado el golpe ni implantado un régimen fascista tan feroz como el que ha sufrido nuestro pueblo. Pero nuestro deber es no ocultar sino poner de relieve los errores para que los combatientes de hoy y de mañana asimilen críticamente nuestra experiencia y extraigan las lecciones pertinentes de nuestros éxitos y fracasos. Podemos decir a este respecto que en todos los lugares y esferas de la lucha, hubo de unos y de otros. No es el propósito de estas páginas referirnos a ellos en forma pormenorizada, sino apenas mencionar las cosas gruesas, entre las cuales está nuestra incapacidad de defender el Gobierno y las conquistas revolucionarias en todos los terrenos.

Repetimos, los combatientes más o menos preparados y las armas a su disposición no era poco para iniciar una lucha armada de largo aliento, pero era más que insuficiente para enfrentar, de un día para otro, una operación bélica combinada de las tres ramas de la Fuerzas Armadas y de Carabineros, que sumaban más de cien mil hombres con un alto poder de fuego.

Aquí también estaban de por medio los errores de concepción política. En 1963, es decir, siete años antes de la victoria del 4 de septiembre, habíamos empezado la preparación militar de algunos cuadros del Partido. Si no habíamos avanzado en la medida necesaria, no se debía sólo ni tanto a las dificultades materiales de un destacamento revolucionario que opera en las condiciones de un gobierno democrático-burgués, como a las limitaciones derivadas del peso que, después de todo, ejercía sobre nosotros la ideología burguesa, entre otras, la creencia de que en el Ejército de Chile prevale-

cería para siempre el constitucionalismo y el profesionalismo y de que por esto se subordinaría al poder civil y a la voluntad del pueblo cualquiera fuera el gobierno en ejercicio.

El encargado militar del Partido en aquel tiempo, elaboró en 1977 un informe de 33 páginas sobre lo que se hizo y no se hizo en esta materia, y da en este documento algunas opiniones muy valiosas. Dicho informe lo redactó a mi requerimiento. En él sostiene que el Partido, como organización de vanguardia, debe contar con buenos cuadros militares revolucionarios, a propósito de lo cual recuerda que a fines de 1963 o comienzos de 1964 propuso que al menos una parte del Comité Central, incluidos miembros de la Comisión Política, pasaran por cursos que les permitieran conocer los principios básicos de la lucha armada. Esta proposición, agrega, fue aprobada, pero no se llevó a la práctica, ya que sólo dos miembros del Comité Central participaron en este tipo de cursos. «El problema de fondo —dice— es que a nivel de Comité Central no fuimos capaces de asimilar toda la línea del Partido, que señalaba la necesidad de dominar todas las formas de lucha.» De aquí partía la incomprensión que se encontraba en los Comités Regionales y Locales para encarar concretamente la tarea de incorporar más gente a los Grupos Chicos y a las Comisiones de Vigilancia.

La conformación de la fuerza propia no puede surgir anárquica ni espontáneamente. Debe ser fruto de la línea política y de las decisiones y medidas prácticas que adopte la o las organizaciones políticas de vanguardia. El desarrollo y la capacidad combativa de la fuerza propia se adquieren en mayor grado cuando se tiene que vivir en las trincheras y atravesar las llamas de la lucha. Pero se pueden y deben adquirir también, aunque en menor medida, en las situaciones en que no corresponde enfrentar con las armas al enemigo de clase. Sostener sólo lo primero y no ver este segundo caso, conduce a justificar la falta de preparación en el dominio de todas las formas de lucha de aquellos destacamentos revolucionarios que operan en condiciones de legalidad burguesa. En nuestro país, durante el gobierno de Arturo Alessandri, que se inició a fines de 1932, tras un período de gran inestabilidad política, la burguesía formó sus Milicias Republicanas, y en la época del Frente Popular el Partido Socialista formó las Milicias Socialistas. En ambos casos se trató de organizaciones paramilitares legales o toleradas por la legalidad imperante. Esta es una situación que no puede descartarse se dé nuevamente, aunque no en la misma forma, habida cuenta del hecho de que, después de lo sucedido en estos años, el pueblo no puede confiar en las Fuerzas Armadas, a menos que su raíz de clase y su ideología sean modificadas sustancialmente. De nuestra experiencia más próxima podemos extraer otro dato interesante. Las Comisiones de Vigilancia que formó nuestro Partido desde mediados de los años 60 no eran ignoradas por los gobiernos de turno. «No sólo en una oportunidad, sino en varias, —dice el antecitado

informe— los propios jefes policiales hablaban con nuestros encargados de la Comisiones de Vigilancia para ponerse de acuerdo en algunos problemas y hasta hacían algunas observaciones amistosas cuando algunos compañeros, por ingenuidad o fanfarronería, andaban con la «herramienta» visible o en forma demasiado notoria.»

Si a la tiranía fascista sucediera un gobierno burgués y no un régimen popular revolucionario, no sería fácil resolver prácticamente la cuestión del ejercicio por el pueblo de su derecho a contar con sus propios órganos de autodefensa. Pero de alguna manera el pueblo tendría que resolverlo.

Tampoco es ni será fácil, de no mediar un cambio revolucionario profundo, trabajar en el seno de las Fuerzas Armadas para difundir allí las ideas democráticas y progresistas. Pero esta labor es un deber irrenunciable. No se trata de transformarlas en campo de Agramante, sino de rescatarlas de la influencia nociva, antipatriótica y antidemocrática, que en ellas han ejercido el imperialismo y la oligarquía, y de unirlas en torno a los más altos deberes de respeto a la soberanía popular y de defensa de los verdaderos intereses nacionales.

El Ejército chileno y la Marina surgieron en la lucha por la Independencia. Conocieron victorias y derrotas. Se cubrieron de gloria en numerosas batallas. Después de la Independencia pasaron a ser defensores no sólo de la soberanía nacional, sino también del Estado de clases. La Marina fue educada en la escuela inglesa y, después de 1891, el Ejército en la prusiana. Desde los años 40, la norteamericana ha dictado su cátedra. La ideología militar en boga, propagada desde el Pentágono y sus academias, está al servicio de la antipatria. Según dicha doctrina, las Fuerzas Armadas deben prepararse ante todo para combatir al llamado enemigo interno, que en definitiva y en los hechos ha resultado ser el pueblo de Chile en su conjunto, la democracia chilena, todo lo que había de progresista en nuestra tierra.

Pinochet las embistió contra todos aquellos oficiales y soldados que no se prestaron para seguirlo en sus andanzas. Mandó a asesinar al General Carlos Prats González y a su esposa señora Sofía. Despojó del mando de la Marina al Almirante Montero. Arrojó a la cárcel al General Bachelet, donde pereció de un ataque cardíaco. Empujó al suicidio al Coronel Cantuarias. Ordenó detener y luego echar al exilio al General Poblete, al Coronel Galaz, al Comandante Castillo, a los Capitanes Vergara y Silva y a muchos otros oficiales y suboficiales de las FF.AA. y de Carabineros. En los años que ha ejercido la dictadura se ha preocupado, además, de hacer a un lado, de una u otra manera, a los oficiales de alta graduación que le hacían sombra o que no se distinguían por su obsecuencia.

Probablemente o seguramente la mayoría de los soldados chilenos no se dan cuenta cabal de lo que se ha hecho con el Ejército y los demás institutos armados y de lo que se les ha inducido u obligado a hacer en contra de su

pueblo. Podemos considerar como un deber patriótico el de propagar la verdad en sus filas y en todos los ámbitos. Pinochet ha usado y abusado de la retórica patriótica. Se ha presentado como el más patriota y nacionalista de todos los chilenos, como enemigo de las ideas foráneas. Pero en la realidad es todo lo contrario. Es el prototipo del traidor a la Patria. Sus concepciones geopolíticas son foráneas. La política económica que ha puesto en práctica es foránea. Los intereses que ha servido son principalmente extranjeros. ¡Y conste que hacemos nuestra la sentencia de Pérez Rosales que consideraba extranjeros en Chile sólo a los enemigos de su libertad!

En conclusión, pensamos que, tras la caída de la dictadura, debemos luchar para que el país se dé otras Fuerzas Armadas, reestructurando profundamente las instituciones militares, en cuyo seno las ideas democráticas deben arraigarse en forma de constituir uno de los cimientos esenciales de su unidad y de su espíritu combativo al servicio del pueblo y de la Patria.

Las viejas ideas e instituciones tratarán de aferrarse al pasado. Pero, en último término, después del golpe del 11 de septiembre y del período de opresión fascista, nadie podrá pensar ni ser igual que antes.

Presidente y amigo

El pueblo había conocido y sufrido no pocos demagogos. Uno de ellos fue Arturo Alessandri. El año 20 Alessandri hablaba «con el corazón en la mano», en favor de su «chusma querida» y en contra de «la canalla dorada», según sus propias expresiones. Pero, después de ser elegido Presidente, se olvidó de la chusma, se fue con la canalla, no tuvo corazón y reprimió a sangre y fuego las luchas proletarias en la pampa salitrera y en Punta Arenas. El pueblo había conocido y sufrido también la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo entre los años 27 y 31 y luego una sucesión de golpes y contragolpes de Estado y un nuevo periodo presidencial de Arturo Alessandri.

En seguida vinieron los Presidentes Pedro Aguirre Cerda, Juan Antonio Ríos y Gabriel González Videla. Aunque estos tres eran miembros del Partido Radical, gobernaron con distintas orientaciones. Los dos primeros, que sin ambages se pueden calificar de progresistas —más el primero que el segundo— dejaron no obstante una sensación de insatisfacción en el pueblo. No estuvieron a la altura de las esperanzas que despertaron. El tercero sembró la amargura. Como candidato, González Videla declaraba a los cuatro vientos que «no habría nada, ninguna fuerza humana ni divina, que pudiera separarlo del pueblo y del Partido Comunista». Aún no había cumplido un año como Presidente cuando arremetió contra el pueblo, proscribió al Partido Comunista y arrojó al campo de concentración de Pisagua y a inhóspitos y apartados lugares continentales o insulares a miles de militantes o simpatizantes de nuestro Partido.

De lo vivido en esos años, desde el 20 hasta el 52 inclusive, en el pueblo quedó un profundo sentimiento de desconfianza hacia los políticos burgueses. Al mismo tiempo, comenzó a madurar en su conciencia la idea de tomar sus destinos en sus propias manos. El liderazgo de la burguesía entró en cuestionamiento.

Salvador Allende tiene el gran mérito de haber captado esa experiencia y de haberse propuesto doblar la hoja de las inconsecuencias y traiciones en el libro de la política chilena. Este asunto no fue nunca motivo de conversa-

ción entre nosotros. Pero estoy seguro que él pensó, para sí, que el pueblo de Chile debía elegir alguna vez un Presidente que le fuera leal y honesto, y se propuso serlo.

En el siglo pasado, el Presidente José Manuel Balmaceda se había enfrentado al capital inglés. Quería que la explotación del salitre sirviera de base a la prosperidad de Chile. La reacción pelucona se puso al lado de Mr. North, el Rey del salitre y de los capitalistas nativos que con él compartían el reparto de esa riqueza. Lo hizo con la hipocresía de siempre, agitando la bandera de la libertad. Condujo entonces a la Marina de Guerra a levantarse contra el Presidente constitucional quien, luego de su derrocamiento, se suicidó, el 19 de septiembre de 1891, en la Legación de la República Argentina.

Para Salvador Allende, el Presidente Balmaceda era en muchos aspectos un ejemplo. El también se enfrentaría al capital extranjero, esta vez el imperialismo norteamericano y no transaría en el patriótico propósito de recuperar para Chile su principal riqueza, que ahora ya no era el salitre, sino el cobre.

Allende demostró una voluntad indómita en la consecución de ese propósito y en todo lo que significaba cumplir el Programa de la Unidad Popular. Al enemigo lo notificó una y otra vez de que jamás claudicaría y que se mantendría siempre leal al pueblo, incluso al precio de su vida. Ya el 4 de diciembre de 1971, en el Estadio Nacional, en el acto en que se despedía a Fidel Castro, al término de su fraternal visita a Chile, el Presidente Allende advirtió:

«... Les digo con calma, con absoluta tranquilidad: yo no tengo pasta de apóstol ni tengo pasta de Mesías. No tengo condiciones de mártir. Soy un luchador social que cumple una tarea, la tarea que el pueblo me ha dado. Pero que lo entiendan aquellos que quieren retrotraer la historia y desconocer la voluntad mayoritaria de Chile: sin tener carne de mártir, no daré un paso atrás. Que lo sepan: dejaré La Moneda cuando cumpla el mandato que el pueblo me diera.» «Que lo sepan, que lo oigan, que se les grave profundamente: defenderé esta revolución chilena y defenderé el Gobierno Popular, porque es el mandato que el pueblo me ha entregado.» «No tengo otra alternativa. Sólo acribillándome a balazos podrán impedir mi voluntad que es hacer cumplir el programa del pueblo.»

Y así fue.

En los días previos a su caída veía muy difícil que pudiéramos remontar la situación. Desde las primeras horas del golpe comprendió que la suerte de su gobierno ya estaba echada. Su alocución final, a través de Radio Magallanes, no ofrece dudas. Es, para él, la última oportunidad de dirigirse a los trabajadores. La aprovecha para decirles que deben defenderse pero no dejarse masacrar, que no va a renunciar y que pagará con su vida la lealtad del pueblo. La aprovecha también para advertirle al enemigo que la derrota

será transitoria porque los procesos sociales no se detienen ni con el crimen ni con la fuerza.

La última página de su vida alcanza las más altas cumbres del heroísmo. Con absoluta serenidad, en la mañana del día II, se informa de todo y toma decisiones. Está en La Moneda. Pide y luego exige que se retiren las mujeres. Quedan unos 40 hombres, colaboradores de su gobierno y miembros de su guardia personal, a los que se suman 7 de Investigaciones. El Presidente fija las posiciones de combate, distribuye personalmente armas y él mismo dispara una y otra vez con su AKA.

Lo había dicho muchas veces: no saldría de La Moneda con sus propios pies y dispararía hasta la última bala (que hasta podría haberla reservado para sí), defendiendo los derechos del pueblo y la legitimidad de su cargo.

«El Presidente —dijo Fidel Castro en La Habana en el mitin del 28 de septiembre de 1973— no sólo fue valiente y firme en cumplir su palabra de morir defendiendo la causa del pueblo, sino que creció en la hora decisiva hasta límites increíbles. La presencia de ánimo, la serenidad, el dinamismo, la capacidad de mando y el heroísmo que demostró fueron admirables. Nunca en este continente ningún Presidente protagonizó tan dramática hazaña. Muchas veces el pensamiento inerme quedó abatido por la fuerza bruta. Pero ahora puede decirse que nunca la fuerza bruta conoció semejante resistencia, realizada en el terreno militar por un hombre de ideas, cuyas armas fueron siempre la palabra y la pluma.»

«Salvador Allende demostró más dignidad, más honor, más valor y más heroísmo que todos los militares fascistas juntos. Su gesto de grandeza incomparable hundió para siempre en la ignominia a Pinochet y sus cómplices.»

Además de La Moneda, hubo otros lugares, como La Universidad Técnica del Estado, la población La Legua, el Ministerio de Obras Públicas, Sumar y otras fábricas, donde también cayeron militantes de los partidos populares y obreros y jóvenes sin partido, que en los sitios y puestos en que se hallaban no tenían tampoco otra alternativa que empuñar las armas a su alcance. Y aunque no podían cambiar la situación, esos combatientes no murieron en vano. Son y serán también banderas veneradas e inspiradoras de la lucha del pueblo.

Entre el Partido Comunista y Salvador Allende existió una franca y leal amistad. Aunque ésta viene de muy atrás, desde que fuera dirigente y diputado socialista por Valparaíso y luego Ministro de Salud del Presidente Pedro Aguirre Cerda, ella se hizo más estrecha, sólida y de todos los días, a partir de 1952. En los comienzos de ese año un sector socialista se pronunció en apoyo de la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez del Campo. El otro

sector mantuvo una posición diferente. Sostuvo que había que enfrentar la elección de Presidente en alianza con el Partido Comunista y todas las fuerzas de izquierda, y con un programa y un candidato definidamente antiimperialistas y antioligáricos. No hubo acuerdo en las filas socialistas y, en estas condiciones, unos, con el nombre de Partido Socialista Popular, pactaron con el Partido Agrario Laborista y otros grupos políticos en torno a la candidatura de Ibáñez. Los demás, con la nominación de Partido Socialista de Chile, llegaron a entendimiento con nuestro Partido, procediéndose a constituir el Frente del Pueblo, que luego proclamó la candidatura de Salvador Allende a la Presidencia de la República. El Comando Nacional se instaló en una antigua casona, con patios y corredores interiores embaldosados, que estaba situada en el costado oriente de la calle Serrano, a pocos metros de la Alameda Bernardo O'Higgins. Su Presidente fue el Dr. Alfonso Asenjo. Como Secretario General se desempeñó Volodia Teitelboim.

Ibáñez triunfó con 480.000 votos. Obtuvo la mayoría absoluta. Había levantado también la bandera de la Reforma Agraria. Se había declarado contrario al Pacto de Río de Janeiro, que unió el Pentágono a los ejércitos de América Latina. Propiciaba, además, la derogación de la llamada Ley de Defensa de la Democracia, más conocida como la Ley Maldita, que proscribía a nuestro Partido de la vida pública. El símbolo de su candidatura fue la escoba. Con ello quería significar que se proponía barrer con la inmundicia politiquera y la corrupción que habían cundido durante la dictadura de González Videla.

La candidatura de Salvador Allende contó con recursos muy precarios y muy escasa publicidad. Nuestro Partido se hallaba en la ilegalidad. A pesar de ello, se hizo una campaña muy intensa. Volodia Teitelboim, Julieta Campusano y, sobre todo, Elías Laferte —entonces Senador del Partido, junto con Salvador Ocampo— acompañaron al candidato a lo largo de todo el territorio. La derogación de la Ley Maldita, el rescate de las riquezas nacionales, el rechazo al Pacto de Río de Janeiro, la entrega de la tierra a los campesinos, las relaciones con la Unión Soviética y los países de democracia popular que habían surgido al terminar la segunda guerra mundial, y las más sentidas reivindicaciones de los trabajadores, constituían, en lo esencial, el programa del candidato del Frente del Pueblo. Los actos de la campaña eran muy concurridos. Sin embargo, Salvador Allende obtuvo sólo 52.000 votos. ¿Qué había pasado? Recuerdo que, al volver a mi casa —situada al poniente de la Gran Avenida, entre el paradero 28 y 29— me fui conversando con un obrero de mi mismo barrio que, como yo, venía de la multitudinaria proclamación final de Salvador Allende. Ese obrero me confesó que la candidatura que más le gustaba era la de Allende, pero que iba a votar por Ibáñez porque le veía más posibilidades de triunfo y no quería por nada que saliera elegido Pedro Enrique Alfonso, radical de derecha, que sería continuador de Gon-

zález Videla, ni Arturo Matte Larraín, el personero de la oligarquía. A la gente, en general no le gusta jugar a perdedor, y además, ¡caramba que cuesta poner en órbita una candidatura del Partido o apoyada por el Partido en los marcos de un régimen burgués, donde campean los prejuicios anti-comunistas y sólo pueden hacer uso pleno de las libertades públicas aquellos que tienen el poder político y el dinero!

Al año siguiente, en marzo de 1953, terminaba el período senatorial de Elías Lafertte. Este no podía ir a la reelección pues seguía vigente la Ley Maldita, que Ibáñez no la derogaba, viniéndolo a hacer sólo al fin de su periodo. Entonces, pero no precisamente por la circunstancia señalada, sino porque consideró de primera importancia que la figura de Salvador Allende siguiera estando en el primer plano, y por las coincidencias que con él había en asuntos fundamentales, el Partido resolvió apoyarlo como candidato a Senador por Tarapacá y Antofagasta, zona que había representado Elías en la llamada Cámara Alta, al cual reemplazó dignamente.

Salvador Allende procedía de una familia de capa media acomodada. Sin embargo, sentía entrañablemente los sufrimientos del pueblo. Desde que fue Ministro de Salud tuvo una preocupación preferente por la madre y el niño. Por más de treinta años casi no hubo discurso suyo que no tocara este tema. Desde la tribuna explicaba, de manera sencilla, cómo la desnutrición infantil o las carencias en el consumo de alimentos proteicos en la madre embarazada o en el niño de la edad más tierna, influían en el desarrollo físico y en la capacidad mental del ser humano para toda la vida. Su gobierno se propuso y logró darle medio litro de leche a cada niño chileno. No era un acto de demagogia, como algunos lo han calificado. Era un acto de justicia que salía al encuentro de una necesidad vital de la generación naciente y de todos los niños hasta los 14 años.

La sensibilidad le brotaba por todos los poros. En la Unión Soviética recuerdan con emoción un gesto comprensivo y generoso que tuvo con Leonid Ilich Brezhnev cuando llegó a Moscú, como Presidente de Chile a fines de 1972. El compañero Brezhnev estaba afectado de una fuerte gripe. Salió del hospital para saludar a Salvador Allende y participar en las conversaciones, encabezando la delegación soviética. Al término del último encuentro chileno-soviético, Brezhnev y Allende se retiraron a una sala contigua de aquella en que nos encontrábamos, para conversar a solas, únicamente en presencia de Igor Rybalkin que sirvió de intérprete. En la tarde se realizó la recepción de gala en la esplendorosa sala San Jorge del Kremlin. Estaban reunidos allí los más altos representantes del Partido y del gobierno soviético, civiles y militares, diplomáticos y periodistas, altos exponentes de la cultura y la ciencia. Había un ausente: Leonid Ilich Brezhnev. Al concluir el encuentro privado el Presidente de Chile le había dicho:

— Compañero Brezhnev, lo veo enfermo, Ud. ha hecho el sacrificio, que se lo agradezco, de participar en nuestras conversaciones encabezando la delegación soviética. Yo soy médico. Veo que a cada momento se le agudiza su resfriado. Le quiero pedir un favor: siéntase liberado del compromiso de acudir a la recepción de esta tarde. Se lo pido sinceramente.

Por mi lado quisiera contar que una tarde que estábamos en Santiago en la Legación de Cuba, con motivo del aniversario del triunfo del Ejército Rebelde, recibí un llamado urgente de mi casa. Me avisaban que mi hija menor, María Victoria, de 4 o 5 años, se había tragado como si nada un frasco entero de no sé qué somnífero y que había sido conducida de urgencia al Arriarán, hospital para niños. Me puse lívido. Allende se dio cuenta de que algo me pasaba y al saber qué era, partió conmigo rumbo al hospital a iniciativa e insistencia suyas. Se metió como médico a la misma sala donde María se encontraba y al rato salió con la grata noticia de que ya estaba a salvo. ¡Nunca olvidaría aquel gesto tan de amigo y tan humano!

Es claro, Allende comprendía a cabalidad que la solución de los problemas que angustiaban a la familia obrera y campesina y de todos los estratos populares requerían medidas más de fondo, terminar de raíz con la dominación imperialista y el monopolio privado de la banca y de la tierra, así como lograr que Chile tuviese una política exterior independiente. De allí que levantara con gran fuerza de convicción las consignas de la nacionalización del cobre y de la banca, de la reforma agraria, de las relaciones con todos los países socialistas y los demás objetivos que apuntaban al corazón de los problemas.

Acostumbraba decir que él no era ni un caudillo ni un mesías, que lo que era se lo debía a su partido y al pueblo. Aunque varias veces conoció la derrota, tenía profunda fe en las masas, en la fuerza de su organización, de su lucha y de las ideas que se transformaban en conciencia. Por esto, fue un gran sembrador, propagandista y agitador de las ideas de la transformación social que Chile requería. Fue, a la vez, un firme y consecuente partidario de la unidad sindical de los trabajadores, del entendimiento socialista-comunista y de la unión de todas las fuerzas de izquierda.

Antes y después de las elecciones presidenciales de 1970 veló siempre por fortalecer la coalición de los partidos de izquierda y por ampliar la unidad del pueblo. Soñaba con un movimiento más ancho que proponía se llamara Frente de la Patria.

Tenía un gran aprecio por los hombres y mujeres del pueblo que se distinguían por su abnegación en la lucha. Un día me dijo:

— «Si alguna vez yo escribiera una biografía el personaje sería Daniel Vergara. Es el más abnegado y eficiente de todos los funcionarios del Go-

bierno. Está siempre en su puesto, de día o de noche, haya sol, llueva o truene.»

En su mensaje al Congreso Nacional, el 21 de mayo de 1971, el Presidente Allende, con el respaldo de la mayoría ciudadana que había votado por la Unidad Popular en las elecciones municipales del mes anterior, ratificó su decisión de llevar adelante el cumplimiento pleno de su programa de Gobierno. Planteó la necesidad de una nueva Constitución y de un Parlamento unicameral y advirtió contra los peligros para la continuidad constitucional que podría significar la violencia por la cual ya se inclinaba la oligarquía.

La reacción chilló. La Democracia Cristiana, en cambio, formuló una importante declaración en una de cuyas partes expresaba:

«El Gobierno de Allende es una oportunidad concreta de destruir al capitalismo. Para conseguir ese objetivo no basta con haber conquistado la presidencia o con disponer de la mayoría en el Congreso. El proceso revolucionario requiere la plena movilización de las masas trabajadoras del campo y de las ciudades. Requiere asimismo la movilización de las clases medias. Esa movilización es la única que puede evitar el choque, el enfrentamiento con la minoría privilegiada. Y si el proceso en cuestión ha de desarrollarse en condiciones democráticas —tesis que nosotros respaldamos— exigirá de todos los chilenos que redoblen sus esfuerzos para hacer real la consecución de los objetivos planteados: el bien, el progreso y la dignidad.»

Una conclusión es evidente. La fuerza de la Unidad Popular, el ímpetu revolucionario de las masas ejercían una influencia positiva en todo el espectro democrático, estimulando las corrientes progresistas y aislando a los sectores más reaccionarios. El punto más alto del ascenso del movimiento popular se alcanzó cuando el Congreso Nacional aprobó por unanimidad, el 11 de julio de 1971, la nacionalización del cobre y, días después, el Gobierno tomó en sus manos la Compañía de Teléfonos, subsidiaria de la ITT.

Nunca como entonces la política de cambios concitó tanto apoyo. Pero el Diablo ya había metido su cola. Se habían creado también elementos que distanciaban a la Democracia Cristiana de la Unidad Popular y la acercaban a la derecha. La presión imperialista se acentuaba, y en el seno de la izquierda se perdió la necesaria cohesión. El Presidente, con el resuelto apoyo de un vasto sector del pueblo, siguió cumpliendo el Programa de la Unidad Popular. Paralelamente, marchaba la conspiración. Esta se impuso una vez que logró ganar para sí a importantes sectores de las capas medias y, abiertamente, la Democracia Cristiana se unió a la derecha reaccionaria, aprobó en la Cámara un acuerdo acusando al Gobierno de supuestas ilegalidades, apoyó los paros sediciosos y dio por cancelado el diálogo promovido por el Episcopado. Sólo un valeroso y reducido grupo de dirigentes demócratacristianos repudió el golpe. La mayoría de la Democracia Cristiana lo

apoyó o lo vio con simpatía en la creencia de que, al poco tiempo, las aguas volverían a su cauce y el timón del Gobierno del país pasaría otra vez a sus manos.

Pablo militante

Entre la cosas que se salvaron de los allanamientos de nuestra casa se halla una carta de Neruda. Está manuscrita, como siempre en tinta verde, en papel amarillo. En el centro superior de cada hoja hay un membrete que dice simplemente «Isla Negra Chile». No sé cómo Lily la escondió. En este momento no puedo preguntárselo porque se encuentra en el país por algunos meses. La carta tiene fecha del 12 de enero de 1967. La trajo mi hija Viviana cuando se vino, con su hermana menor, a estudiar a Moscú.

Pablo me cuenta que ha tenido «una peligrosa dolencia en las encías con tratamiento prolongado» por lo cual no pudo acudir al Comité Central por esos días. De paso se refiere a los ataques que aparecieron en su contra en la revista «Punto Final». Espera conversar conmigo el 20 o el 21 del mes en curso. «El asunto —comenta— se particulariza en mí. Pero la mira es más alta». Y casi a renglón seguido acota: «Cuánto responda yo les hace el juego».

Pasa después al motivo de la carta, que es el de invitarme a la inauguración de la nueva construcción hecha en Isla Negra. Habla del mural que Meri Martner compuso sobre la chimenea de la Biblioteca que «podría evaluarse en treinta mil escudos por la importancia de la obra artística y sus materiales», lapizlázulis y otras piedras chilenas. «Por eso —agrega— no me complace la indiferencia mostrada.» (Tal vez me había invitado antes y yo no le había respondido). «Queríamos tenerte, escribe, por lo menos —a ti y a Lily— una noche en casa. Si nada de esto es posible, por favor envía a alguien que asista en nombre del Partido para recibir, en una ceremonia privada, que durará una media hora, esta ampliación de J. N. Cualquier día me muero yo y estas cosas deben quedar establecidas. Piensa Matilde como yo en este asunto».

Pablo ya había obsequiado al Partido su valiosa propiedad que levantó con tanto amor y esfuerzo en aquel hermoso recodo del Pacífico. En una Notaría de San Antonio se extendió la escritura correspondiente a nombre

de Luis Enrique Délano y del Dr. Hernán Sanhueza, expresamente designados para el efecto.

El propósito del Partido era, desde luego, dejar la casa en manos de Matilde y Pablo hasta el fin de sus días y cumplir el pedido del poeta de ser enterrado en Isla Negra. Había acuerdo, además, para transformarla en un Museo. El autor del Canto General vencería al tiempo, los años y los siglos. Ediciones de sus libros en casi todas las lenguas ocuparían un lugar en las estanterías. Los mascarones de proa, el colmillo de marfil con escritura jeroglífica, el viejo telescopio, el mapamundi, el locomóvil, la olla de fierro fundido tan inmensa que en ella podía hacerse comida a un regimiento, la pileta de azulejos que a comienzos de siglo lucía en la administración del mineral de plata de Huantajaya, y todo lo que allí había, todo lo que Pablo había adquirido en sus viajes y regresos, en sus recorridos por los más pintorescos mercados del mundo, permanecería intocable en el lugar en que estaban, junto a todos los otros recuerdos que pudieran reunirse. El Partido crearía un organismo ad-hoc para administrar el Museo, cuyas entradas líquidas se traspasarían al Municipio de El Quisco. Se construirían algunas habitaciones más, tal vez en la parte baja del terreno, para que en ella «descansen los cansados» obreros del cobre, del carbón y del salitre, como Pablo lo dijera en su testamento N° 1 en el Canto General.*

La tiranía asaltó «La Chascona», la casa que Neruda tenía en Santiago, al pie del San Cristóbal, y confiscó Isla Negra. Ante la protesta nacional e internacional que estos bárbaros hechos despertaron, retrocedió un tanto y dejó transitoriamente la propiedad de la costa en manos de Matilde.

Llegará el día en que las cosas puedan ordenarse como lo había proyectado el Partido y lo quería Pablo. El pueblo ha hecho ya de su casa de Isla Negra un sitio venerable. Todos los años, para el cumpleaños del poeta, acuden allí cientos de personas, particularmente jóvenes, y graban en su homenaje hermosos y sentidos pensamientos en las piedras y en la extensa empalizada que circunda la casa.

Pablo tenía por su Partido Comunista un cariño entrañable. Los versos que le dedicó son de una gran belleza y de un amor infinito. Cada vez que habló del Partido lo hizo con alegría y orgullo.

En la sociedad capitalista, aún en aquellos países donde hay libertades democráticas que constituyen conquistas reales del pueblo, muchos comunistas – entre éstos no pocos intelectuales– deben mantener en secreto su filiación política. Están obligados a actuar así por razones de sobrevivencia. Pablo Neruda tenía ya fuerte renombre cuando ingresó al Partido. Se propuso romper con aquello. Consideró de su deber proclamar a todo viento su condición de comunista. Le gustaba hacerlo. Ante esto, el enemigo se revol-

* Esto en nada contradice ni interfiere el proyecto de Matilde Urrutia de constituir una fundación que lleve el nombre del poeta. (Nota del Autor.)

caba de rabia como una fiera impotente. Este se empeñó ante todo en hacer creer que la política mataba la poesía. Pablo retrucó en verso y en prosa. En su caso se demostró una vez más la verdad histórica de que los grandes escritores y artistas son grandes en la medida que vibran con los problemas de su tiempo y toman el rumbo de las causas justas.

Para el estreno de su versión de Romeo y Julieta me llamó por teléfono desde Isla Negra, diciéndome que en la Boletería del Antonio Varas había dos entradas, para mí y mi compañera y que entonces esperaba vernos. Se había dado cita al teatro el mundo artístico y diplomático. Estaban también varios Ministros de Estado del Gobierno de Frei. Cuando llegamos, Lily y yo, nos encontramos con Pablo y Matilde en el foyer. El mismo retiró las entradas reservadas y luego de comprobar que correspondían a una fila de asientos distinta a la suya, habló con una y otra persona hasta conseguir que pudiésemos sentarnos juntos. De esto, ni él ni yo dijimos nada, ni entonces ni nunca. Pero aquel trajín de Pablo me quedó grabado para siempre. Vino el primer entreacto, luego el segundo y, después, el término de la brillante interpretación del ITUCH. El embajador británico, otros embajadores, ministros y artistas que se acercaron a saludar y felicitar a Pablo, nos encontraron juntos. Era lo que quería. Que todo el mundo no olvidara que él —poeta universalmente consagrado, insigne traductor y creador de Shakespeare en el más apasionado drama de amor que se haya escrito— militaba en el Partido Comunista.

Pablo y el Partido no eran cosas separables. Con esto quiero decir que él, como individuo, como personalidad, no se sintió nunca como una estrella que, más allá del campo de la poesía, tuviera derecho a brillar y a desplazarse por la libre. Como militante, aportaba a la causa con su palabra pública, en verso o en prosa, verbal o escrita, y entregaba a la vez sus opiniones políticas personales en las instancias regulares del Partido. Sus intervenciones en el Comité Central contenían siempre observaciones interesantes. Pienso —dijo en el Pleno que siguió a la elección de Frei— que la masa católica se siente más inclinada a votar por los demócratas cristianos no sólo ni tanto porque ellos aparecen más cerca del cielo, sino porque en muchos aspectos están más que nosotros con los pies en la tierra. Esta reflexión era atinada y atingente con las preocupaciones del Pleno que acordó precisamente poner más énfasis en el trabajo del Partido en el seno de las masas. Este sería el campo en el que emularíamos con la Democracia Cristiana.

Pablo militó en la célula de empresa de Chilectra. No le resultaba fácil hacerlo porque los problemas específicos que en ella ocupaban la mayor parte del tiempo estaban distantes de su vida cotidiana, y, entonces, a veces no entendía ni jota de lo que se hablaba. En los últimos años, de regreso de Francia, se trasladó a una base de El Quisco, comuna a la que pertenece Isla

Negra. La situación fue distinta porque los asuntos concretos que se trataban en esta célula —los problemas propios de los pobladores costeros— le eran más familiares.

Además de las opiniones que, a pesar de lo dicho, expresaba en su célula, personalmente hacía llegar sugerencias y observaciones para consideración de la Comisión Política. Era un hombre diariamente preocupado de lo que ocurría en el país y en el mundo y de la actividad de su Partido.

En abril de 1971, cuando era Embajador en Francia, me llamó por teléfono a Moscú, donde yo me encontraba con motivo de realizarse en esos días el XXIV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Quería que, sin falta, pasara por París para que lo informara del XXIV Congreso, y, sobre todo, le contara cómo iban las cosas en Chile, que era como llamaba a su país, sobre todo si se hallaba lejos de su tierra. Accedimos a su pedido. No bien, Lily y yo, habíamos pisado la foza del aeropuerto de Orly, nos acosó con preguntas. Estaba feliz por el triunfo que había logrado la Unidad Popular en las elecciones municipales y por la decisión que había tomado Salvador Allende de establecer relaciones con la República Democrática Alemana, entonces injustamente marginada de la Organización de las Naciones Unidas. Nos hospedamos en la Embajada. Allí nos presentó al personal y conversamos de un cuanto hay. En Francia había movido cielo, mar y tierra para defender la causa de Chile en su pleito con las compañías norteamericanas del cobre, ya encabritadas por la inminente nacionalización de las minas. Le preocupaba todo, desde este gran asunto colectivo y nacional hasta la situación individual de un empleado de la Embajada, anciano compatriota, que había llegado a Francia como chofer hacía un montón de años y a cuyo regreso a Chile le esperaba una jubilación de hambre.

Nos llevó, por cierto, al Mercado de las Pulgas. Allí almorzamos. Al caminar por las callejuelas del «Marché aux Puces» muchos comerciantes y parroquianos lo reconocían y saludaban. Pablo tenía los ojos tan chicos que parecía no ver. Pero ¡caramba cómo veía! También parecía no oír, pero todo la escuchaba. Nos detuvimos en un negocio. A Lily le compró una cuchara y un tenedor de madera, hermosos y grandes, con las figuras de Don Quijote y Sancho Panza. Luego lo vimos muy entusiasmado mirando algo que a nosotros se nos había pasado por alto. Era un grabado de un dibujante francés que correspondía a una escena campesina del pueblo de Hualqui, que está cerca de Concepción. El dibujo era del siglo pasado y naturalmente lo compró. Estaba feliz con el hallazgo.

A Pablo nunca lo vimos confundido ni vacilante. Jamás perdió los estribos y mucho menos la brújula, ni siquiera ante los más complejos problemas nacionales o internacionales. Como revolucionario cabal fue patriota e internacionalista en todas las circunstancias. Hubo una u otra cosa que no fueron

de su agrado en la política de algunos partidos comunistas en relación al arte. Pero confiaba en que tales asuntos serían superados en la vida y tenía claro, sobre todo, que su boca no debía abrirse para darle pasto al enemigo o emitir opiniones por su cuenta, al margen del Partido. «Nadie —le escribió a la Jota en su ya famosa carta que llamó trébol de 4 hojas—, debe creerse superior al Partido, y este sentimiento de modestia —agregó— no significa vasallaje sino superación de lo personal, aprendizaje de una disciplina que nos conduce siempre a la verdad».

Pablo Neruda era de muy buena madera. En su decisión de hacerse comunista jugó su papel la guerra civil española. Su contacto con los trabajadores del salitre, con los mineros del carbón y del cobre, con la gente sencilla y humilde de todo el territorio y la estima que siempre encontró en su Partido hicieron lo propio para que tuviese una actuación permanente y militante, entregado por entero a la causa que abrazara.

El Partido nunca se metió en lo que no debía meterse en su trato con Neruda. Nunca presionó su voluntad. El, por su propia cuenta, además de Isla Negra, le obsequió dinero cuando recibió el premio Stalin de la Paz, en 1952, y cuando en 1972 fuera distinguido por el Premio Nobel. Y sólo por inspiración suya le dedicó versos inmortales y exaltó tanto la lucha de su pueblo.

Esta no era una relación de privilegio. Con todos los intelectuales, militantes o simpatizantes, el Partido ha procurado siempre este trato llano y abierto. Por eso, se accedió fácilmente al deseo del Quilapayún de ser propietario exclusivo de las matrices de los discos que había grabado una empresa de la Jota creada en el exilio para promover la canción chilena. Más todavía, al considerarse el asunto, se llegó a la conclusión de que el Partido y la Jota no deben sacar maquila de la producción de sus artistas, aunque, como en el caso de que se habla, haya habido mutuo acuerdo y conveniencia recíproca.

El Partido considera de su deber ayudar en todo sentido a sus intelectuales, sin esperar recompensa o, dicho de otra manera, sin pedirles nada fuera de sus posibilidades y de sus propios dictados.

La relación con Neruda fue, en tal sentido, un ejemplo.

Mientras yo estaba en prisión se publicó en varios idiomas un libro-testimonio sobre mí, escrito por Eduardo Labarca. Se titula: Corvalán de Chile. Entre los testimonios más agudos y certeros están los de Matilde Urrutia. Ella evoca muy bien mis relaciones con Pablo. Nos veíamos con frecuencia. Lo visitaba a menudo en Isla Negra. Nos encontrábamos en el Comité Central. Viajábamos juntos, sobre todo a Ñuble, Concepción y la región de La Frontera. Cuando venía a Santiago en muchas ocasiones pasaba a nuestra casa.

Caminando un día hacia la Sede del Partido, por calle Compañía, me dijo

que no entendía cómo había gente a la cual le gustara Santiago. Cuesta –comentaba– abrirse paso en las veredas, atravesar las calzadas, subir escaleras o tomar ascensores y, si tú estás en casa, ¡rin! el teléfono no te deja vivir tranquilo. Le gustaba Valparaíso, pero sobre todo Isla Negra.

Allí lo visitamos Lily y yo, 11 o 12 días antes del golpe. Creo que fue para Santa Rosa o San Ramón, el 30 o 31 de agosto. Estaba muy enfermo y muy preocupado por lo que estaba sucediendo. Postrado en cama, pensaba incluso que, si triunfaban los facciosos podrían llegar a Isla Negra y cometer allí quien sabe qué clase de fechorías.

Traté de tranquilizarlo:

– Sí, le dije, – puede haber golpe. Pero a ti, Pablo, no podrán tocarte. Eres suficientemente grande como para que se atrevan a hacerlo.

Me respondió con calma, seguro de lo que decía:

– Te equivocas, –me dijo– García Lorca era el príncipe de los gitanos, y ya sabes lo que con él hicieron.

Santiago – Moscú – Santiago

Apenas llegué a Moscú, en los últimos días de 1976, los compañeros de la Dirección del Partido con quienes me encontré me plantearon la necesidad de preparar un Pleno del Comité Central. Este no se reunía desde Agosto de 1973. Debía hacerlo para analizar el período del Gobierno Popular y las causas de su derrota, sacar las conclusiones correspondientes, considerar la nueva situación y precisar lo mejor posible los lineamientos de nuestra política con vista a terminar con la tiranía fascista.

El Pleno hubo que efectuarlo fuera del país. Tuvo lugar en Moscú en agosto de 1977.

En el exilio tuvimos que realizar dos Plenos más, uno en abril de 1979 y el otro en mayo-junio de 1981.

En el Pleno de Agosto de 1977 participaron todos los miembros del Comité Central que se hallaban a la fecha en el exterior, con excepción de José Pino que estaba enfermo en Bulgaria y de H. N. que vivía en Italia y tuvo dificultades para viajar. En total, asistieron 62 personas, 52 de ellas miembros del Comité Central y 10 invitadas. Habíamos sido informados que vendrían expresamente del país dos compañeros. Después se nos comunicó que sería uno solo el que viajaría. Pero nadie pudo llegar. No obstante, la situación y la lucha del interior estuvieron muy presentes. A ello contribuyó la asistencia de Raquel, Daniela, Elena, Mario y Eduardo que hasta pocos meses antes combatían en el país. También alcanzó a participar en la reunión Jorge Montes, quien fue el último preso —el que apagó la luz— en el campo de concentración de Tres Alamos.

Los miembros de la Comisión Política, sin contar los detenidos-desaparecidos, nos hallábamos a la fecha en el exilio. Una y otra vez consideramos los planteamientos que contendría el Informe y demás asuntos que debía tratar el Pleno.

El Informe fue aprobado por unanimidad. De él se hicieron varias ediciones, dos de ellas para ser enviadas al país. Una de éstas constaba de tres cuadernillos impresos en papel biblia, cada uno de los cuales cabía en un

sobre corriente y se despachaba como carta. Se trabajó con varios miles de direcciones de sindicatos, cuarteles, iglesias, oficinas de profesionales, etc. La otra edición estaba disimulada en un folleto de propaganda de una empresa que se encargaba de organizar viajes de turismo especialmente a Egipto y el Asia Menor. En la portada del folleto, tamaño 1/16, se leía: «Eurotur te invita a la antigua Persia».

La caída del Gobierno del Presidente Allende y la feroz represión fascista que se descargó sobre el pueblo conmovieron al país y a todo el mundo. ¿Por qué había sucedido esta tragedia? ¿No era Chile uno de los países más democráticos del continente? ¿Cómo es que las FF.AA., que eran consideradas exclusivamente profesionales y constitucionalistas, habían pasado por sobre la Constitución? ¿Por qué no fuimos capaces de defender al Gobierno Popular o, por último, presentarle una mayor resistencia a los golpistas? ¿Fue correcta la consigna de «¡No a la guerra civil!» que se levantó con fuerza a mediados de 1973?

Estas y otras interrogantes por el estilo no tenían aún respuesta del Partido y daban lugar a confusiones y cuestionamientos de diverso tipo. Hubo quienes, elucubrando por su lado, perdían de vista al enemigo, pues reducían la cuestión de las victorias y reveses en la lucha de clases a la capacidad o los aciertos de los revolucionarios, ya que, argumentaban, el imperialismo y la reacción, que perpetraron el sangriento putsch fascista, no hicieron otra cosa que lo suyo.

Analistas de diversas corrientes ideológicas, principalmente marxista-leninistas de varios países, habían estudiado el caso chileno. Algunos de esos estudios son profundos y serios, y constituyen un aporte valioso a la sistematización de nuestra experiencia. Hay también quienes trataron el asunto con superficialidad y se limitaron a sostener verdades generales, por ejemplo, que el gran error estuvo en que no se pudo cambiar oportunamente de vía, de la pacífica a la armada, como si ello fuera una cuestión tan simple como cruzar de una vereda a la otra.

Algunas diferencias de apreciación se habían presentado también entre nosotros. No revestían mayor gravedad, pero debíamos solventarlas, pues la fuerza y la salud del Partido requieren aunar constantemente la opinión de sus miembros y, en primer lugar, la de sus dirigentes. Fue lo que hizo el Pleno de Agosto. Allí no se agotó el análisis, pero el que tuvo lugar en esa reunión plenaria fue el más concienzudo y riguroso de cuantos se hayan hecho. El Comité Central asumió la responsabilidad que le correspondía y el enfoque que hiciera interpretó al Partido.

El Pleno de Agosto de 1977 es importante, además, por otra circunstancia. Los Estatutos del Partido establecen, en su Artículo 49, que pueden ser reformados no sólo por decisión del Congreso Nacional, sino también «por acuerdo unánime del Comité Central cuando las condiciones políticas así lo

aconsejen». Conforme a esto, se aprobó por unanimidad la idea de adicionarles varias disposiciones. En un nuevo artículo, el número 50, se estableció que «encontrándose el Partido en la clandestinidad, y, por tanto, postergada la convocatoria al Congreso Nacional, los Plenos del Comité Central quedan expresamente autorizados para adoptar aquellas decisiones que los Estatutos reservan al Congreso». Una vez aprobado este artículo, se acordó crear un nuevo organismo dirigente, el Comité Directivo, más reducido que el Comité Central y encargado de ejercer las atribuciones de éste entre una y otra de sus sesiones plenarias. Otra disposición estableció que «el Partido Comunista tiene una sola Dirección, independientemente de que algunos de sus miembros actúen en el interior y otros fuera del país».

Al asumir las facultades del Congreso Nacional, el Comité Central estuvo en condiciones de producir una renovación en su propio seno, en el marco de la legalidad partidaria. Ella se inició en ese mismo Pleno al ratificar éste las cooptaciones efectuadas después del golpe militar e incorporar a 10 nuevos dirigentes al Comité Central.

No recuerdo de quién fue la iniciativa que permitió incorporar a los Estatutos la disposición que le permitía al Comité Central modificarlos en caso de que no pudiera reunirse el Congreso Nacional del Partido. «Quien la tuvo —me dijo Rodney Arismendi cuando le conté esta experiencia— era un tipo previsor. Comprendía que el Partido no podía atarse las manos en caso de clandestinidad».

El segundo Pleno que se efectuó en el exilio, en abril de 1979, contó con la participación de tres compañeros del interior, uno de los cuales, Miguel, tuvo a su cargo el Informe. Este Pleno, además de aprobar la orientación que se expresó públicamente en el Manifiesto de Mayo de ese año, le encomendó al Comité Directivo producir nuevos cambios en la Dirección del Partido, sujetos a la ratificación del Comité Central. El Directivo debía incorporar al Comité Central hasta 20 nuevos compañeros en reemplazo de otros tantos que dejarían de pertenecer a él. Al menos dos tercios de esos 20 debían hallarse en el país. Se comunicó el acuerdo al Equipo de Dirección Interior (EDI), solicitándole que hiciera las proposiciones correspondientes. Estas, y las que habíamos estudiado afuera, se consideraron en la reunión del Comité Directivo celebrada en enero de 1980, a la cual vinieron desde Chile tres compañeros. Se aprobaron por unanimidad 17 nombres del interior y tres de afuera. Los 17 del país —hombres y mujeres del Partido y de la Juventud— son compañeros que están en las primeras líneas de la lucha antifascista.

Era necesario hacer todo esto. El Comité Central en funciones fue elegido en 1969, en el XIV Congreso Nacional del Partido. Había pasado demasiado tiempo y demasiadas cosas que hacían recomendable su renovación. Ade-

más, no contábamos con 29 de sus 90 miembros elegidos por el XIV Congreso. Seis de ellos fueron asesinados por la tiranía: Isidoro Carrillo, Enrique Paris, Marta Ugarte, David Miranda, Alberto Molina y Juan López; once figuran entre los desaparecidos desde hace más de 6 años y probablemente hayan sido también asesinados: Víctor Díaz, Mario Zamorano, Uldarico Doinaire, Jorge Muñoz, Fernando Navarro, César Cerda, Bernardo Araya, Manuel Vargas, José Weibel y Jaime Donato; siete habían fallecido: Oscar Astudillo, Pablo Neruda, Héctor Corvalán, Eugenio Vallejos, Omar Córdova, Luis Figueroa y Waldo Atías, y cinco estaban separados del Comité Central por salir del país sin la autorización del Partido o por otras debilidades que tuvieron después del golpe fascista.

El Pleno realizado en mayo-junio de 1981 aprobó los relevos acordados por el Comité Directivo y le encomendó a éste efectuar un nuevo ajuste en la composición del Comité Central, sujeto también a ratificación. Dicho ajuste debía contemplar la exclusión de hasta 15 de sus miembros y la inclusión de hasta 15 nuevos, sobre la base de que, preferentemente, estos últimos fueran compañeros que residieran y lucharan en el interior del país.

El Pleno de 1981 acordó, además, restablecer las calidades de miembros titulares y suplentes del Comité Central.

Hasta ese momento, del Comité Central elegido por el XIV Congreso y compuesto por 90 compañeros (75 permanentes y 15 suplentes), se mantenían en ejercicio 54. Si se suma a éstos las cooptaciones posteriores a 1973, los miembros en ejercicio del Comité Central eran 88.

El Comité Directivo se reunió en octubre de 1982. Previamente a su realización, se conformó una Comisión de estudio de la composición del Comité Central. Este sesionó y realizó un trabajo detenido considerando particularmente la situación de cada cuadro y teniendo presente los criterios expuestos por ambos segmentos de la Dirección en orden a conformar un nuevo CC, políticamente fuerte y aguerrido, capaz de sortear y vencer las dificultades de la represión fascista y de hacer remontar a la organización para cumplir el gran objetivo de echar abajo la dictadura e instaurar un nuevo régimen democrático. El Comité Directivo aprobó las proposiciones de cambio en el Comité Central. Este quedó constituido por 69 miembros permanentes y 14 suplentes.

A la fecha de la realización del Pleno de Agosto de 1977, la mayoría del Comité Central estaba en el exilio. En el país, sin contar los detenidos-desaparecidos, solo permanecían 9 de los 90 miembros — permanentes y suplentes — elegidos por el XIV Congreso. Además, por diversas razones, no todos se hallaban en actividad.

En el presente, hemos logrado dar vuelta esta situación. La mayoría de los miembros del Comité Central, incluyendo la mayoría de los dirigentes que pertenecen a la Comisión Política, están ahora en el país.

Hasta aquí la crónica escueta del Pleno de Agosto de 1977 y de las posteriores reuniones del Comité Central y del Comité Directivo y, en particular, la información sumaria que por ahora se puede dar acerca de los cambios en estos años en el referido órgano superior de Dirección del Partido. Los nombres de los nuevos miembros del Comité Central se mantienen en secreto. Por escrito y en grabaciones magnetofónicas se conservan los informes y las intervenciones en las reuniones del Comité Central y del Comité Directivo.

Volvamos a 6 o 7 años atrás.

En 1976 sufrimos golpe tras golpe, desde la caída —en el mes de mayo— de la Dirección que encabezaba Víctor Díaz, hasta la detención de Fernando Ortiz y sus compañeros en diciembre del mismo año. Los puentes interior-exterior quedaron cortados. Para restablecerlos enviamos a Ricardo a Buenos Aires en abril del 77. Pero allí fue detenido y desapareció. Como secuela de ello, cayó y fue asesinado en Santiago Enrique Correa, cuyo puesto de venta de diarios, situado en Alameda con Amunátegui, servía de contacto. También desapareció Hernán Soto, artesano zapatero, luego de ser aprehendido en el punto de encuentro previamente convenido.

Las represiones de 1976 y la desvinculación interior-exterior afectaron mucho al Partido. Los compañeros que tomaron el timón en sus manos, tras la caída de la Dirección que encabezaba Fernando Ortiz, tuvieron que enfrentar grandes dificultades, entre ellas las de orden financiero. Habíamos reunido algún dinero que nos proponíamos enviar al interior. No hallábamos cómo hacerlo. En un momento pensamos que un canal diplomático sería la solución. Yo mismo traté el asunto al más alto nivel. Mis alegatos —por no decir mis ruegos— no convencieron a mi interlocutor. Su negativa se basó en el respeto al «principio de la no intervención».

Los contactos se vinieron a restablecer en el segundo semestre de 1977. A este respecto fue muy útil el viaje que hizo Roberto, quien estaba al frente de la Dirección interior. Estuvo con nosotros dos o tres meses, durante los cuales vimos y resolvimos de conjunto varios e importantes asuntos.

Ese año de 1977 fue notorio cierto malestar. Algunos militantes y hasta algunos dirigentes echaban chispas porque se sentían desprovistos de apoyo logístico. Ignoraban cuánto empeño hacíamos en este terreno y desconocían los obstáculos con que tropezábamos para hacerlo efectivo. Ciertas expresiones de ese malestar entraron a preocuparnos, como la de aquel compañero que despidió a otro, que salía del país, con estas palabras: «Dales saludos a los viejos, pero díles que la pelea está aquí».

La idea del «exilio dorado» llegó también al seno de la organización. Hubo uno que otro compañero que planteó el asunto de dónde estaba la Dirección del Partido sosteniendo resueltamente: «La Dirección está en el país y san se acabó».

A comienzos de 1980 recibimos un informe de Alberto. En una parte cuenta:

«Una compañera ha preguntado por lo que va a pasar cuando lleguen los de afuera. ¿Acaso —ha dicho— les vamos a entregar el Partido en bandeja? Les hemos respondido que lo que va a pasar es que tendremos a nuestro Secretario General con nosotros, a Volodia, a don Américo, a tantos militantes y dirigentes que viven el desgarramiento del exilio. En esto no nos cansaremos de educar al Partido, porque tenemos algo tan valioso que es ni más ni menos que la no existencia de grupos, fracciones, ambiciones o rivalidades personales».

Así, tanto los dirigentes del interior como del exterior paramos a tiempo la oreja, abrimos bien los ojos y asumimos la actitud correspondiente, tomando el toro por las astas. Ejercimos la autoridad con decisión y espíritu fraternal. Enfrentamos las cosas en tres sentidos convergentes: Primero, pusimos el acento en la defensa y aplicación del principio de la Dirección Única, es decir, en que el Partido tiene una sola Dirección, más concretamente, un solo Comité Central y éste una sola Comisión Política, independientemente del hecho de que una parte de los miembros de dichos organismos dirigentes residen en el país y otra parte en el exterior. Segundo, nos esforzamos por desarrollar los contactos, por establecer una buena comunicación, un rico intercambio de información y de opiniones entre una y otra parte de la Dirección, mejor dicho, entre los miembros de la Dirección que residen en el exilio y los que se hallan en el país. Y tercero, seguimos reforzando la Dirección en el interior.

Algunos otros partidos de izquierda han abordado estos problemas estableciendo, explícita o implícitamente, una relación de mandantes y mandatarios entre los dirigentes del interior con los del exterior. Esta no parece la mejor solución, pues rompe el principio de la igualdad de deberes y derechos entre los miembros de las direcciones superiores de esos partidos, y una parte de ellos, los del exilio, los mandatarios, los subordinados ante quienes debieran ser sus pares, quedan en una situación de «capitis diminutio». De este modo, las desinteligencias, los desacuerdos y hasta los peligros de división permanecen, por lo menos, en forma latente.

Nosotros hemos preferido actuar sosteniendo el principio de la Dirección Única y trabajando conforme a él. Ello ha requerido abordar prácticamente los problemas atinentes a la más estrecha comunicación, diálogo y discusión entre los miembros del Comité Central y de la Comisión Política que aún permanecemos fuera del país con los que luchan en el interior. No es fácil operar así. Pero los resultados ya obtenidos en la aplicación del principio de la Dirección Única indican la justeza del mismo.

Se lee en una carta que recibimos del Equipo de Dirección Interior:

«Para nosotros no sólo es valiosísimo, sino indispensable conocer per-

sonalmente vuestras opiniones. Aunque sea redundancia decirlo: éste es el método que debemos aplicar siempre, pues nos permite consultarnos mutuamente. A veces pueden no compartirse por parte de Uds. o de nosotros ciertos aspectos formales contenidos en las comunicaciones, pero lo fundamental es el pensamiento de fondo que se expresa. En ocasión anterior les expresamos nuestras reservas por el modo en que Uds. nos planteaban algunos problemas que afectan el campo sindical. En cambio, el contenido y la forma en que Uds. abordan en esta última carta la situación sindical, los compartimos plenamente».

La distancia física que nos separa a unos de otros se mide por varios milés de kilómetros. Nuestros compañeros de la Dirección que luchan en el interior realizan un magnífico trabajo. Es un hecho, al mismo tiempo, que cuadros de gran experiencia aún no han podido volver al país. Desde lejos se puede ver mejor el bosque, pero no es posible, sin embargo, divisar el árbol, conocer el detalle, tomarle el pulso diario a la situación, olfatear el ambiente. Sucede también que a veces el árbol impide ver el bosque y apreciar de la mejor forma la situación general. Todo ello representa la base objetiva para que surjan puntos de vista dispares sobre una que otra cuestión. Esto es inevitable. Pero el corolario obligado de ello no es la disputa y mucho menos la división entre comunistas del interior y comunistas del exterior. Disputas y divisiones de este tipo han conocido otros partidos. Nosotros, comunistas chilenos, hemos considerado, precisamente y con mucha atención, la experiencia internacional. Por lo mismo, elevamos al primer rango el principio de la Dirección Unica y de la Dirección Colectiva y la cohesión de todo el Partido en torno a su línea política y a su Comité Central.

Cada vez que ha sido menester considerar la situación general del país o tratar algún asunto específico de importancia o superar alguna desaveniencia de cierta entidad, se ha procedido a discutir y a resolver la cuestión planteada a través del intercambio de opiniones y de la reunión conjunta de los segmentos interior y exterior que constituyen la Dirección Unica del Partido. La última vez que se hizo necesario solventar un desacuerdo fue a raíz de algunas interpretaciones disímiles acerca de la política del Partido en favor de la Rebelión Popular.

Todos los miembros de la Dirección estamos animados de los mismos propósitos, al servicio del pueblo y la causa del comunismo. Este es el punto de partida para arribar siempre a una conclusión común. Pero, de por sí, esto no basta.

Si, al surgir una desinteligencia o planteamiento erróneo, se entra por el camino de la adjetivación y, sobre todo, de la calificación de intenciones, el problema se agrava y el acuerdo se hace más difícil. Por el contrario, si se aborda la cuestión de manera serena, objetiva y fraternal, si se actúa con paciencia y no se toman las cosas en lo personal, el común entendimiento

es relativamente fácil. A veces, a uno puede molestarle una opinión o alguna actitud; pero si uno se molesta, ha de ser por la opinión o la actitud y no por la persona. Como decía un poeta húngaro: «No me enfado contigo; me enfado por ti».

La derrota de 1973 sacudió fuertemente al Partido. Por más de 20 años, el movimiento obrero y popular venía desenvolviéndose progresivamente en lucha contra el imperialismo y la oligarquía. El crecimiento numérico en nuestras filas era también sostenido. Habíamos alcanzado a tener una cifra cercana a los 200 mil miembros, en tanto nuestras Juventudes Comunistas contabilizaban casi 90 mil. Esto era un reflejo de la influencia de masas, del prestigio y autoridad conquistados por el Partido. Un número relativamente reducido de sus afiliados y, obviamente, nadie de las JJCC, había pasado por la clandestinidad. El Partido aparecía invencible y su línea impecable a los ojos de sus afiliados. La caída del Gobierno Popular demostró que ello no era así, que el Partido no era aún suficientemente fuerte, que habíamos cometido errores y que en nuestra línea política había algunas insuficiencias. En lo sucesivo, nuestros militantes sentirían el deber de desarrollar su espíritu crítico, de reflexionar más, de pasar cada cosa por su propio tamiz.

Tal actitud es el punto de partida de una mayor conciencia revolucionaria y de un más alto grado de responsabilidad individual y colectiva.

Todos nosotros, cual más, cual menos, sin excepción alguna, fuimos prisioneros del ambiente que nos rodeaba, de las concepciones democrático-burguesas que dominaban en la vida política y cultural del país. Esta ha sido, ante todo, una debilidad ideológica. Su reconocimiento abierto es más que necesario, indispensable, para que todo el Partido le preste atención al estudio, le dé más importancia a la teoría y tome clara y firme conciencia del deber de prepararse y de estar preparados para las más diversas contingencias, esto es, de dominar las más variadas formas de lucha, comprendidas las que exijan el empleo de la violencia aguda.

Las lecciones de la vida se aprenden con mayor rapidez que las enseñanzas de los libros, o dicho en mejor forma, estas últimas se asimilan más cuando calzan con la experiencia propia. Esto significa, al fin de cuentas, que nuestro pueblo —y ciertamente nuestro Partido y otros partidos populares— no pasarán en vano por los años de la tiranía fascista. Una nueva mentalidad, una mentalidad revolucionaria más abierta, más amplia, más completa, más clara, se viene incubando en las masas.

Los avances y desarrollos de la línea del Partido, las complementaciones teóricas y prácticas que han venido produciéndose, han encontrado una acogida favorable. Nuestros militantes recibieron con alegría las orientaciones y exigencias combativas contenidas en el discurso del 3 de septiembre de 1980 y en intervenciones y declaraciones posteriores. Muchos se han

preguntado si su formación o vocación comunista les alcanza para las nuevas tareas y sacrificios que impone el combate contra la tiranía. La mayoría pasa bien el autoexamen. Los que no se sienten tan seguros optan por ayudar al Partido, dentro o fuera de sus filas, simplemente en lo que les da el cuero. Otros, unos pocos, hacen mutis por el foro.

Hay compañeros que llegan a las filas del comunismo sin tener todavía un profundo convencimiento, atraídos por la línea unitaria y creadora del Partido, por su ejemplo de cohesión, por la honestidad, disciplina y responsabilidad de sus miembros, porque los comunistas siempre han defendido los intereses de la clase obrera y del pueblo de Chile, porque luchan por la justicia y la igualdad. No pocos ingresaron al Partido sin contemplar, en el itinerario de sus vidas, la posibilidad de un periodo tan duro como el que hoy se vive. Se requiere comprender los fenómenos que se producen en la conciencia de las gentes a raíz de la horrorosa tragedia que sufre nuestro pueblo, en razón de los padecimientos de cada cual, de los hogares deshechos, de las frustraciones personales, de la matraca anticomunista que el fascismo hace sonar a cada hora y de las influencias de distinto orden que se hacen presente en el país y en el exilio.

La dictadura obliga a cada cual a definirse. Los mejores hijos del pueblo toman el camino de la lucha antifascista. En ésta se forman revolucionarios firmes y acerados, dispuestos a entregar la vida por la causa de la libertad. Algunos demuestran también ciertas flaquezas. Las aguas se decantan. Las deserciones son inevitables. Aún así, se cuentan con los dedos de la mano los comunistas de alguna figuración que hayan saltado la valla en estos años. Si lo hicieron, fue porque se apartaron de la ideología y de la política del Partido y en su seno no encontraron ambiente para constituir grupos o corrientes. Reventaron solos, como los diviesos. En definitiva, ello viene a representar un signo de la buena salud del Partido.

En la lucha por la conciencia del hombre consideramos que cada pérdida de militante, sea por la vía de la expulsión o del alejamiento personal, es objetivamente una derrota del Partido. Por eso, nos armamos de paciencia para discutir con aquellos compañeros que muestran alguna duda o sostienen posiciones divergentes. En casos muy contados no se ha tenido éxito. Pero el resultado general de la aplicación de tal método ha sido positivo. Además, demuestra que el Partido no empuja a nadie fuera de sus filas. El que se va lo hace por su propia decisión, hasta donde esta decisión opera libremente y no es el resultado conciente o inconsciente del poder deformador o corruptor de la burguesía.

En los niveles superiores del Partido se ha tenido especial cuidado de aplicar los métodos leninistas de la dirección colectiva.

A veces no hemos encontrado la unanimidad en torno a tal o cual plantea-

miento o a tal o cual ratificación, relevo o promoción de determinado compañero que desempeña o puede desempeñar responsabilidades de dirigente. En dichas ocasiones nos ha parecido pertinente no forzar el acuerdo ni mucho menos buscar la decisión por mayoría. Es cierto que la subordinación de la minoría a la mayoría es un principio del centralismo democrático y a él hay que recurrir obligatoriamente en determinados casos. Pero el uso reiterado del mismo en los órganos de dirección del Partido puede afectar la armonía, la fraternidad y la confianza entre sus miembros, conlleva el peligro de que se vayan conformando en la práctica tanto una mayoría como una minoría y esto envuelve el riesgo de una virtual división. Lo peor que nos sucedió —me dijo en mayo de 1977 el compañero Bilak, refiriéndose a los sucesos checoslovacos de agosto del 68— es que llegó un momento en que no había unidad en el núcleo dirigente del Partido. A partir de ese instante no hubo verdadera dirección.

Aunque el grado de confianza entre los miembros de la Dirección es muy alto, suele ocurrir que no se expresan a veces todas las opiniones. Ello sucede cuando falta una reflexión más acabada sobre algún asunto determinado, cuando las ideas que uno tiene respecto de tal o cual cosa no las ha madurado suficientemente y hasta en las ocasiones en que se corre el riesgo de no ser bien entendido o dar lugar a deterioro en las relaciones personales. Por eso, en las oportunidades en que de por medio se presenta un asunto delicado, cuando se trata, por ejemplo, de desarrollos en la línea del Partido, nos ha parecido buen método el de auscultar previamente, en forma individual, las opiniones de los miembros de la Dirección y no conformarnos con las que ellos podrían emitir en las reuniones. Estas son el lugar apropiado para conocer y discutir las ideas de cada cual, son el canal y la instancia regulares del debate interno. Pero si no se tienen en cuenta fenómenos o factores como los ya señalados, el funcionamiento democrático del Partido puede ser meramente formal.

La consulta previa, de carácter individual, como método dirigido a auscultar opiniones o a intercambiar puntos de vista sobre cuestiones que luego corresponde resolver al órgano colegiado, es deber exclusivo de quien encabeza dicho órgano o tarea conferida por este último a quien o quienes designe expresamente para tal efecto. Conforme a ello, el Secretario del Partido consulta permanentemente la opinión de sus compañeros de Dirección, o ésta designa comisiones ad-hoc, como lo ha hecho, por ejemplo, para estudiar las proposiciones de relevo en el Comité Central.

Nuestro Partido ha sido capaz de mantener una real cohesión orgánica, ideológica y política a lo largo de todo el periodo fascista, y no porque esté inmunizado contra todo mal, pues ningún partido lo está. Si ha resuelto positivamente los problemas de funcionamiento planteados por la clandestini-

dad y por el ostracismo de miles de sus mejores cuadros, se debe a varios factores confluyentes. Uno de ellos ha sido la correcta manera de abordar el problema de la relación interior-exterior y el desempeño de una Dirección Unica. Otro tiene que ver con la forma práctica de guiarse por el centralismo democrático en las difíciles condiciones en que le ha correspondido actuar. Naturalmente, en estas circunstancias, la aplicación de ese principio no puede hacerse siempre de acuerdo a la letra de los Estatutos. Por ejemplo, sólo las direcciones de las células han podido ser generadas en este tiempo por la vía de las elecciones. Los Comités Locales y Regionales, en cambio, han debido ser designados desde arriba. Pero al ser designados, se ha tenido en cuenta no sólo la capacidad de los cuadros, sino también la autoridad y el prestigio que han conquistado, es decir, de algún modo, la opinión que los militantes tienen sobre ellos.

La Dirección del Partido en el país, su núcleo más reducido, actúa en la más profunda clandestinidad. No obstante, y aunque no de un día para otro, con esfuerzo y perseverancia, ha logrado montar la red de la comunicación interna de manera que permanentemente trasmite a los organismos intermedios, y éstos a la base, las orientaciones y tareas principales, a la vez que recoge y conoce el pensamiento, la experiencia y el sentir, los éxitos y los reveses, que vienen desde abajo. Así, entonces, se guía en lo esencial por el principio del centralismo democrático.

Entre muchos otros factores que determinan la cohesión del Partido —y uno de los más decisivos— está también el hecho de que él es, ante todo, un Partido de acción. La acción une y permite darle un sentido creador a la vida del militante, le hace ver objetivamente no sólo las dificultades sino también las perspectivas, sentir el latido del corazón de las masas y recibir de ellas su potencialidad revolucionaria, tanto cuando ésta es declarada como cuando todavía permanece latente.

Guardamos como un tesoro la correspondencia que en este periodo ha habido entre los segmentos interior y exterior de la Dirección Unica. Ella revela cuánto esfuerzo y sacrificio han desplegado nuestros compañeros del interior para acortar los días de penurias de nuestro pueblo. Los militantes del Partido y de las Juventudes Comunistas han estado en las primeras líneas de combate. Han organizado y dirigido las manifestaciones callejeras y la solidaridad de clase con los trabajadores en huelga. Han trabajado como hormigas. Han cumplido tareas en que han arriesgado no sólo la libertad personal sino la vida.

La organización del Partido se extiende de uno a otro extremo del territorio nacional. El número de sus militantes es superior en cuatro o cinco veces al que tuvo en los últimos años de la dictadura de González Videla. Sus Juventudes Comunistas, siempre luchadoras, disciplinadas y valientes, mantienen también su organización nacional, con varios miles de militantes, en-

clavados en poblaciones, fábricas y universidades. La presencia de la Jota es notoria en las más audaces acciones antifascistas.

Hemos perdido muchos y muy queridos compañeros. La tiranía de Pinochet se ha ensañado en contra de nuestro Partido y ha recurrido a todas las armas en su ataque contra el marxismo-leninismo. Transcurridos virtualmente diez años desde el golpe fascista, nuestro Partido se alza con fuerza y coraje en la lucha por la libertad, demostrando una vez más la invencibilidad del comunismo.

En el exilio, nuestro Partido existe en cuarenta países. Cuenta con alrededor de 3 000 militantes, y las Juventudes Comunistas, con más de 2.000. De éstos han pasado al Partido varios centenares y otros tantos han vuelto al país, a pesar de lo cual han seguido creciendo, con la incorporación a sus filas de un número todavía mayor de jóvenes que eran niños cuando salieron de Chile.

El más alto número de militantes lo tenemos en Canadá. Son más de 500. No es fácil atenderlos, principalmente por las dificultades para entrar allí. Tampoco es fácil el contacto con nuestros compañeros que residen en Australia, debido a lo caro que resulta viajar a ese lejano e inmenso país. No obstante, con los comunistas chilenos esparcidos en esos cuarenta países -incluso con los de Canadá y Australia- hay una comunicación regular. Desde luego nos unen las ondas de Radio Moscú, Radio Berlín Internacional, Radio Sofía, Radio Praga, Radio Budapest y Radio La Habana, cuyos programas destinados a Chile se oyen también en el exilio. Escuchar esos programas es, además, una forma de saber lo que pasa en el país, de mantenerse siempre vinculados a la Patria.

Nuestros militantes, junto a los exiliados de los demás partidos de izquierda o simplemente sin partido, están en permanente contacto con las organizaciones, personalidades y gobiernos que apoyan la causa antifascista chilena. Los exiliados se han convertido en una fuerza vital, que ayuda a promover y mantener en alto nivel la solidaridad internacional con nuestro pueblo.

Lo que se ha dicho y escrito hasta ahora acerca del exilio refleja sólo parcialmente el drama de cientos de miles de compatriotas arrancados de su tierra, trasplantados a suelos y climas extraños. Muchos de ellos viven en malas condiciones materiales; no pocos, en cambio, viven en mejores condiciones que en Chile. Algunos se acostumbran, y van a terminar por quedarse afuera. Pero, los más, la casi totalidad de los chilenos exiliados, no desea otra cosa que retornar a la patria. Los que vivimos en los países socialistas tenemos la dicha de sentir la fraternidad y solidaridad humana de modo más completo. Aún así, sentimos con la misma intensidad de todos los exiliados el deseo de volver al suelo natal, participar en las luchas de nuestro pueblo y correr su misma suerte.

Permanentemente recurren a la Dirección militantes que tienen problemas y no pueden resolverlos por sí mismos. Están en su derecho al dirigirse al Partido, y éste, en su deber de ayudarlos. El Partido no es una sociedad de socorros mutuos, sino una organización creada para luchar por un nuevo estado de cosas, donde la preocupación por el ser humano sea lo principal. Pero ¿qué hacer mientras tanto? ¿Caer en la indolencia? ¿Permanecer al margen y pasivos ante el drama de un compañero, ante los problemas personales? Mil veces no. El Partido no sólo es cerebro, sino también corazón del pueblo. Y en la lucha social, la sensibilidad es un componente indispensable.

El exilio ha pasado por momentos en los que ha primado el desánimo. Cuando Pinochet pudo resolver a su favor las situaciones críticas que surgieron en el propio seno de la Junta Militar —a fines de 1978 y a mediados del año siguiente—, cuando los oropeles del modelo de Chicago deslumbraban a medio mundo y, luego, cuando el tirano logró imponer su constitución fascista, el pesimismo nubló la visión de no pocos exiliados.

El Partido no es una secta. Ello significa que no está al margen de la vida, y, por lo tanto, a pesar de la firmeza que lo caracteriza, no escapa al estado de ánimo de su entorno, ni a la influencia de las ideas que presionan a sus militantes diseminados por el mundo.

El alma vuelve al cuerpo. Hoy ya se divisa el fin de la tiranía. Pero, en los instantes en que esto no era claro, cuando hacía mella el desaliento, en nuestras propias filas surgieron, en el exilio, actitudes amargas y una que otra opinión discrepante. Algunas afirmaciones que habíamos hecho, como aquéllas de que la dictadura había entrado en su ocaso o que tenía los días contados, fueron cuestionadas a la luz de una situación de solidez, más aparente que real, que ofrecía el régimen en los momentos del triunfalismo de su política económica.

También hemos conocido casos de compañeros a quienes se les ha ido el humo a la cabeza y han perdido la modestia comunista, manteniendo actitudes despectivas hacia los que no han tenido la oportunidad de estudiar tanto como ellos, y, en fin, tampoco hemos carecido de uno que otro asomo de menosprecio por el pasado heroico del Partido y el papel de los viejos dirigentes. A unos y otros respondió Julieta Campusano en la última reunión del Comité Central del Partido al decir que éste es fuerte y grande porque ha sabido reunir, en un solo todo, la inteligencia y conocimiento de los letrados con la sabiduría y la abnegación de los ignorantes, así como el ímpetu de los jóvenes con la experiencia de los viejos.

La reunión del Comité Directivo de enero de 1980 consideró, entre otros asuntos, la actividad del Partido en el exilio y la necesidad de aplicar —al más alto grado posible— todas las disposiciones de los Estatutos que rigen su vida interna. En tal virtud se convocó a Conferencias de carácter regional en

todos los países donde hay un número significativo de comunistas chilenos. En ellas hubo amplio debate y se eligieron los Coordinadores, que equivalen a Comités Regionales, hasta ese momento designados y no elegidos. Las Conferencias regionales demostraron que en varios países predominaban métodos administrativos de dirección, con los consiguientes daños para la buena marcha del Partido. Demostraron, asimismo, que alguna dispersión ideológica se había abierto paso y que el camino de la superación de las fallas era y es la práctica de la democracia interna y del centralismo partidario, a la vez que el desarrollo de la actividad creadora.

Es claro, las Conferencias no lo resuelven todo, y menos en el exilio.

A mediados del año 1982 llamamos a conversar con nosotros al encargado del Partido en un Coordinador de un país europeo. Es un compañero que tiene muchos méritos. Pero había cometido algunos errores. Nos parecía conveniente conversar con él. Habíamos llegado a la conclusión de que lo mejor para el Partido consistía en que hiciera dejación del cargo. Se lo hicimos presente. Con toda franqueza, nos dijo que no estaba convencido de que debiera hacerlo. Le expresamos:

— Piénselo más, y mañana conversamos de nuevo.

En la segunda reunión, manifestó que seguía pensando en que no debería dejar las responsabilidades que tenía, que eso no ayudaría al Partido, pero que, en fin, había concluido en que no le cabía otra cosa que acatar el parecer de la Dirección. Acto seguido le expresamos:

— No compañero. Si usted no está convencido, entonces debe seguir encabezando el Coordinador. De lo contrario, usted dejará el puesto por presión, y eso no puede ser.

Su reacción fue de sorpresa y alegría.

¿Qué otra cosa podíamos hacer? Los Estatutos permiten la remoción de cargos de responsabilidad por causas bien determinadas, ninguna de las cuales se le podía aplicar, y si bien su última palabra había sido aceptar la opinión de la Dirección, aprovecharse de ello habría sido incorrecto. Además, si el hombre no estaba convencido, —y de verdad no lo estaba— insistir en ese momento en que dejase el puesto lo habría herido, aplastado, hecho sentir una injusticia que acaso lo hubiera afectado para toda la vida.

Siempre ha habido en el exilio una fuerza vital y constructiva. Son miles y miles los chilenos y chilenas que se han dedicado a cumplir las nobles tareas de apoyo a las luchas de su pueblo, a mantener y desarrollar la cultura chilena, a asimilar críticamente la realidad social de los países en que viven, a formarse o desarrollarse profesionalmente en las más distintas y a veces difíciles disciplinas de la ciencia y la técnica modernas.

Particularmente creadora ha sido y es la actuación de los comunistas. Además de empeñarse, como siempre, en unir a todos los enemigos de la dictadura y de impulsar la más amplia solidaridad con las luchas de nuestro

pueblo, desarrollan actividades culturales cualquiera sea el lugar en que se encuentren, editan y distribuyen a todo el mundo el Boletín Rojo y «Araucaria», publican revistas locales tan buenas como «Don Reca», reúnen más de 200.000 dólares anuales como aporte a las finanzas del Partido en Chile y, desde varios países, ayudan también económicamente a sostener a un centenar de familias de compañeros que fueron asesinados o están desaparecidos.

Algunos centenares de militantes nuestros y de otros partidos de izquierda han tenido la oportunidad de poner sus conocimientos al servicio de la causa de la libertad y el desarrollo económico y cultural de Nicaragua y Mozambique. El aporte que han prestado en ambos casos reviste un valor histórico. Ello constituye una importante base en la que se asentará una firme amistad entre el pueblo chileno y los pueblos de esos países.

A comienzos de 1977, Fidel Castro pasó por Moscú luego de un exitoso viaje que hiciera por varios países de Africa. Le pedimos una entrevista para saludarlo. Fuimos a verlo con Gladys y Volodia. En un instante de la conversación nos preguntó por el número de los militantes que teníamos en el exilio. Le respondimos que fuera del país había 3.000 del Partido y más de mil de la Juventud.

No pocos partidos comunistas tienen una cantidad de afiliados que se cuentan por unidades de miles. Por eso Fidel comentó:

– Son bastantes. Constituyen todo un partido.

Sí. Es verdad. Constituimos un partido en el exilio que, sin embargo, es y se considera sólo un segmento del robusto y único Partido Comunista que se bate en Chile contra el fascismo.

25 años secretario

De acuerdo a los Estatutos del Partido es el Comité Central el que elige a su Secretario, que en rigor es Secretario General del Comité Central y no del Partido. Obviamente, esto significa que dicho órgano de Dirección lo puede cambiar también en cualquier momento.

Este recuerdo viene a cuento porque no hace mucho se cumplieron 25 años desde que fui elegido para ese cargo. A mi juicio es mucho tiempo, tal vez demasiado.

En la Sesión Plenaria del Comité Central en que fui nombrado Secretario General, en marzo de 1958, dije que mi designación para ese cargo era un gran honor para mí e implicaba mucha responsabilidad personal. Agregué textualmente:

«Ustedes consideran que reúno las cualidades esenciales para ser Secretario General. Puede ser. Ojalá sea así, no por mí, sino por el Partido. Pero si en la práctica no actuara bien y no superara mis defectos y limitaciones, debo declarar, aunque desde el punto de vista de los Estatutos sea innecesario decirlo, que este Comité Central o el que salga elegido del próximo Congreso Nacional, no tiene o no tendrá más que proceder a designar a otro camarada, sin consideraciones personales de ninguna clase.»

Mantengo esta opinión.

Aunque la personalidad del Secretario esté exenta de culto, no suele ser fácil para nadie plantear su relevo a menos que a los ojos de todos sea clara la necesidad de cambiarlo por incapacidad física absoluta, por incompetencia manifiesta o por la comisión de errores graves. Si estas circunstancias no se dan de modo evidente es improbable que algún compañero plantee su relevo. Por eso, en mi caso yo mismo he debido hacerlo.

No quisiera, por ningún motivo, ejercer el cargo más allá del lapso necesario.

Estoy convencido que no habrá problemas para efectuar el relevo cuando así se resuelva. Contamos con un número de viejos y nuevos dirigentes que constituyen una garantía para que el Partido sea fiel a sus principios y a la

herencia de Recabarren, esclarecido luchador proletario y popular, patriota e internacionalista.

Los dirigentes se hacen, se forman. Las cualidades personales que tengan y el esfuerzo individual que desplieguen por superarse cada día son requisitos valiosos, pero lo más determinante son las circunstancias, el momento histórico y el carácter más a menos agudo de la lucha de clases en el escenario en que les corresponde actuar.

Dichas circunstancias favorecieron mi labor. Desde luego, me correspondió ocupar el cargo de Secretario General cuando el Partido entraba en una fase de franca recuperación, había ya conquistado su legalidad de hecho y marchaba a conquistarla de derecho, como en efecto ocurriera pocos meses después al derogarse la ley que establecía su proscripción.

La conducción del Partido desde el punto de vista de la elaboración y aplicación de su línea y de su desarrollo orgánico, que es lo principal, no era lo que ofrecía las mayores dificultades. De partida, su núcleo dirigente había asimilado crítica y autocríticamente la denuncia del culto a la personalidad, formulada por el XX Congreso del PCUS, y las normas leninistas de la dirección colectiva se venían aplicando de más en más. A la experiencia y capacidad de mis compañeros de dirección, se unía —por qué no decirlo— la experiencia que yo había adquirido trabajando al lado de Ricardo Fonseca y de Galo González y, antes, aunque por breve tiempo, como secretario de Carlos Contreras Labarca. Lo que se me hacía cuesta arriba, lo más duro, era tener que hablar en público. Comprendía que había que hacerlo con alguna frecuencia, tanto más cuanto que precisamente, en aquellos días, el Partido debía presentarse de cara al pueblo en la lucha por su legalidad y participar con todo el cuerpo en las elecciones presidenciales que se efectuarían en septiembre de ese año de 1958. Aún sí se trataba de hablar por escrito, sufría con cada discurso que debía pronunciar. Con el tiempo, ese sufrimiento aumentó, ya no sólo ni tanto por considerarme mal orador, sino por un factor adicional que es el sentido de la creciente responsabilidad del Partido y de quienes transmitimos su voz.

Mucho me ayudó el Presidente del Partido, Elías Lafertte. Con él recorri gran parte del país. La gira que hicimos por el Norte Grande es, para mí, inolvidable. Elías conocía palmo a palmo la pampa de Tarapacá y Antofagasta. Las viejas oficinas salitreras que apagaron sus fuegos después de la primera guerra mundial y de la crisis de 1929 y años siguientes, ya habían sido desguazadas. Donde hubo vida pasó la muerte y dejó apenas algunas paredes derrumbadas, calaminas inservibles o latas de conserva diseminadas por el suelo y ya corroidas por el moho. Pero Elías las recordaba una por una.

—Aquí estuvo Camiña, allí Rosario de Huara o Peñachica, acá Buenaventura o Marusia— me indicaba con el dedo mientras viajábamos por la huella, de una a otra de las Oficinas sobrevivientes.

Cuando almorzábamos en Pozo Almonte, vio en lo alto de la pared un afiche que anunciaba la presentación en Iquique de una famosa compañía española de zarzuela. No hizo más que verlo y empezó a canturrear una de las melodías que ese elenco trajera cuarenta y tantos años atrás y que él, Presidente del Partido, se la sabía de memoria. En el Departamento de Taltal, al aproximarnos a la Oficina Flor de Chile —cuyo nombre sonaba como una ironía ante la miseria que allí imperaba— se puso más y más expansivo a medida que sentía el ruido de los cachuchos, las inmensas calderas donde el caliche hervía a borbotones.

En los mítines o en las sencillas reuniones con los obreros de la pampa, cuando hablaba Elías hablaba uno de los suyos. No conocí otro dirigente obrero que tanto se identificara con su clase o que ésta lo sintiera tan propio. Era un excelente orador. Pasaba de uno a otro tono de voz. Hablaba en forma tranquila, se emocionaba a veces, a ratos se irritaba —cuando denunciaba la miseria y los abusos— y movía sus brazos de manera acompasada y expresiva. Cierta vez en Concepción, al hablar después que yo lo hiciera, se refirió a mí con palabras de estímulo:

— «El Secretario del Partido —dijo— ha crecido, está más grande».

Acaso me salió el discurso y quiso convencerme de que podría dominar tan bien como él el arte de la oratoria.

Con el tiempo no he avanzado mucho en este orden de cosas. Creo que si he progresado algo en la palabra escrita donde cada vez me pongo más exigente conmigo mismo. No entiendo cómo, cuando tuve a mi cargo la Dirección de El Siglo, solía escribir en pocas horas casi una página del diario. En el presente demoro varios días en una declaración de un par de carillas, o dos o tres semanas en un artículo de alguna extensión. He llegado a la conclusión de que cada vocablo debe emplearse con la exactitud con que se usan las notas musicales en una partitura. Mido o peso cada palabra. Corrijo mis escritos una y otra vez, hasta el último momento, y siempre, después de publicado, encuentro que algún término pudo reemplazarse por otro más preciso. Confieso que me preocupo del estilo. Esta es una preocupación más política que literaria. El comunista, pienso, debe hablar claro y en forma comprensible para todos. La precisión en el lenguaje es una parte del estilo; la sencillez es otra. A menudo usamos una jerga que incluye voces extrañas al común de las personas y que son perfectamente reemplazables por palabras simples y directas. Por eso hizo bien nuestro Partido en llamar Comisión Política a lo que antes denominaba Buró Político o en decidir hablar de Presidencia en vez de Presidium. El peor defecto del cual somos presa es el

consignismo, la frase hecha, la estereotipia. En la verdad está la fuerza de nuestra plática. Ella sería aún más penetrante si empleáramos siempre un vocabulario corriente con los giros idiomáticos y las bellas y expresivas construcciones del lenguaje del pueblo.

Uno de mis orgullos, que por otra parte no son muchos, es conocer mi país de punta a cabo, desde la línea de la Concordia a Tierra del Fuego, de cordillera a mar en todas sus regiones. Esto, como tantas otras cosas, se lo debo al Partido y, especialmente, a mis infatigables camaradas de viaje por una y otra provincia, como Eloy Ramírez, Higinio Godoy, Cipriano Pontigo, Renato Cardani, Juan Chacón Corona, Enrique Avendaño, Segundo Correa, Sergio Villalobos, Carlos Figueroa, Manuel Gallardo, César Cerda, entre tantos otros de quienes aprendí a conocer no sólo los sinuosos caminos transversales de nuestro largo territorio, sino también muchas cosas interesantes de sus vidas.

Andando conocí más al Partido, a miles y miles de compañeros. Estuve en una infinidad de reuniones, grandes y pequeñas. En estas últimas siempre me desenvolví más a mis anchas y conversé de lo humano y lo divino con mis camaradas de lucha.

Tal vez estas cosas parezcan insignificantes. Donde quiero llegar, partiendo de ellas, es a realzar la importancia del contacto vivo y directo con el pueblo. Los dirigentes comunistas salimos de sus entrañas. Pero los que alcanzamos responsabilidades superiores y un nivel cultural más alto, corremos el riesgo de distanciarnos de él de alguna manera. Por eso se hace indispensable mantener y desarrollar en forma constante los vínculos con las masas y la relación cotidiana con la gente sencilla. Este es el mejor medio de conocer los sentimientos del pueblo, lo que él piensa en tal o cual circunstancia, su estado de ánimo en tal o cual momento. Sin saber todo esto es difícil ser políticos realistas.

A comienzos de los años 60, José González, Subsecretario General del Partido y Rafael Cortés, encargado de la Comisión de Control y Cuadros, hablaron conmigo para hacerme una observación. Me había dejado conducir por cierta tendencia a la tertulia, por los convites que nunca faltan para quien desempeña un papel relevante en cualquier esfera de la vida, y ello repercutía de algún modo en mi rendimiento. Aquel tirón de orejas fue necesario.

Sólo tengo palabras de reconocimiento para José González y Rafael Cortés y para todos mis compañeros de Dirección con los que he trabajado y que tanto han hecho por llevar adelante la bandera del Partido.

El Secretario General tiene el deber de seguirle la pista a la actividad del Partido en sus variados frentes. Pero ello nunca fue indispensable, pues en casi todos éstos había cuadros de gran capacidad en los que se podía con-

fiar enteramente. Por ejemplo, Oscar Astudillo y Víctor Díaz, antes de ser Subsecretarios, atendieron el frente sindical. Se la sabían por libro, por el libro de la vida naturalmente. Otro tanto puedo decir de Rafael Cortés en Control y Cuadros. (Hablo en pasado porque menciono a compañeros que ya no están con nosotros y sólo me vengo refiriendo al periodo de nuestra lucha en Chile).

En el exilio, el trabajo ha sido igualmente compartido. A Volodia le tocó encabezar el equipo exterior del Comité Central por más de tres años. Cuando se produjo el golpe, se hallaba fuera de Chile, concretamente en Roma, de regreso a la patria, luego de visitar la Unión Soviética. Retornó a Moscú desde donde empezó a montar la importante labor que le ha correspondido realizar a los que luego serían miles de comunistas chilenos residentes en cuarenta países. En el curso de 1974 y de 1975, salieron virtualmente expulsados de su tierra Orlando Millas, Víctor Contreras, Julieta Campusano, Gladys Marín, Manuel Cantero, Rodrigo Rojas, Luis Guastavino, Mireya Baltra, César Godoy y otros miembros del Comité Central. A comienzos de 1976 llegó a Moscú Américo Zorrilla, como representante de nuestro Partido ante el XXV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. Obviamente salió de Chile en forma clandestina, como lo había hecho antes Jorge Insunza. Por acuerdo de la Comisión Política Zorrilla se incorporó al equipo exterior de la Dirección, en el cual ha realizado, como siempre, un trabajo de primera calidad.

Los miembros del Comité Central que han permanecido estos años fuera del país han asumido sus responsabilidades en los lugares o frentes que el Partido les ha indicado. Varios de ellos, especialmente José Cademártori, Víctor Contreras, Mireya Baltra, Samuel Riquelme y Luis Guastavino se han distinguido, además, por hacernos llegar en forma más o menos permanente documentos, opiniones y observaciones de interés. Ello tiene una importancia particular. Como es sabido, la máxima autoridad del Partido es su Congreso Nacional y, entre uno y otro Congreso, es el Comité Central. Este lo ejerce cabalmente cada vez que se reúne en sesión plenaria. Terminado un Pleno, sus miembros se van a los lugares donde cumplen sus tareas y en alguna medida dejan de actuar orgánicamente como un solo cuerpo. Es difícil, en condiciones normales, mantener estrechos contactos entre la Comisión Política y todos y cada uno de los miembros del Comité Central. En las presentes circunstancias lo es mucho más. Por eso es tan positiva la conducta de aquellos compañeros que no están a la espera de que se les solicite su opinión, sino que consideran que es su derecho y también su deber darla a conocer constantemente y en cualquier oportunidad.

Tal vez sea bueno subrayar la importancia de escuchar y considerar las opiniones de todo el Partido, desde las que tienen los militantes más modestos

hasta las que sustentan los miembros del Comité Central. Y ello porque la línea del Partido, que emana de la realidad concreta analizada a la luz de la teoría marxista-leninista es, en último término, la sistematización del conocimiento y la experiencia de todos sus militantes. No es producto que se elabore en ningún gabinete o invente el cerebro de algún dirigente. Por supuesto, los dirigentes juegan un papel esencial en la elaboración de la política del Partido. Pero ella está sometida cada día a la prueba de la práctica. Teoría y práctica constituyen un todo inescindible cuyo valor y fuerza se expresan en la política del Partido en relación directa con la profundidad del conocimiento y la envergadura de la acción por parte de miles y miles de comunistas.

En el Partido no caben dos tipos de comunistas, unos teóricos y otros prácticos. Se puede reunir ambos elementos en diferentes grados, pero no prescindir de uno o del otro. En cambio, debemos esforzarnos por saber cada vez más y, al mismo tiempo, por traducir lo que se aprende a la práctica cotidiana.

Carlos Marx señaló que lo más importante es transformar el mundo y no sólo interpretarlo, como lo habían hecho hasta entonces los filósofos. Por eso, la doctrina que él creara —y que desarrollara y enriqueciera Lenin— hace del Partido Comunista una organización activa que exige de cada afiliado un alto nivel de entrega a la causa y una disciplina de hierro. Las opiniones individuales de sus militantes son bienvenidas y respetables, pero, en definitiva, cada uno y todos nos regimos y debemos regirnos por la opinión y las decisiones del Partido. Sólo así constituimos un verdadero Partido Comunista.

En los últimos 25 años hemos sufrido la pérdida de magníficos compañeros. Particularmente sensible es la de valiosos cuadros obreros, miembros del Comité Central, que consagraron su vida a la causa del comunismo, que todo lo dieron por el Partido y fueron ejemplos de firmeza revolucionaria, abnegación y sacrificio. A la muerte de Galo González siguió la de quien fuera Presidente del Partido, Elías Laferte. Después vino la de Juan Chacón Corona, Roberto Lara, José González, Santos Leoncio Medel, Esteban Delgado, Oscar Astudillo, Héctor Corvalán, Omar Córdova, Luis Figueroa y Manuel Gallardo. Asesinados por el fascismo cayeron Isidoro Carrillo, David Miranda, Alberto Molina y Juan López. En las cámaras de Tortura desaparecieron, hace ya más de 6 años, Víctor Díaz, Mario Zamorano, Rafael Cortés (Uldarico Donaire), César Cerda, Fernando Navarro, Bernardo Araya y José Weibel. Hemos perdido, pues, más de veinte dirigentes obreros que formaron parte del Comité Central del Partido en el cuarto siglo de que hablamos.

En la lucha contra el fascismo han surgido nuevos dirigentes, entre ellos

varios cuadros obreros, que son ahora miembros del Comité Central del Partido. Se trata de compañeros que han dado pruebas de coraje, de firmeza, de iniciativa y de actitud de combate. En cualquier forma, cubrir el vacío que dejaron los dirigentes obreros del Partido que hemos recordado, es una tarea que requiere de más tiempo y de un esfuerzo perseverante.

En la Escuela Militar, en Isla Dawson, en la Escuela de Infantería de San Bernardo y en los campos de concentración de Ritoque y Tres Alamos nuestra correspondencia era censurada. Apenas recibíamos una que otra carta. Los libros, revistas y periódicos también pasaban por el arnero. Sólo las radios Moscú, Berlín Internacional y La Habana penetraban con sus ondas la barrera de los esbirros de guardia y los muros de nuestras celdas. Por ellas estábamos informados de la solidaridad que en todo el mundo se desplegaba con el pueblo chileno. Cuando escuchábamos por ejemplo, que los escritores del Yemen Democrático o la organización de los obreros de Madagascar exigían nuestra libertad, es decir, cuando en remotos países con los cuales Chile no había tenido relaciones de ningún tipo se levantaban voces de condena del terror fascista, nos dábamos cuenta que esa solidaridad se había extendido a todo el planeta y constituía un movimiento universal.

Sin embargo, sólo cuando toqué la tierra soviética y luego recorrí varios países, pude apreciarla y sentirla en toda su extensa y profunda dimensión.

Cuando llegué con Lily al aeropuerto de Vnúkovo nos esperaban los compañeros Kirilenko y Ponomariov y centenares de soviéticos y de estudiantes chilenos. Ese mismo día fui recibido por Leonid Ilich Brezhnev en una entrevista emocionante y fraternal que millones de personas la vieron por la televisión.

Los soviéticos se habían empleado a fondo en favor de mi libertad. Mi arribo a Moscú fue para ellos el logro de una victoria que a muchos arrancó lágrimas de alegría.

Entre el pueblo de la Unión Soviética y el pueblo de Chile, entre los gobiernos de ambos países, entre el Partido Comunista de la URSS y el Partido Comunista de Chile y entre el PCUS y el Partido Socialista en que militaba Salvador Allende, se habían establecido lazos de una sincera y cordial amistad. Desde el mismo 11 de septiembre de 1973, las voces de Chekini y Katia trasmitían por Radio Moscú la airada protesta de todos los soviéticos que exigían poner fin al terror fascista y denunciaban los crímenes de la soldadesca de Pinochet.

La solidaridad del pueblo soviético ha sido y es permanente y consecuente. Muchas veces hemos escuchado aquí las siguientes palabras: «El Partido Comunista de la Unión Soviética, el gobierno soviético, todos los soviéticos han estado, están y estarán siempre al lado del pueblo chileno en su lucha por la libertad y el progreso social». Estas no son frases de cortesía,

que se las lleva el viento. Se hacen realidad. Corresponden a los hechos concretos.

Luego de permanecer en Moscú por algunas semanas, fuimos Lily y yo a Bulgaria. Quisimos visitar ese hermoso país para agradecer su solidaridad y llegar hasta la tumba de nuestro hijo Luis Alberto. Cada vez que hemos vuelto a Sofía, lo primero que hacemos es alcanzar al lugar de su sepultura y dejar allí manojos de flores mientras el recuerdo de su vida y de su muerte nos traspasa el alma.

Después viajamos a Italia, República Democrática Alemana, Finlandia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Cuba, Venezuela, México, Gran Bretaña y Francia, Argelia, la República Federal Alemana, Bélgica, Suiza, Dinamarca, Vietnam, Portugal, Mongolia, España, Suecia y otros países. En todas partes nos rodeó el calor de la solidaridad antifascista de todos los pueblos, el aprecio de los partidos hermanos y la fraternidad de nuestros compatriotas del exilio.

En la RDA, que es una parte del suelo alemán donde surgió el fascismo, vimos con profunda alegría cómo el Partido Socialista Unificado de Alemania, que encabeza el gran comunista Erich Honecker, había llevado a la conciencia y al corazón de todo el pueblo, comprendidos los más pequeños niños, la idea de la solidaridad con nuestra lucha.

La solidaridad internacional con el pueblo chileno es una de las grandes campañas que ha movilizado en esta época a millones y millones de seres humanos de los cinco continentes.

En estos años de exilio he recibido condecoraciones y obsequios que siempre he considerado que pertenecen al Partido.

Cuando estaba en el campo de concentración de Ritoque fui distinguido con el Premio Lenin de la Paz, que consiste en una medalla de oro con el perfil del rostro del genio conductor de la primera revolución socialista victoriosa. Cuando recibí tal galardón también se me entregó una recompensa en dinero por valor de 25 mil dólares. Estos fueron depositados en una cuenta en Suiza. El Consejo Mundial de Iglesias tuvo la gentileza de enviarlos a Chile como un modesto aporte a la labor que ha realizado la Vicaría de la Solidaridad de la Iglesia Católica. Con los demás compañeros de Dirección que se encontraban en Moscú en esos días, consideramos que ése era el mejor destino que podíamos darle a esa parte del Premio Lenin.

El Soviet Supremo de la Unión Soviética me concedió, además, la Orden Lenin, que desde entonces cada comunista chileno puede sentir con orgullo que la lleva en su pecho. He recibido también la Orden Carlos Marx de la República Democrática Alemana, la Orden Playa Girón de Cuba, la Orden Jorge Dimitrov de Bulgaria, la Orden Clemente Gotwald de Checoslovaquia, la Orden de la Gran Estrella de Hungría, la Orden Tudor Vladimirescu

de Rumania y la Orden Sujé Bator de Mongolia. Más todavía, se me ha distinguido con la Insignia de Honor del Komsomol de la URSS, con la Medalla Artur Becker de la Juventud Libre Alemana de la RDA, con la Medalla de la Federación Sindical Mundial, la Medalla Joliot Curie del Consejo Mundial de la Paz, con la Medalla Julius Fucik de la Organización Internacional de Periodistas, la Medalla de la Federación Mundial de la Juventud Democrática, la Medalla 17 de Noviembre de la Unión Internacional de Estudiantes, la Medalla de Honor de la ciudad de Bolognia y la Medalla de Honor de la ciudad de Parma, donde nació el General Rondizzoni que luchó por la independencia de Chile.

Con una sola excepción, todas estas condecoraciones son de oro y algunas de ellas tienen incrustaciones de piedras preciosas. Pertenecen, repito, al Partido, a todos los comunistas chilenos que han conquistado en la lucha el aprecio de sus camaradas y amigos de todos los rincones de la tierra.

Un gran amigo mío, Jacobo Yaski, llegó a Chile en tiempos en que el GOU (Grupo de Oficiales Unidos), gobernaba en su país, la República Argentina. Trabajó en la primera época de El Siglo como corrector de pruebas. Se hizo conocido y querido por muchos compañeros por su gran calidad humana y su vena humorística. Cuando se implantó la dictadura de González Videla tuvo que retornar a Buenos Aires. Años más tarde volvió a nuestro país de vacaciones y visitó en sus casas o se encontró en la calle con muchos de sus viejos amigos.

— ¿Qué tal ché? ¿Cómo estás y cómo está la Chela? le preguntó a uno de ellos.

La respuesta no se dejó esperar:

— Yo estoy bien. En cuanto a la Chela no tengo idea. Estamos separados hace ya tiempo.

Se encontró con otro compañero.

— ¿Qué es de tu vida? le preguntó. ¿Y qué dice Ada?

La respuesta fue similar a la otra. El estaba bien, pero separado de Ada.

Por coincidencia algunos otros compañeros estaban en situación semejante.

Se encontró conmigo. Me preguntó por mi salud y luego me dijo: — ¿Y cómo está la familia?

— Bien, le respondí, ahí está Lily. Quedó en la casa con los críos que todavía están chicos.

— ¡Ché! exclamó, —sos un fenómeno! Con lo que he visto ya no quise preguntarte por Lily. Pensé que en adelante era mejor preguntar sólo en general por la familia.

La verdad es que yo no era el fenómeno. Si éste existía y era unipersonal

se llamaba en todo caso Lily Castillo, porque la cruz del matrimonio —y ciertamente éste no es sólo cruz— la carga más la mujer que el hombre en la sociedad en que hemos vivido.

Durante 37 años hemos compartido las alegrías y las penurias. Cuando nos casamos habitamos un pequeño departamento, con luz, gas, agua caliente y teléfono. Pocos años después fuimos a parar a una mediagua que no tenía ninguno de estos servicios y ni siquiera alcantarillado. Cada cierto tiempo abríamos y tapábamos los pozos negros.

A menudo no teníamos qué echarle a la olla e íbamos donde la Tía Rica. Allí empeñamos una y otra vez, hasta que las perdimos para siempre, nuestras argollas de matrimonio.

Más tarde volvimos a vivir con las comodidades esenciales.

Por tareas de partido yo estaba en el extranjero cuando nacieron dos de nuestras hijas. Esto significa que en un momento tan importante en la vida de una mujer como son las horas previas y las que siguen al alumbramiento, no pude estar a su lado. Es sabido además que en varias ocasiones he estado preso o «fondeado» en la acción clandestina. Y encima de todo, perdimos a nuestro primogénito y tuvimos que salir al exilio. Todo esto lo ha soportado Lily con estoicismo y entereza. Ha tenido también que absorber los pequeños disgustos de la vida en común, lo que exige no poca capacidad de tolerancia, comprensión y aprecio.

Estos atributos no son sólo de Lily, mi compañera. Son de miles y miles de mujeres chilenas. Por eso escribo estas líneas, que contienen un reconocimiento no sólo a su persona sino a muchas y muchas otras como ella.

Si alguien me preguntara por el secreto de la fortaleza de mi matrimonio no creo que sería capaz de darle una respuesta suficientemente clara y completa. Necesitaría hablar de una cosa y de otra, de cuanto factor entra en juego en la solidez o fragilidad de la pareja humana. Sin embargo, podría decir que el hecho de compartir, de pensamiento y corazón, Lily y yo, los mismos ideales, la causa comunista, y de estimar que no sólo se trata de sustentar esta causa, sino sobre todo de luchar por ella, ha creado entre nosotros vínculos que han salido fortalecidos de las tempestades de la vida. Tal vez esto ha sido así porque, en definitiva, todo lo que nos haya podido pasar no ha estado fuera de nuestro presupuesto.

Por otra parte, nos ha gustado siempre hacer vida hogareña, y salir juntos cada vez que hemos tenido que visitar un amigo o un pariente, viajar al norte o al sur de Chile o a uno u otro rincón del planeta. Esto también ha hecho nuestra unión más fuerte.

Podría hablar mucho más sobre el tema. Pero creo que lo dicho es suficiente para expresar lo que me interesa y puede ser de interés dejar en claro: que en la vida de un revolucionario tiene mucha importancia el frente interno. Lily ha sido para mí un apoyo inestimable.

En la URSS

Hace tres o cuatro años se exhibió en los cines y la televisión un film documental sobre la vida de los chilenos en la URSS. En una secuencia cinematográfica aparece un niño de ocho años. A éste se le pregunta por su nombre, por sus padres, por sus hermanos y, en un momento determinado, por sus estudios en Chile.

– Yo no estudiaba— dice.

– ¿Y qué hacías?

– Trabajaba.

– ¿En qué trabajabas?

– Vendía diarios —responde— para ayudar a mi mamá.

Rato después, aparece una obrera manejando un torno en una fábrica de Zaparozhie. Se le pregunta por su actividad en Chile, por su trabajo en la URSS, por su familia. Habla de los hijos que tiene, cuenta qué hacía cada uno de ellos y que el más pequeño, el de la historia anterior, que reaparece fugazmente en la cámara, vendía diarios para ayudarle a «parar la olla».

A la salida de la exhibición privada de este documental, mi intérprete de entonces, Valentín Kondrátiev, comentó elogiosamente la película. Me aseguró que gustaría a los soviéticos y luego me agregó que, claro está, hay cosas que en la URSS nadie podría comprender.

–Eso —me dijo— de que un niño de ocho años tenga que trabajar para ayudar a su madre, es inimaginable para nosotros.

Cuento esto para empezar a escribir un capítulo sobre la Unión Soviética, porque pienso que lo primero que cabe decir es que este país es otro mundo. No se le puede medir por los mismos cartabones que se usan en Chile o en cualquier país capitalista, desarrollado o no. Aquí es otra la escala de valores. Los niños, desde luego, son privilegiados. Esta mañana he visto partir los primeros omnibuses que llevan a los chiquilines de los jardines infantiles a los campamentos de verano. Mi nieta, Adela, que aún no cumple cuatro años, ha partido también a la dacha de su «dietski sad» (jardín infantil), a ciento cincuenta kilómetros de Moscú. Tenía derecho a ir a un lugar

todavía mejor, a la costa, al Mar Negro, por ejemplo, a dos mil kilómetros de esta ciudad, a una casa de descanso para niños, que son una maravilla. Pero sus padres prefirieron que esta vez fuera a la dacha de su jardín infantil, porque así estaría con sus propios compañeros y sus «tías», las parvularias de su dietski sad.

La salud, bien se sabe, es también una preocupación preferente en el Estado socialista. La atención médica y hospitalaria es, por de pronto, gratuita, y los medicamentos, casi regalados y regalados para los que padecen de alguna enfermedad crónica.

Los profesionales de la salud son altamente estimados. Aquí ya no se habla de la dictadura del proletariado, porque en la etapa que se vive, de construcción del socialismo desarrollado, es otro el carácter del Estado. Hoy existe el Estado de todo el pueblo. Se habla, sin embargo, de la «dictadura médica», con lo cual se quiere significar, medio en broma y medio en serio, que la opinión de los profesionales de la salud es la última palabra y nadie la pone en discusión. Ellos determinan la hospitalización, el tiempo de descanso en los sanatorios, el lugar donde se vaya a reposar y todo cuanto tiene que ver con la salud de cada persona. Tal es la importancia que se les da. Tal es la estimación y la valoración que existe por los médicos. Sin embargo, un médico con cinco o diez años de servicio gana menos que un obrero de la construcción o de la minería o de la metalurgia, o un obrero en general. ¡Otra vez la escala de valores completamente diferente!

El trabajo es lo primero que cuenta, lo que más importa.

Todos los días, de 9 a 9 y media de la noche, vemos el noticiario de la televisión. El programa comienza por las informaciones relativas a los problemas de la producción, en cualesquiera de sus campos. Así pues, a diario desfilan por la pantalla chica jóvenes que trabajan en la construcción del segundo ferrocarril transiberiano desde el Amur al Baikal, obreros de una usina siderúrgica sacando una colada de hierro fundido, koljosianos que están en la cosecha de trigo, robustas mujeres con delantales blancos, impecablemente limpios, que tienen a su cargo un criadero de cerdos, y tantas y tantas otras escenas del trabajo productivo. En la primera página del «Pravda» se destacan también las hazañas de los constructores del comunismo. Se les dedican amplias crónicas, artículos y fotografías a tres o más columnas. Recientemente fue protagonizada una importante hazaña del trabajo en el lecho del Dniéper. Medio año antes del plazo previsto, superando con éxito el obstáculo fluvial, se tendió allí, por el fondo de uno de los más grandes ríos, un vital tramo del gigantesco gaseoducto que se extiende desde Siberia hasta el continente europeo. Los trabajadores tuvieron que remover centenares y centenares de miles de metros cúbicos de arena, extraer piedras y robles semipetrificados, y hasta huesos de mamut, para

construir una fosa de profundidad igual a una casa de tres pisos, sobre la cual tendieron inmensos tubos previamente soldados y armados por retazos de 250 metros. Luego, esos mismos obreros pasaron a trabajar en la cuenca del río Ros, donde tendrán que tender varios kilómetros de gaseoducto a través del agua y los pantanos.

En la mayor parte de la cinematografía argumental y de la novelística, en las artes en general, la cuestión central ha pasado a ser desde hace ya tiempo el trabajo y la vida de los trabajadores.

Entre las diferencias sustanciales que hay en la realidad entre el socialismo y el capitalismo, además de la atención médica y hospitalaria gratuita, están la educación que es absolutamente gratuita en todos sus niveles y el sistema de vacaciones anuales en sanatorios, playas y montañas, que es casi regalado para todos los trabajadores.

La vivienda es un problema tanto en el capitalismo como en el socialismo, pero en esto hay también una diferencia sustantiva entre uno y otro campo, o, mejor dicho, dos diferencias. Por una parte, el ritmo de edificación en la Unión Soviética ha permitido que ya el 80% de la población tenga casas o departamentos separados y permitirá que en el plazo de 10 años lo tengan todos. Por la otra parte, está la cuestión del precio de la vivienda. A cada familia o persona se le adjudica una casa o departamento. Por ello paga una miseria, como se dice en Chile. Nosotros tenemos un departamento con tres dormitorios, baño, cocina, comedor y living. Nos cuesta, en total, 20 rublos con 54 kopeks mensuales, esto es, más o menos, 30 dólares. Este precio comprende el alquiler de las habitaciones y de los muebles, la luz, el agua corriente y la caliente, el teléfono, la calefacción, el gas y las expensas comunes. Cualquier desperfecto corre de cuenta del «Djek» (oficina de explotación de viviendas, la administración del edificio). De su cuenta corren también los «remonts», las reparaciones que cada cierto tiempo, de 3 a 5 años, se hacen en todas las construcciones.

En Chile, llamamos Fuente de Soda a ciertos lugares que no son fuentes de soda ni de nada, que no son bares y expenden bebidas, ni son restaurantes y venden comidas ligeras, sandwichs de todo tipo, té y café. Hace veinte o más años, en Pekín, Luis Enrique Délano, que estaba allí hacía ya un buen tiempo trabajando en traducciones, me contó que nunca había entrado en Santiago a una Fuente de Soda.

—Pero, compañero Corvalán —me dijo— usted no sabe cómo aquí las echo de menos!

Recuerdo esto, porque los que nos criamos en el capitalismo y vivimos en Moscú hace ya también algún tiempo, de repente echamos de menos algunas cosas. ¡Qué diablos! Los gustos y las costumbres se forman y se meten en uno muy adentro. Pero, a fin de cuentas, se trata, si no de banalidades, de

cuestiones que no son vitales y, en definitiva, no tienen ninguna importancia en relación con los grandes asuntos que preocupan al hombre en este tiempo.

Hemos conocido compatriotas que han vivido en éste o en otros países socialistas y luego se han ido a residir a otros lugares, donde precisamente no se echa de menos ningún tipo de fuentes de soda o cosas parecidas. Todos ellos, en todos los casos que conocemos, añoran Moscú, añoran el país socialista donde han vivido antes.

El ser humano es así. Aprecia más lo bueno cuando lo ha perdido que cuando lo tiene.

Aquí no existe de todo lo que hay en el mundo. Pero lo que se tiene se distribuye de la manera más justa posible en la etapa que se vive. No hay clase o grupo social que se apropie del fruto del trabajo ajeno. El trabajo de toda la sociedad es la gran fuente del creciente bienestar de la comunidad. Los soviéticos viven cada día mejor. Nadie sufre la inseguridad. Nadie teme que mañana pueda no tener trabajo. Nadie padece el drama de no saber cómo financiar una operación quirúrgica o costear la educación de un hijo. La tranquilidad por el presente y el porvenir es una conquista inapreciable. Esto y la fraternidad del pueblo soviético es lo que añoran nuestros compatriotas que han vivido aquí algún tiempo y que, por a, b ó c —ciertamente por motivos justificados— se han mudado a otros países.

En Occidente se habla a menudo de las colas que se hacen en Moscú para comprar tal o cual producto. Sí, es cierto, suele haber colas para comprar cítricos que se traen de Marruecos o de España o plátanos de Ecuador o piñas vietnamitas. También las hay para comprar carne. Esta vale dos rublos el kilo, casi tres dólares, es decir, cuatro o cinco veces más barata que en cualquier país de Europa occidental. Si su precio fuera alzado al nivel de los principales países capitalistas, no habría, por cierto, colas, que las hay —además— para otras cosas, que la propaganda adversaria oculta. En efecto, hay colas para comprar abrigos de pieles o para arrendar o comprar pianos, y hay una inmensa cola, de la gente que está inscrita desde hace tres o cuatro años, para comprar autos. Aquí se producen millones de autos al año, principalmente para exportar, porque dan divisas y ayudan al desarrollo del comercio exterior. Felizmente, para el consumo interno la producción está limitada. Para los efectos sociales es más útil fabricar un tractor que un auto. ¡Otra vez aparece la gran diferencia! No se puede negar que son dos mundos que parten de consideraciones distintas y persiguen también objetivos diferentes.

Por asociación de ideas, se podría hablar de otras escaseces. Por ejemplo, de la escasez de libros. Uno puede ver, como en ningún otro lugar de la tierra, mucha gente leyendo. Es cuestión de entrar al Metro y tomar un ca-

rro en cualquier dirección. Es impresionante. En cada carro van diez o más personas saboreando una novela o metiéndose en la cabeza una obra científica. Por eso, en este país, que edita libros en las más altas tiradas del mundo, de cientos de miles de ejemplares, faltan libros. Faltan porque hay muchos lectores y porque habiendo muchos árboles, se derriban cada día miles y miles de hectáreas de bosque para fabricar papel, pero esto se hace de acuerdo a un plan, no al lote, esto es, sin destruir la riqueza de que se dispone.

A raíz del Plan Alimentario que está en práctica desde el año pasado, la prensa occidental presenta las cosas como si la agricultura soviética atravesara por una profunda crisis. «El Mercurio» de Santiago de Chile fue todavía más lejos. Siempre fiel a la sentencia lapidaria —«El Mercurio miente»— que los muchachos de la Universidad Católica hicieron famosa hace algunos años, sostiene que ese plan es el reconocimiento del fracaso de la agricultura socialista. Antes, en tiempos del zarismo, Rusia era el granero de Europa. Ahora, en cambio, argumenta El Mercurio, importa trigo para alimentar a su población que, da a entender, está poco menos que famélica.

Como se dice, el papel aguanta todo, hasta el intento de hacer pasar por verdad lo que es una tamaño mentira.

La exportación de trigo en tiempos del zarismo es uno de los capítulos más tristes de la historia de la vieja Rusia, escribió un día un periodista soviético a propósito de tales embustes. Vendía trigo para pagar los lujos de la Corte e importaciones que se hacían en virtud del atraso. Mientras tanto, la gente se moría de hambre. Antes de la primera guerra mundial Rusia concurría con el 25% a la exportación mundial de grano. Pero entonces vivían en la indigencia 30 millones de campesinos, es decir, uno de cada cinco habitantes. El socialismo venció el hambre y terminó con la subalimentación. La agricultura socialista crece a un ritmo superior a la de cualquier país capitalista y el ser humano consume en la Unión Soviética alimentos que en calorías corresponden a los más altos niveles mundiales.

Es cierto, se importa trigo, pero también se exporta y en cantidades no pequeñas. La compra y la venta de un mismo producto es una operación normal que hacen numerosos países, y la URSS la practica en interés propio y como una forma de desarrollar los intercambios comerciales, que objetivamente ayudan a la causa de la paz.

Con el Plan Alimentario se modificará la estructura del consumo dietético, de acuerdo a las normas óptimas para la salud que recomiendan los científicos. Hoy prevalecen los farináceos. El consumo de carne es de 58 kilogramos por persona al año, el doble que en Chile. De aquí a 1990, se quiere llegar a 70. Para ello, se plantea, además de aumentar la producción de pienso, elevar la producción cerealera de 205 a 250 ó 255 millones de

toneladas anuales. Es una tarea perfectamente realizable si se tiene presente que entre 1965 y 1980 se aumentó en 70 millones. A la vez, en el Plan Alimentario se busca una mayor disponibilidad de pescado, leche, huevos, frutas y verduras, y de muchos otros productos. Para cada alimento cuya producción se proyecta incrementar, las cifras contempladas son globalmente siderales. Pero las cifras no lo dicen todo. El plan involucra el cumplimiento de tareas gigantescas por todo el pueblo soviético. Se trata, por una parte, de ampliar la superficie de siembra en muchos millones de hectáreas, para lo cual hay que drenar terrenos húmedos y pantanosos, y en las tierras secas hacer miles y miles de instalaciones de riego por aspersión o trasladar a las mismas parte del caudal de los ríos que desembocan en los mares árticos. Todo esto se proyecta y se hace, como quien dice, tanteando el vado, es decir, midiendo los efectos que algunas de estas gigantescas empresas pueden provocar en el equilibrio ecológico, no sólo de la Unión Soviética sino también de otros países y continentes. De la otra parte, se trata de lograr la mecanización integral de la agricultura y de la ganadería, así como la reconversión técnica de la industria alimentaria, disponer de más abonos minerales y de más medios químicos para proteger los cultivos, abastecer a la agroindustria de suficientes medios de transporte, de embalaje y de materiales de empaque y, en último término, aumentar la productividad del trabajo y el rendimiento por hectárea.

Además, se proyecta crear condiciones para que cada familia campesina pueda tener huerta casera, criar ganado y aves de corral. A este respecto, no han faltado tampoco los sesudos comentaristas de occidente que ven en ello algo así como una vuelta al capitalismo o un reconocimiento explícito de las excelencias de la iniciativa privada y de la pequeña producción campesina. Lo cierto es que el socialismo no rechaza ni una ni otra cosa en los marcos del sistema, esto es, si la actividad económica privada de la familia campesina no conlleva la explotación del trabajo asalariado. Cierto es también que esta actividad no nace con el Plan Alimentario; ha existido siempre. Lo que sucede es que, con el aumento experimentado por los Ingresos de los koljosianos, esa actividad venía decreciendo en términos relativos. Los campesinos ganan hoy más que ayer en sus koljoses. ¿Para qué, entonces, cultivar la pequeña parcela y criar ganado, que debe estar, además, cuatro o seis meses bajo techo al año y para alimentar al cual se necesita juntar pasto durante el verano, para que, ahora que en la televisión y el cine llegan a la aldea y el tiempo libre se puede ocupar en éstas y otras recreaciones y actividades culturales? En estas condiciones, para fomentar la huerta casera y la crianza particular de aves o ganado, se requieren otros incentivos, que contempla el Plan y que incluye diversas medidas, entre otras la ampliación de los mercados koljosianos. Los productos del esfuerzo individual son bien recibidos en estos mercados, sobre todo si se trata de «primo-

res» o tempraneros. Pero hay que pagar más por ellos. Valen mucho más que los que están en venta en los almacenes estatales. Lo principal, sin embargo, es lograr que la pequeña producción satisfaga una parte del consumo de las propias familias campesinas.

La Unión Soviética cubre la sexta parte de la tierra. Es casi dos veces y media más grande que los Estados Unidos. Pero su suelo y su clima no son precisamente los más aptos para la agricultura. Buena parte del territorio soviético está permanentemente congelado o alcanza temperaturas frías, hasta de 70 grados bajo cero, que ni siquiera pueden registrar los termómetros de mercurio, ya que éste se solidifica a los 39.

— Aquí, en esta región, — me dijo, hace un tiempo el Secretario del Partido de la ciudad de Ivánovo— contamos, compañero Corvalán, con cuatro meses para todas las labores agrícolas. En el resto, en las dos terceras partes del año, reinan la nieve o los fríos intensos.

Pensé que apenas disponían del tiempo necesario para la siembra, la aporca y la saca de la papa, cuyo ciclo de cultivo es, en tierras templadas, de noventa a cien días. ¡Y recordé a mi país que tiene regiones en donde la papa se da dos veces al año, y tres y hasta casi cuatro veces en lugares privilegiados, como Valle Hermoso, en la provincia de Aconcagua!

En la URSS, como en Chile, el trigo se siembra en otoño o en primavera. Pero los riesgos que aquí corre son más grandes. Por ejemplo, si la nieve tapa el trigo de otoño cuando éste ya ha brotado y tiene algunos centímetros, lo deja a cubierto de los fríos que puede resistir a la intemperie sólo hasta 14 o 15 grados bajo cero. Pero si los fríos más intensos vienen antes de que caiga la nieve, o si ésta, luego de caer, desaparece y llegan las temperaturas hostiles, el trigo naciente se quema y el sembrado se pierde.

En Kazajstán se siembra el trigo en primavera. Allí, el peligro mayor es la sequía. En el invierno hay que apisonar la nieve para que no se la lleve la borrasca y se derrita allí mismo. En los últimos años, en esta República, que destina a cereales 25 millones de hectáreas, se ha venido aplicando un nuevo método de cultivo, cuyo eslabón fundamental es la labranza sin arado, el laboreo de la tierra con cuchillas planas que penetran y remueven el subsuelo, manteniendo el rastrojo virtualmente intacto. De este modo, el rastrojo retiene la nieve, contribuye a acumular humedad y protege la capa fértil de humus contra la erosión eólica. El grano entra por la fina hendidura abierta por la cuchilla. 17 millones de hectáreas en Kazajstán se cultivan ya por este sistema, y 44 millones en toda la Unión Soviética, allí donde el agua escasea.

En todos los países la agricultura corre riesgos por su dependencia de fenómenos naturales inevitables. En ninguna parte estos riesgos son mayores que en la Unión Soviética. Pero los soviéticos no hacen cuestión de esto.

Ellos están contentos de vivir donde viven, no reclaman ni del suelo ni del clima. Parten del hecho de que no tienen otra alternativa que vencer a la naturaleza mediante el esfuerzo y la técnica.

El ciudadano soviético, mujer u hombre, anda siempre con un bolso de mano o con una bolsa plástica en la cartera o el bolsillo. Lo hace para efectuar las compras antes o después de ir al trabajo. Hay gente que si ve una cola, que dicho sea de paso son cada vez menos y más cortas se pone en ella casi automáticamente para comprar lo que se vende, o para saber qué se está vendiendo y comprarlo si es un producto relativamente escaso. Hay cierta manía por las colas. Las colas existen no sólo a causa de la escasez de determinados artículos, como frutas y verduras durante el invierno, sino también debido al hecho de que la organización comercial es todavía atrasada. No son pocos los almacenes donde se venden artículos alimentarios, calzado, ropa u otros productos, ni son pocas las personas empleadas en esta área de servicios. Pero no dan abasto a la afluencia de la gente, cuyo poder de compra es muy grande. Llegará el instante en que el Estado se oriente a resolver este problema, más que por la vía del aumento de los almacenes comerciales y del personal que en ellos trabaja, mediante la creación de supermercados y la proliferación de establecimientos de autoservicio, de los cuales hay ya unos cuantos.

Una gran ventaja del comercio soviético, mejor dicho, de esta sociedad socialista, es la estabilidad en los precios y la uniformidad de los mismos, en el sentido de que en el barrio o en el centro los productos valen igual. En diez años, entre 1971 y 1980, el índice de los precios subió en un 2,9%, es decir, en 0,29% al año*, mientras el ingreso real de los trabajadores creció mucho más.

La crisis que afecta al capitalismo no alcanza a perturbar a la economía soviética, aunque debe pagar más por productos importados que han subido de precio. El hecho tangible es que la URSS no sufre crisis económica, ni monetaria, ni energética. Virtualmente no conoce la inflación y menos el desempleo. Es cierto que el Estado ha subido los precios de las pieles, de las alfombras, de las bebidas alcohólicas y de los cigarrillos. Subió también el precio del gas. Hasta hace tres o cuatro meses pagábamos 16 kopeks por persona al mes, sin tope de consumo, pues ni siquiera se usan medidores. Lo subieron a 42 kopeks, más o menos 60 centavos de dólar. Pero cada vez que se producen alzas de este tipo se acuerdan simultáneamente bajas en los precios de otros artículos. Se ha reducido, por ejemplo, el precio de me-

* Para aquellos que piensen que este último dato es erróneo porque los incrementos anuales son acumulativos, cabe decir que el cálculo matemático del promedio anual acumulativo da un 0.2862834, o sea, virtualmente el 0,29%.

dicamentos, cosméticos, relojes, electrodomésticos, abrigos de paño y algunas telas.

Por la casa habitación se paga en 1983 lo mismo que se pagaba en 1928, hace 55 años. Desde 1948, esto es, desde hace 35 años, rigen las mismas tarifas por la energía eléctrica, la calefacción central, el servicio telefónico, el Metro, el autobús, el tranvía y el trolebús. Desde 1955 se mantienen los mismos precios para el pan, el aceite, el azúcar y muchos otros artículos de consumo. La carne no varía de precio desde 1962.

Muchos productos, empezando por el pan, la leche y la carne, se venden a precios más bajos que el costo. El Estado los subsidia. Estos son precios y subsidios políticos —diría «El Mercurio» ¡Benditos precios y benditos subsidios! —decimos por nuestra parte— que responden a una política social humana. Esta es una sociedad donde nadie negocia con las necesidades del hombre.

Cuando los Estados Unidos, en las postrimerías del gobierno de Carter, suspendió la venta de granos a la Unión Soviética —por la ayuda que ésta le prestara a la revolución afgana— el vocero máximo del Partido soviético, entonces el camarada Brezhnev, declaró que esa medida no afectaría en un solo kilogramo el consumo de la población. ¿No habría sido mejor —me pregunté a mí mismo— haber aprovechado la oportunidad para plantear la necesidad de reducir ese consumo, toda vez que aquí se come pan en demasía, tal vez más que en cualquier otra parte del mundo? Le comuniqué esta duda a mi intérprete. — De ninguna manera —me dijo—. Preferiría tener una sola camisa, y lavarla todas las noches, pero no comer menos pan.

Me decía un italiano que los soviéticos consumen cuatro veces más harina que en su país, donde todos los días de Dios comen no sólo pan, sino pastas, «masas» como las llaman los argentinos, preparadas de mil maneras. El elevado consumo de pan no es, en general, signo de riqueza. Pero aquí está la excepción de la regla. Los soviéticos lo consumen en exceso, no sólo porque es muy barato, sino también porque forma parte de su dieta tradicional. Si no abundara, acaso se sentirían pobres y mal alimentados. Estos hábitos cambiarán, sin duda, en la medida que se vaya cumpliendo el Plan Alimentario, pero por ahora prevalecen y son fuertes.

En la Unión Soviética hay problemas, claro está, problemas de diverso tipo. Por ejemplo, les falta mano de obra en algunas regiones. En general, hay escasez de tractoristas, de choferes y operadores de las cosechadoras combinadas en la agricultura o de personal para el ordeño mecánico. Existen también problemas más complejos, que comprenden desequilibrios familiares y demográficos, expresiones de indisciplina y casos de faltas leves o graves ante el deber social. Pero los rasgos sobresalientes en el pueblo soviético son decididamente otros. Este es un gran pueblo trabajador y de

buenos sentimientos. «Sievó dóbrova», que significa «lo mejor para usted», es una expresión cotidiana que acompaña al «dosvidania», al hasta luego, al saludo corriente de despedida que pronuncia toda persona. No sólo en la Ley soviética, sino también en el corazón de cada ciudadano de este país no tiene cabida el odio hacia otros pueblos o hacia otras razas.

Evgueni Evtuchenko, en uno de sus poemas, recuerda que ha habido períodos en los cuales a los soviéticos les ha faltado de un cuanto hay, incluso el pan de cada día, «pero nunca una camisa para el amigo». Esta imagen refleja exactamente a los hombres y mujeres de este país, que son solidarios a carta cabal, generosos, fraternales y amigos de los amigos en todas las circunstancias.

No se distinguen precisamente por andar pregonando la ayuda que prestan. Tras las visitas de no pocas delegaciones gubernamentales que llegan a Moscú en busca de cooperación económica y/o técnica, no aparecen jamás cifras en los comunicados no por guardar secretos, pues no se trata precisamente de secretos, sino porque actúan así, sin aspavientos.

Cuando el gobierno de Nixon ordenó los feroces bombardeos contra Viet Nam (del Norte en ese tiempo), los pueblos de todo el mundo vibraron de indignación. Los latinoamericanos que en aquellos días asistíamos a uno de los Congresos del PCUS, estábamos muy preocupados y conversábamos entre nosotros. Algunos llevaron su inquietud hasta el extremo de cortar derechamente por interrogar a los soviéticos acerca de si hacían o se disponían a hacer algo en apoyo de los acosados vietnamitas. Tuvieron una respuesta general tranquilizadora, pero sin recibir mayores antecedentes. El tiempo y el mismo Viet Nam se encargarían de poner en claro que no había fallado ni podía fallar la solidaridad soviética.

No hay familia soviética que no haya perdido a uno de los suyos en la Segunda Guerra Mundial. En esa guerra, ningún otro pueblo sufrió tanto como éste. En ella perecieron 20 millones de sus mejores hijos. Esta horrenda sangría estuvo acompañada de cuantiosas devastaciones de campos y ciudades, y de una interrupción de cuatro años en el desarrollo económico. Dejó una larga secuela de problemas, por el alto número de familias destrozadas, de niños huérfanos, de mujeres viudas, de seres físicamente dañados por la metralla. La Unión Soviética dio la mayor contribución, la contribución decisiva a la derrota del fascismo. Esto lo sabe todo el mundo. Del mismo modo, hoy entrega el mayor aporte a la causa del mantenimiento de la paz. Lamentablemente, no todos lo ven o lo comprenden. La propaganda antisoviética y anticomunista logra, incluso, perturbar el juicio de personas que se debería suponer claras y firmes. Seguramente, esto no debe dejar de ser desagradable y doloroso para los soviéticos, que tanto han dado y dan por los demás. Pero ellos no pierden la serenidad.

Los soviéticos constituyen un pueblo multinacional al que la historia le reservó las más altas responsabilidades. A lo largo de muchos años, la especie humana sobrevivió a toda clase de calamidades: cataclismos, epidemias y guerras. Ahora, en cambio, corre el peligro de su extinción. La amenaza de una guerra nuclear conlleva la posibilidad de que la tierra misma se transforme en un planeta muerto. La fuerza acumulada en las cargas nucleares que hoy existen podría arrasar con todos los seres vivos y convertir el globo que habitamos en un desierto calcinado. Si sólo se desatara una parte de esa fuerza destructiva, se producirían —de todos modos— múltiples daños y trastornos en la vida de los vegetales y animales, comprendida la vida de aquellos seres humanos que pudieran escapar deformes del incendio atómico. Los soviéticos consideran como su deber hacer los esfuerzos supremos por evitar esta catástrofe. Nadie en este país quiere la guerra. ¿Para qué alguien la podría desear? No hay aquí fabricantes de cañones que aspiren a hacerse ricos con el negocio de la sangre. Por el contrario, cada persona sabe que los gastos en armamentos son recursos que se restan a su propio bienestar. Comprende, al mismo tiempo, que esos gastos son necesarios, más todavía, indispensables. La Unión Soviética ha dicho que no puede permitir —y estamos seguros que no permitirá— que se rompa el equilibrio en armamento entre los miembros de la OTAN y los países del Pacto de Varsovia. La ruptura de ese equilibrio pondría al mundo ante el peligro inminente de la guerra nuclear, convertiría a la Unión Soviética en un país vulnerable al ataque, las amenazas y el chantaje del imperialismo, éste se sentiría con las manos libres para tratar de revertir por la fuerza los procesos revolucionarios que llevan adelante tantos pueblos de África, Asia y América Latina.

Felizmente, aunque no todos lo entiendan bien, felizmente para la humanidad existe la URSS.

Cuando murió Leonid Ilich Brezhnev, se hicieron toda clase de conjeturas en el mundo occidental. La elección inmediata de Yuri Vladimirovich Andrópov echó por tierra las especulaciones y mostró la cohesión de la plana mayor del Partido y del Estado.

Cada personalidad tiene su propio estilo. A juzgar por lo que uno ve a través de la prensa y la televisión, se ha hecho más parca la publicidad en torno a la actividad del hombre número uno del Partido y del país. Desde que asumiera el cargo, se ha intensificado la lucha contra las insuficiencias y defectos en el trabajo. Algunos altos funcionarios han sido removidos y la disciplina laboral se ha acentuado en todos los niveles. Acaba de transformarse en ley un proyecto sobre el cual hubo una discusión masiva, destinado a darles más atribuciones a los colectivos de trabajadores para hacer más efectiva su voz y su función de colaboración y de control en las empresas e instituciones. La gente está contenta con estos nuevos aires. Las bati-

das contra las deficiencias adoptadas este año han determinado ya un aumento en la productividad del trabajo. Superar los atrasos y tomar incluso la punta mundial en el terreno de la productividad es el objetivo central que se proponen los soviéticos en la esfera de la economía. Esto quiere decir que la mecanización y robotización correspondiente en los procesos productivos y áreas de servicio y el perfeccionamiento de los métodos de dirección de la economía son preocupaciones y tareas que han pasado al primer plano.

1983 aparece tal vez como el año más cargado de peligros para la paz mundial y los destinos del género humano.

La Unión Soviética, todos los miembros del Pacto de Varsovia y millones y millones de hombres y mujeres de todo el mundo, se esfuerzan por persuadir al gobierno norteamericano y a los demás miembros de la OTAN de la insensatez que significa la proyectada instalación de centenares de misiles nucleares en Europa occidental dirigidos contra los países socialistas. El único resultado que puede tener la consumación de este propósito es un salto en la carrera armamentista y un agravamiento muy serio del peligro de guerra a escala mundial. Por esto, la lucha por la paz, que es una constante del país soviético desde el día mismo que triunfara la Revolución, es cada vez más una preocupación esencial del Partido, del Estado y de todo el pueblo.

Al mismo tiempo, la vida soviética continúa su curso. La gente sigue trabajando, construyendo el comunismo. Los niños y jóvenes van a las escuelas, institutos y universidades, a los campamentos de pioneros y lugares de veraneo. Practican los deportes. Los fines de semana se ven en las calles moscovitas centenares de autos y taxis que tienen como distintivos largas cintas blancas que van del capot a la maleta, atadas con cintillos rojos. Son los coches que llevan a los recién casados. Cada 8 de Marzo, millones de hombres adquieren millones de rosas, tulipanes o claveles —que aparecen por encanto porque a Moscú todavía lo cubre la nieve— para entregarlas como presente a sus esposas, novias, madres, hijas o compañeras de trabajo. Cada 9 de Mayo se celebra el Día de la Victoria sobre el fascismo. Cada 7 de Noviembre, se conmemora el triunfo de la Revolución de Octubre. Durante todo el año, interminables colas desfilan por la Plaza Roja para visitar el Mausoleo de Lenin.

La palabra final

Nos hallamos en vísperas de cumplirse diez años desde el golpe fascista. Esta ha sido la década más tenebrosa de la historia de Chile. Nunca antes nuestro pueblo había sufrido un período tan largo de terror. En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, las naciones ocupadas de Europa vivieron cuatro o cinco años bajo la barbarie nazi, carentes de todo derecho y libertad. En nuestro país, los llamados «estados de excepción» y el toque de queda han durado más del doble de ese tiempo.

Pero está visto y probado que los regímenes despóticos tienen su comienzo y también su fin. El término de la tiranía de Pinochet se vislumbra ya. Esta tropieza hoy no sólo con la oposición de izquierda, sino también con la de centro y con la que ha surgido desde la derecha. El régimen va sumiéndose en la orfandad.

El tirano usa ahora un lenguaje que trasunta amargura y desesperación. «Desde hace tiempo —dice— estoy observando, oyendo y reflexionando, y, por qué no decirlo, ¡sufriendo!, al ver tanta acción política... Yo observo una desmoralización de nuestra gente, observo como que nuestra gente se callara y no se atreviera a hablar, no se atreviera a defender al gobierno.»

Así es. Y mientras los partidarios de la dictadura son cada vez menos y van perdiendo la voz, la lucha del pueblo se acrecienta y la oposición se hace general.

En su afán de aferrarse al poder, Pinochet intentará recurrir al terror hasta el último instante. Pero ningún tirano, por muy tirano que sea, es dueño absoluto de la situación cuando ésta entra en crisis y esta crisis afecta de manera directa a todos los sectores de la sociedad.

Lo cierto, ahora sí, es que la tiranía ha entrado en su ocaso. Por su carácter de clase, por servir los intereses de un puñado de monopolios imperialistas y de los clanes financieros internos, tenía que acabar concitando contra sí el repudio activo de la inmensa mayoría nacional.

El nivel que en el presente año han alcanzado las luchas del pueblo contra la dictadura es percibido en todo el mundo.

Estas luchas han adquirido las más diversas formas. Se han expresado en paros en fábricas y universidades, a través de manifestaciones callejeras, haciendo sonar las cacerolas y las bocinas de los automóviles, privándose de hacer compras en fechas preestablecidas, absteniéndose de enviar los niños a las escuelas, apagando la luz eléctrica a una misma hora, organizando variadas y múltiples acciones de sabotaje y desorden colectivo.

La creatividad del pueblo es rica y conmovedora. Para entrar al centro de Santiago, lugar de muchas manifestaciones, nuestra gente trata de disfrazar su pobreza poniéndose lo mejor que tiene, camisa blanca y corbata. El uniforme de los Carabineros es de color verde. Por eso, para confundir a los perros policiales, muchos llevan un trapo verde para cubrirse las manos. Otros sueltan gatos para provocar una batahola entre animales y policías. El simple alfiler es arma de combate de las mujeres. Con ellos pinchan a los «pacos» para que suelten a los presos o para zafarse cuando las detienen.

La valentía de nuestra gente ha sido impresionante. Las marchas de hambre y otras formas de protesta, que vienen realizándose desde hace algún tiempo, tienen la particularidad de organizarse a la luz pública. No ha habido otra alternativa que llamar abiertamente al pueblo a participar en ellas. Se ha necesitado coraje para acudir a esos llamados, a sabiendas que se va a enfrentar a los órganos represivos, a sus carros lanza-aguas, a sus perros policiales, a las balas plásticas y también a las de plomo, a sus garrotes y, en el caso de los detenidos, a las torturas, largas incomunicaciones, relegaciones y destierros.

La vía hacia la reconquista de la democracia se abre a través de un largo, sostenido y heroico combate librado en estos años por miles y miles de chilenos y chilenas. La mayoría del pueblo ha terminado por emprender la senda del enfrentamiento decidido, de la lucha sin cuartel contra el fascismo. Nuestro Partido ha llamado al pueblo a rebelarse, ha desplegado una gran combatividad y ha puesto en práctica variadas formas de lucha. Estas han venido calando en las masas y han permitido que el movimiento popular alcance hoy más desarrollo y altura.

No faltan quienes, en el propio campo opositor, nos han calificado de violentistas y tratan de responder a nuestra línea presentando como alternativa la no violencia activa. ¡Bienvenidos los opositores y combatientes de todas las layas! Nosotros no le pedimos peras al olmo. No le exigimos a nadie trasgredir sus principios. No imponemos nuestros métodos de lucha. Pero que nadie le pida al pueblo, ni a nuestro partido, poner la otra mejilla. La Biblia dice que con la vara que mides serás medido. La historia demuestra que los pueblos no han inventado la violencia, y que recurren a ella frente a las tiranías sólo cuando es imprescindible, como sucedió por ejemplo en Nicaragua.

Fue la Jornada de Protesta del 24 de Marzo la que abrió cauce a la del 11

de Mayo, y la de este día a las siguientes. En Marzo nos jugamos casi solos. Pero entonces fue claro que las masas estaban por la acción común y el combate resuelto.

En la lucha se va forjando la unidad de los trabajadores y de las fuerzas democráticas. Se abre paso el convencimiento de que sólo peleando se puede lograr la victoria.

La iniciativa ha pasado a manos del pueblo. Este dirá la última palabra.

Julio de 1983